

8

6088

92

34

D BU 2986



T. 47957

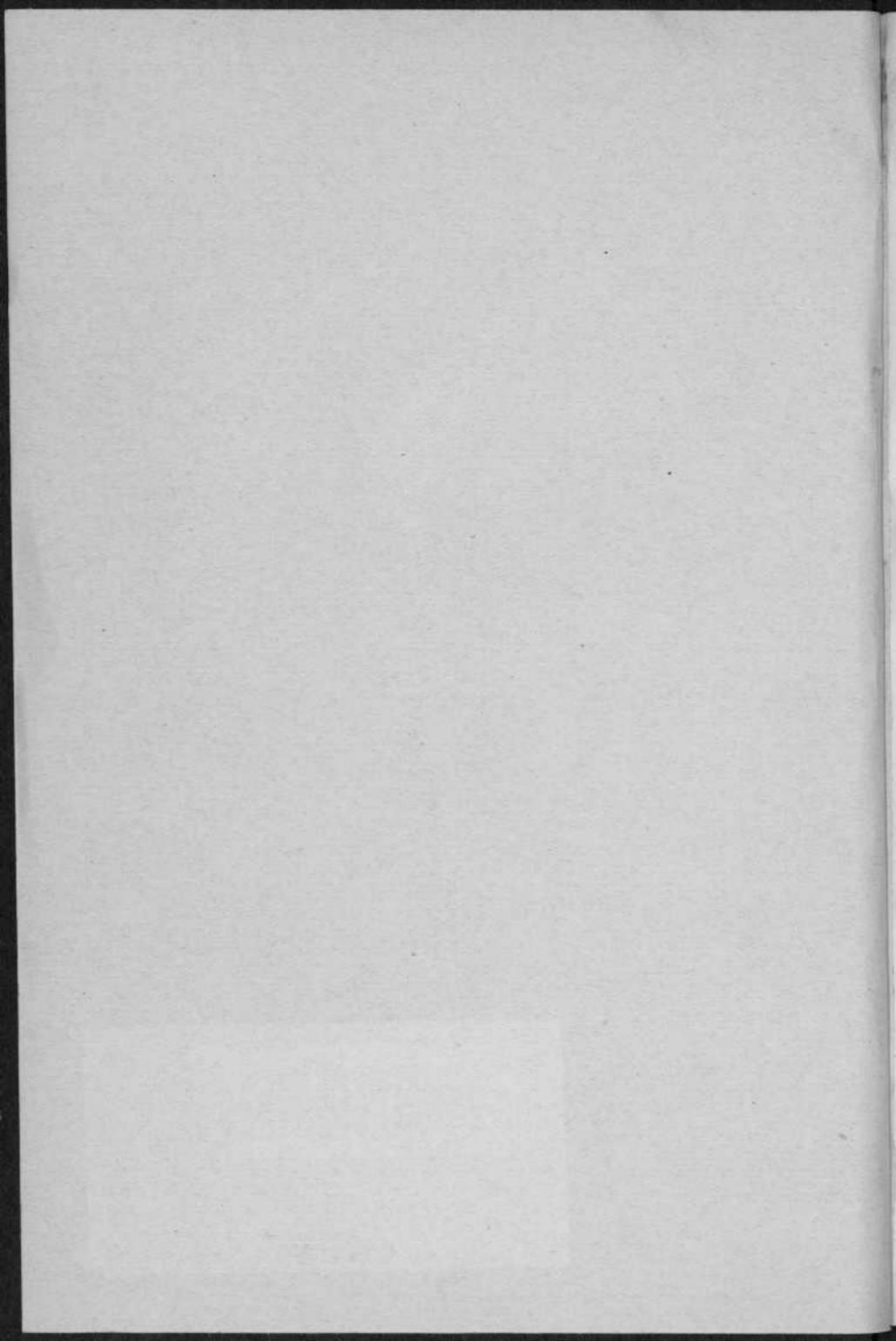
C. 65469

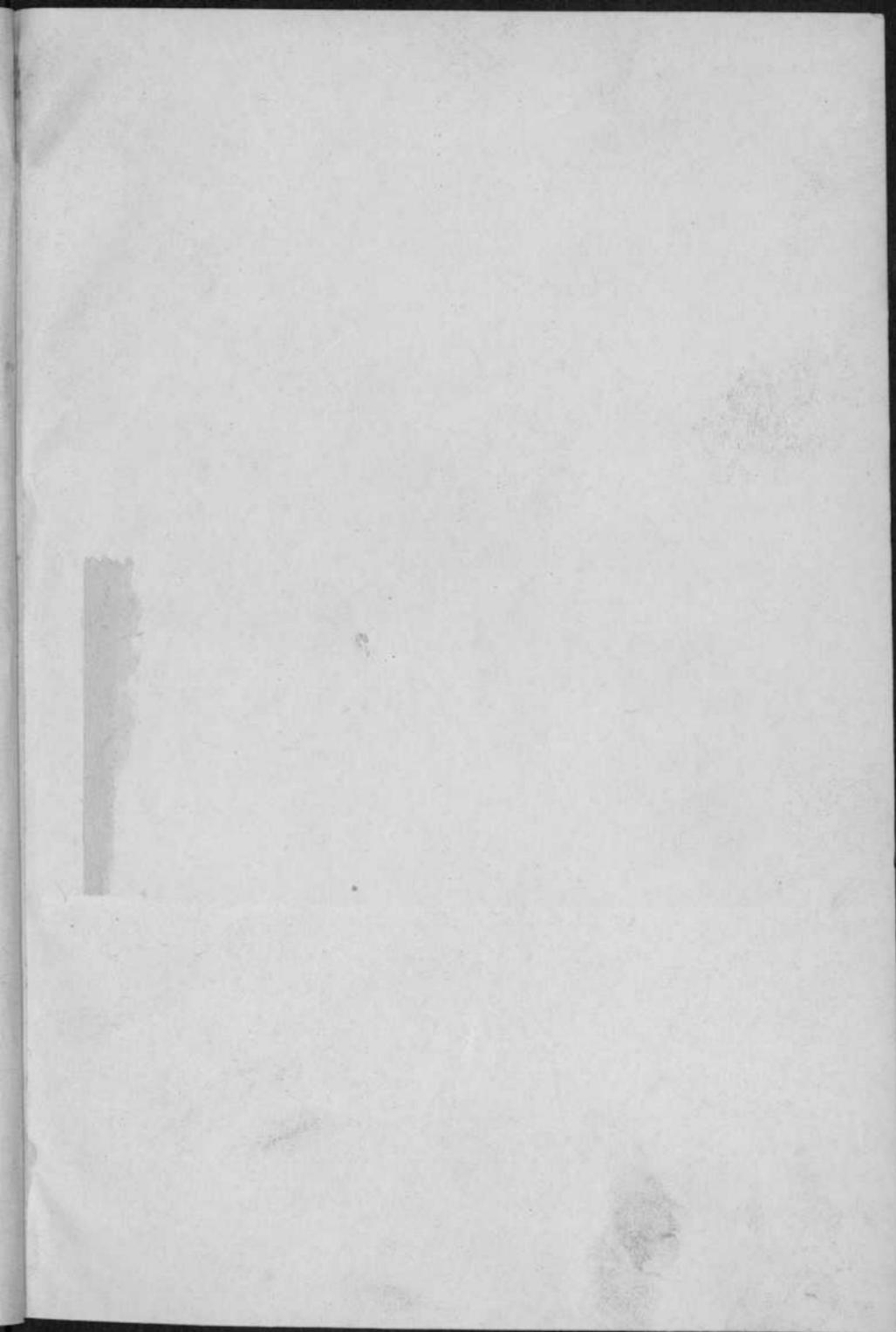
BPE Burgos

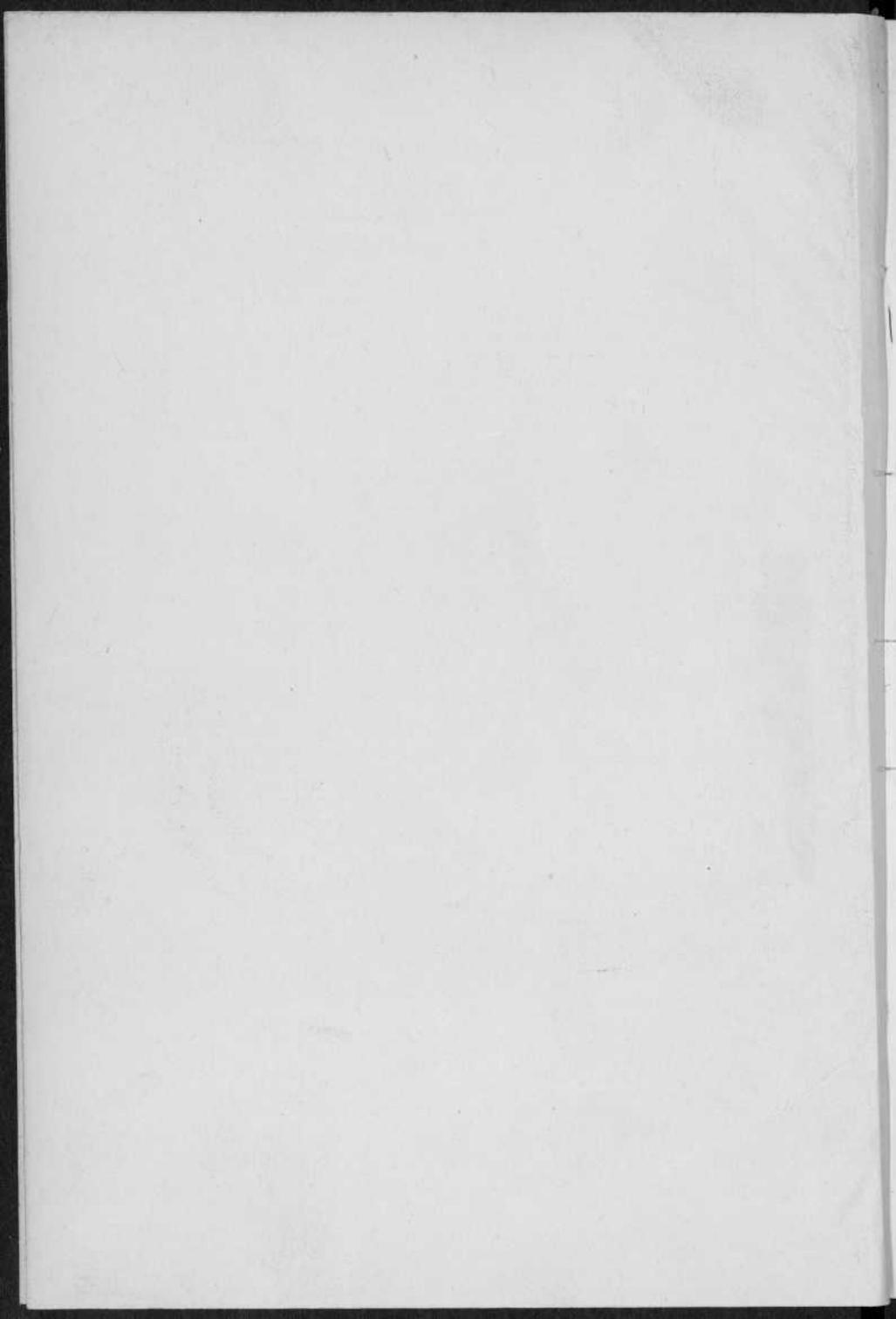


3365169 BU 2988

BU 2988







72 1299.482 -

RAMIRO RUIZ DE DULANTO

AL LECTOR

VICTORIA BLANCA

POEMA LÍRICO DESCRIPTIVO EN PROSA Y VERSO



BURGOS

IMPRENTA «EL CASTELLANO»

1927

ES PROPIEDAD



AL LECTOR

Amigo: Te presento esta novelita poemática, que con el favor del Cielo he venido aquilatando para tí, en el retiro anónimo, durante el largo período de seis años, harto breve aún para ofrecerte, según eran mis deseos, cosa definitiva.

Es un hijo humilde más de mi corazón que de mi fantasía, y me es querido, por los muchos trabajos que me dió, aunque he de confesarte que no sin temor le presento hoy a la compleja vida de la publicidad.

En el apogeo del cine y de la novela semanal, en los que la impresión tumultuosa prevalece sobre la serenidad estética; en la actual vendimia comunal de las ideas que fueron ayer coto de las especialidades, este pobre hijo mío, tan sencillote y sin malicia, que no apresura la hora actual ni sabe palabra de esa paradoja de la sicología materialista, va

a parecerse un pasmarote palurdo, trasplantado a la ciudad de la noche a la mañana. De veinte lenguas se te traslucirá, como tan lince que eres, su ascendencia lugareña y rústica.

¡Ay, cómo te consolaré yo, dulce aldeanita mía, Victoria Blanca, cuando descorazonada vuelvas a mí? Yo te hablaré de tus hermanos mayores, que, salidos como tú de los terrones, son aún esplendor del mundo intencional: de la bella Ruth, la amable espigadora de los campos bíblicos; de los apacibles vaqueros y pastores a quienes Teócrito y el manso Virgilio enseñaron a modular, al son de una cañafistula, cantares de amor que no malsonarían en los palacios imperiales; de aquella gentil serranilla nuestra, la arisca vaquerilla de la Finojosa, que tan rápidamente cruzó el cielo de España, abriendo en él un reguerillo de luz que no mengua ni se apagará; de aquel bondadoso corazón campesino, Hermán, tan prendado de la desgracia y belleza de Dorotea, la dulce trashumante, y de Mireya, finalmente, la que un día, en horas de la canícula, cruzó los marjales de la Camarga, camino del altar de la Santa Magdalena; Mireya, la gloriosa estrella de la Provenza, más que la cual no luce ninguna en el cielo sereno de las bellas artes modernas.

De estos y otros afortunados hermanos tuyos te

hablaré, Victoria Blanca, cuando descorazonada vuelvas a mí y seguro estoy de que te has de alegrar por ellos en tu buen corazón.

Pero perdóname, lector, si te olvidé. Yo pretendo presentarte aquí no personajes quiméricos en una novela más, sicológica o no, de tesis o de intriga, sino los humildes campesinos de Castilla y de Burgos en particular, como les sentí en el trato de mi niñez, leales tanto como austeros, de pocas pero bien arraigadas ideas, incommovibles en sus creencias, acordes con su fe sus costumbres, apegados a su terruño, pero efusivos y sacrificados adoradores de la grandeza de España y de la bondad de Dios.

Corazones así son para mí mil veces más poéticos que tantos otros héroes entecos y enfermizos de la literatura de hoy y de siempre y más dignos de ser cantados por vosotros, hermanos míos mayores en el Ideal, artistas famosos en la redondez de la tierra. Vosotros también sois más dignos que yo de inmortalizarlos en vuestras obras inmortales.

Y tú, lector, si gustas de la novela folletinesca; si te placen las especias fuertes y ver confundidas las ideas y allanado lo humano con lo divino, te lo digo con toda lealtad, no leas esta obra. No hallarás nada de lo que buscas, y hay tanto de eso, tanto y tan barato.....

Yo, con haberte desengañado lealmente en perjuicio mío, he quitado un escrúpulo y quedo por ello más contento y atento amigo tuyo.

EL AUTOR.

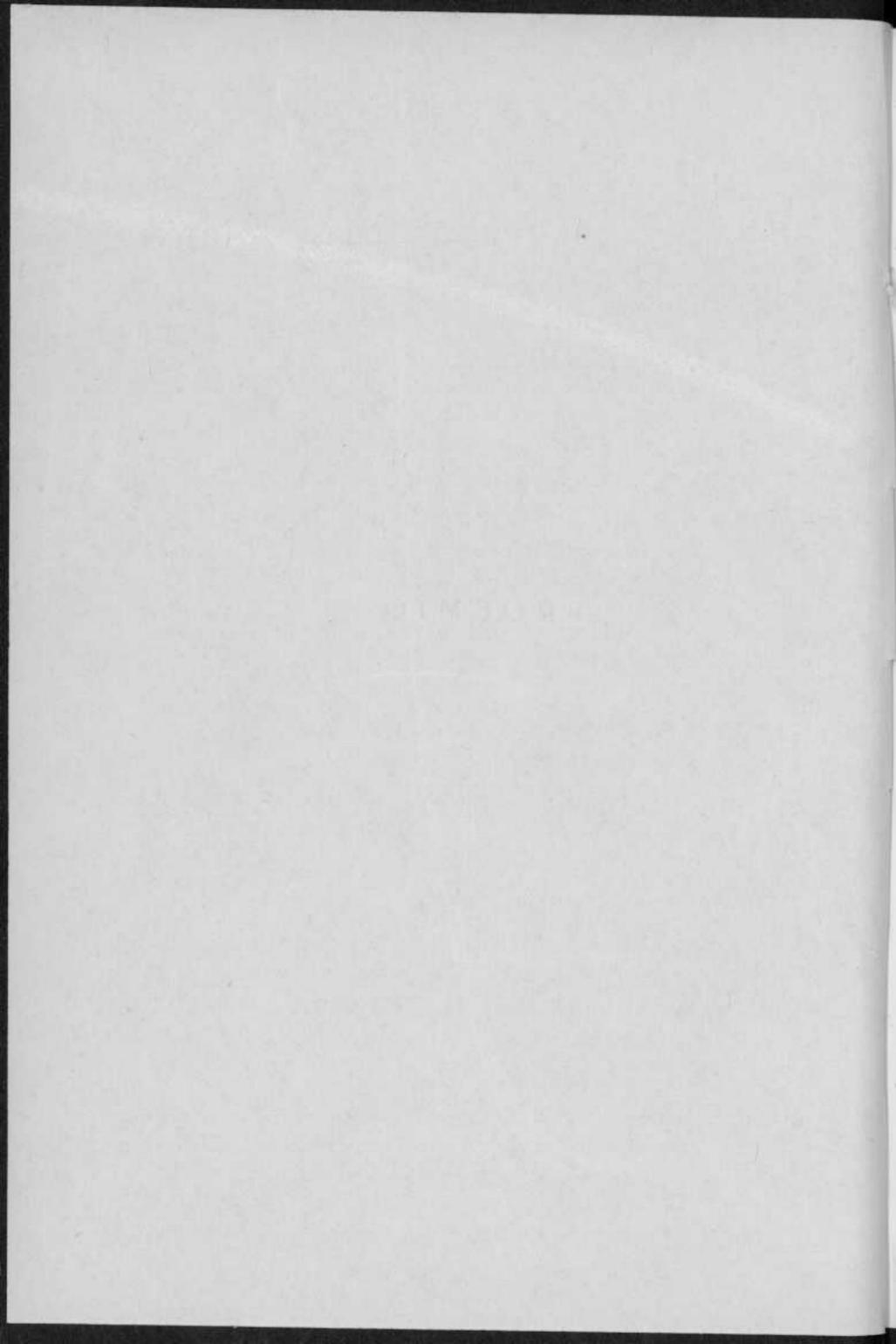
A UN NIÑO

En el model del tiempo, arrebatado
yo el alto mar, remonta la arena
y fondo del Resaca, hacia las playas
de los niños... Irón, oculta aldea,
y una vida zup, y una di. hom
de Dios y un... sus paros con el viento,
en visto soy...

PROEMIO

...delirio de la vida, a una universal,
a encontrar en esencia con las tuyas
cuando a sus regalos y regalos.

Hogar de mis abuelos, heredados
pedidos de pan llevar y negra vida
abriendo, rico en letras de románticas,
siendo pajar y treje beachita,
contra la podeta suocavilla;
y en, Moto, el mejor de los cabellos,
los amanceres, cuando lea de arriba
disperdida el cadáver de los cañes
y un perro Leta, té en la ladena
nabochas de vajar y gema,
yitudo más en vider de arribadobras.



A MIS PADRES

En el raudal del tiempo, arrebatado
yo al alto mar, remonto la marea
a bordo del Recuerdo, hacia las playas
de mi niñez..... Irón, oscura aldea,
si eres aldea aún, y eres dichosa
con Dios y pan que partas con el pobre,
tu nieto soy, que vuelvo de lo lejos,
enfermo de la vida, a tus umbrales,
a renovar mi esencia con las tuyas
amando a tus zagalas y zagales.

Hogar de mis abuelos, heredados
predios de pan llevar y negro vino;
sobrado, rico en frutas no compradas,
atestado pajar y troje henchida,
soterraña bodega anohecida;
y tú, Moro, el mejor de los caballos,
¡oh amaneceres, cuando Irón dormida
despertaba al redoble de tus callos!
y tú, perro León, tú en la cadena
acabarías de vejez y pena,
viendo todo en poder de arrendadores,

prontos a murmurar de los señores;
y tú, añoso membrillo, que adormeces
tus brazos en las ondas..... Cuántas veces,
siguiendo el rumbo al tejedor del agua,
quedaba en tu ramaje adormecido,
con el pensar en cosas agradables
y la canción fluvial en el oído.
Todos, amigos de niñez y dicha,
almas del campo, pájaros y flores,
los que sois en la aldea, y los que sólo
un nombre sois del cinerario santo,
¿ya os acordáis de mí? Pues yo os recuerdo,
y es cantaros alivio de mi llanto.

Mas si un día de eclipse y de cornejas,
me olvidara la aldea de mis padres,
nacederos de Irón, en monte y río
preguntaréis por mí, y en el plantío
preguntaréis, y al palomar de blancas
tortolillas de negro collarejo
preguntaréis..... Y tú, joven o viejo,
ven: te diré los vientos que ventean
ahora a Irón; si llueve o si graniza;
cuántos cabritos tiene el más pudiente;
cuánto trigo recoge y cuáles ramos
baña ahora el membrillo en la corriente.

En esa oscura aldea, en la Casona,
abastada de pan, miel, leche y vino,

una niña nació, Victoria Blanca.
 Canto a esa hermosa niña. Tan hermosa.....
 y ¡ay! escogiendo en el pensil de mayo
 la pasionaria del primer amor,
 traidora avispa le picó en un dedo,
 y allí en la planta se agostó la flor.

Pobre Victoria Blanca, si supieras
 que es tu dolor materia de mis versos,
 pobre zagala, con amable enojo,
 implorando silencio, te pondrías
 el blanco dedo sobre el labio rojo.

Mas vive, oh flor sin nombre de Castilla,
 sal al sol, de la noche del zarzal,
 y espira tus aromas a los siglos
 que aspirarán tu aliento virginal.

Blanca, vida de Irón, vuelve a la vida;
 Irón, sal a vivir; ven, de la mano
 yo, tu nieto y cantor, al mundo entero
 te mostraré; tú seas conocido,
 y sobre tu cantor pase el olvido.

Cristo, Señor, nacido de aldeanos,
 Dios de la aldea, Creador, inspírame;
 sin Tí, el rayo del sol naufragaría
 en la noche, y el rayo de mi mente
 en los abismos de mi ser. Te ruego
 que mi palabra como el éter sea.
 Luce, en nombre de Dios, sol de la idea.

ROMANEO: IRON. EL IRONICISMO. LA CASINA. AUN
QUE EN EL SENADO. LA SANTA TRINIDAD Y BLANCA
CANTO PRIMERO
LA TORRE. LAS CUENTAS. EL ESPANTADO.
LA VIDA. LAS VECINAS. LA VUELTA DEL CANTO.
LA VIDA. LA DIVERSIÓN EN EL BOSQUE.

CANTO PRIMERO

A Buenos Aires

John de la Cruz

Sumario de la obra. El Ironcillo y el Casona.

SUMARIO: IRÓN. EL IRONCILLO. LA CASONA. ALFONSO EN EL REMANSO. LA SAETA. INO Y BLANCA. A CABALLO EN EL MEMBRILLERO. COMO PICHONES DE MALVISES. LA TORRE. LAS GUINDAS. EL ESPARAVEL. LA TARDE. LAS VECINAS. LA VUELTA DEL CAMPO. LA CENA. LA DISTRACCIÓN EN EL ROSARIO.

SUMARIO. José El leonero. La Cueva. A
José El leonero. La Cueva. A
A caballo en el momento. Como se ve de
nuestro la Torre. La Cueva. El leonero.
La Torre. La Cueva. La Cueva. El leonero.
La Torre. La Cueva. La Cueva. El leonero.

A BURGOS

Irón no tiene historia. Cortesanos,
pasad de largo. El ironés ¿qué sabe
de mentiras cortesanas? Y la aldea,
que es todo el mundo para él, es pobre
y huele a heno y vaho de corrales,
que no es perfume de palacios reales.

Ni por de fuera hay arte en sus viviendas,
ni dentro lujo; de pobreza brillan
en la paz de las tierras fatigadas,
cual la rosa silvestre en los zarzales,
y ese no es brillo de palacios reales.

Pero decid a la risueña alondra
que es mejor que los cardos borriqueros
el peral donde anidan los jilgueros.
Id a la codorniz con que el abrigo
del reyezuelo es bello más que el suyo,
cuatro pajas mal puestas entre el trigo.

E Irón, en el nidal del bisabuelo,
no envidia al rey; allí nacen sus hijos,
allí duermen sus padres cara al cielo;

come pan, bebe vino, se levanta
a la voz de sus pájaros cantores
y se duerme al conjuro de la estrella
que veló el reposar de sus mayores.

Id a la sierra a respirar, enfermos,
id a la orilla de la mar..... Los tristes,
los afligidos de moral herida,
venid a Irón y respirad. La vida
es aquí larga. El trigo, don celeste,
da blanco pan, reparador del cuerpo,
y la fecunda vid de dedos largos,
que resistió el dentellear dañino
de voraz filoxera, da el ensueño
que espuma los pesares con el vino.

Y allí está Irón, feliz en un recodo
del Ironcillo recostada, en medio
de la campiña del avaro predio.
Ni una coma le importa que el viajante,
cuando el tren estremece los sembrados,
ni alce del diario la cabeza, ni abra
un ojo soñoliento al descubrirla
con el templo, las casas y las eras;
como el pobre sentado en las aceras,
sentado en su pobreza, a quien el rico
que pasa al lado ni le mira.

Junio

los guindos purpurea con sus soles

nuevos, brillantes cual recientes onzas;
 arden los días, sudan los frutales
 y se asfixia la yerba en los trigales
 que salla el sallador. La esfera rasa
 y en el azul ni el pliegue de una gasa.

De pie en la roca marginal del río,
 al destello que filtra la maleza,
 los senos del remanso con los ojos
 sondea un joven de viril belleza.
 «Aquí el esparavel y la cestilla»
 grita al mozo que baja por la orilla.

—Estamos ya; a la sombra destes olmos
 calzados de silvestre vid, es grato
 tender la red en tarde calurosa.
 El río, tumultuoso en el declive,
 remansa ante la presa su corriente,
 y los peces, que bajan con las aguas
 para el desove, tienen sus abrigos
 entre el limo arrastrado y las raíces
 del saúco lamido por las ondas.

—Fresco es junio, señor, bajo estas frondas.
 y en esta margen rebalsada y turbia
 no es la pesca labor desesperante.
 Vea, señor, qué bendición de huerta.
 ¿Y esa casa de piedra, con adornos
 de ladrillos?

—La llaman la Casona,

y es la hacienda mejor de los contornos.
Amplio el zaguán, con puertas a la cuadra,
en la que rumia el buey, y a la bodega,
donde se acendra en larga noche el mosto,
ánimos de la vida solariega.

La escalera del fondo da al pasillo
y, a los lados, fronteras las alcobas
y las salas están; sendos balcones
dan a la era o al patio que separa
la mansión señorial de los corrales,
do a la vez balarán cien recentales.

Aquí llama el mendigo, que el naufragio
vió de su haber y padeció vergüenzas
y espera la limosna que no tarda,
disimulada en voces de consuelo.
Y Dios, que paga el vaso de agua, llueve
o escampa a voluntad de los señores,
e ilumina la estancia solariega
con los ojos de Blanca, la hija amada
más que las tres cuadrillas de peones
y el rebaño de niveos vellones.

Y en la umbría ribera, que mitiga
la fiebre del estío y de la tarde,
cae el esparavel ya en la corriente,
ya en el recodo en que se enciende el lirio,
como luz de pureza de las ondas.
Luce la resolana; sesteando

calla natura, hay opio en el follaje
 y resuena en la cripta del boscaje
 el despeño del río, el chapoteo
 del plomo al zambullirse en el regato
 y la flauta en bemol del sapo feo.

Una vez, donde sesga la corriente,
 el plomo fondeó circunvalando
 la roca, en cuyos bajos una tenca,
 el ojo en blanco, la cabeza inmóvil,
 paladeaba el agua en la sopeña
 y engarróse la red en una breña.
 Hurga hurgando, sacó la red del pozo
 el criado; sangraba hilo a hilo
 de las piernas surcadas.

—Sangras, mozo;
 yo siempre traigo al río estas polainas,
 que me hizo en la ciudad a la medida
 hábil talabartero, por las ferias,
 para la gran carrera de caballos.

Es un recuerdo triste. En la niebla
 de la pista, hostigados por la gloria,
 galopaban los férvidos corceles,
 y un extranjero juvenil delante.
 Los aplausos sonaban ya en la meta
 y resonaban en mi sien. El joven
 volvió en arco un recodo, y mi Saeta
 cruzó cual huracán rasando un poste

y abrióse a la carrera. Fué un relámpago.

Como cuando las mansas golondrinas vuelan cazando sobre el haz del río, y el macho corta el arco que describe su compañera, retardando el vuelo, y pasa chirreando antes que ella, con el roce del ala acariciándola; así mi yegua se arrojó cual ráfaga por el espacio abierto; con la cola azotó los ijares del caballo, devoró victoriosa la llanura, y ya en la meta, con sonoro acento, relinchó de placer, copos de espuma y la trenzada crin soltando al viento.

Fuí proclamado vencedor, y ahora dime si es con razón recuerdo triste. Cenaba yo, y el fiel caballero sube gritando de la cuadra: «Corra, baje, señor; se muere la Saeta».

Allí junto al pesebre bien provisto, donde comía el grano feculento, el heno perfumado y la cebada; cuando mamaba el potro tremulento, cayó la yegua muerta de fatiga. Debí ser más humilde y no exponerse a morir por el premio y por que alguno dijese, acariciándola en el cuello,

y apuntando a los títulos, que al nombre
escrito en letras de oro rodeaban:
«Esta es la Saeta, la yegua árabe,
madre de potros, hábil en recursos,
que ganó tales premios en carreras
de caballos y tales en concursos».

Y en la umbría ribera que mitiga
la fiebre del estío y de la tarde,
cae el esparavel ya en la corriente,
ya en el recodo en que se enciende el lirio,
como luz de pureza de las ondas.
Luce la resolana; sesteando
natura calla; hay opio en el follaje
y resuena en la cripta del bosque
el afán de la aceña, el chapoteo
del plomo al zambullirse en el regato
y la flauta en bemol del sapo feo.

Horas de Dios, cuando el pastor sesteaba
a la sombra del haya y en las urbes
vuelve al negocio afanador el hombre,
Ino, la dispensera, introducía
un orden nuevo en sus dominios viejos:
los vinos exquisitos por sus años
de venerable ancianidad, los odres
de aceite y las conservas por tamaños.
Luego ayudó a la cocinera: en fila
los trastos de cocina, en los basares

de nuevo empapelados, fulguraban
cual búcaros de plata en los altares.

De pronto, «Blanca, mira, si es Alfonso»
gritó la sierva fiel, nacida en casa.

Corriendo vino Blanca, alzó los ojos
y sonrió de corazón. Cantando
se compuso el cabello como el ébano,
tentó la bata de color de rosa,
cortada por su mano, y en la huerta
florida apareció, como al reclamo
del cazador asoma la avecilla,
y devoró el sendero hasta la margen,
triscando como grácil cabritilla.

A su paso la flor cabeceaba
como al paso del céfiro.

«Mi Alfonso»
clamó con voz de lira.

«Hermosa Blanca»,
él respondió, y sus ojos reflejaban
purísimo consuelo sobre el fondo
de arraigado pesar, como el remanso,
que el río forma en el recodo estrecho,
a través de las ondas cristalinas
muestra el verdín y el légamo del lecho.

—¿Has salido a pescar con la mañana
o vienes de la Torre? ¿Calmó el dítamo
consolador a tu doliente hermana,

o gime ociosa con su madre, a solas
con el dolor de pálida mejilla?
Mas remonta la presa; quiero hablarte.
Hablando vuela el tiempo de agracejo,
pero a solas diríase que monta
en tardo caracol o en un cangrejo.

—No he salido a pescar con la mañana,
que vengo ahora mismo de la Torre.
Será la pesca mi afición y el pozo
tendrá peces de más, mas son insulsos
cuando se cogen con tristeza. Mozo,
te volverás a casa; que me esperen
a la hora en que vuelven los pastores.

Dijo, cogió la red y por la margen
descendía. Oscilaron las campánulas,
las violetas en su humilde cuna,
los dragoncillos de la boca abierta
y el asfodelo de fulgor de luna.

Da gloria ver, cuando acarrea enero
las nieves y el turbión, la catarata
que forma el Ironcillo, despeñándose
por el desagüe, en tumbo de suicida,
sobre lastras veladas por el cejo
del vapor; mas si el sol bebe las fuentes,
es tan tenue el raudal..... Lo salta un viejo.

Saltó el joven. Alzada la compuerta,
el río en la canal hecha de un tronco

súmese cual sorbido. La cabeza
se va mirando al agua con fijeza.

Un día de dolor en el molino,
la que en la aceña entró linfa incolora
purpúrea salió, ley del destino.
La flor tronchada del rosal équé mano
la volverá al rosal? Madre infelice
que en la presa la blusa del hijuelo
lavabas canturreando.....

Pasó Alfonso,
salvó la tapia y penetró en la huerta.
Los negros ojos y las manos blancas
se estrecharon; las almas se estrechaban
apasionadamente.

—Aquí en la orilla
puedes luego pescar, mas ora hablemos,
hablemos si te agrada. Conversando,
las horas corren más y las palabras
son al triste cual árnica a la herida.

Pasaron los tablares, circuídos
de grosella y sembrados de hortalizas.
El membrillo bañaba en la corriente
la fronda de los brazos más bajeros
y pendiente del guindo purpureaba
el fruto, codiciado por el tordo
y el gorrión que hace el nido en los aleros.

—Siéntate, Alfonso. La divina tarde

descansa en esta orilla; Dios la manda.

—Dichosa, que los vientos de la vida no turben el azul de tu ventura.....

¡Oh! si algún mal oculto, cual gusano roe en secreto el fruto del manzano, minase tu salud y tu hermosura.....

—Calla; cierra la puerta de los labios a esos presentimientos; devaneas.

—Feliz Blanca, ojalá siempre lo seas. Ojalá no se muera la calandria que gorjea en la jaula de tu pecho.

—Sí, alondra soy, y de mis largos vuelos, por el cielo sin nubes de mis años, vengo a posarme en el membrillo amigo; y en estos ramos bajos, que levanta la savia, pienso..... y canto, si en un olmo una pareja de jilgueros canta.

—Aún me acuerdo del día que cogiendo el fruto, que pendía sobre el agua, tú me animabas: «Más, que no se rompe, que no se rompe» y rás, rasgóse el ramo y al agua. El zapatero patigrácil raudo en zigzag corría sobre la onda. Exangüe de pavor, lanzaste un grito que aterró a estos queridos aledaños y el León, arrastrando la cadena, vino ahullando a la voz que le era grata.

¡Qué risa te entró entonces, Blanca buena!

—Recuerdos ¡ay! Ya en más de seis febreros
el áureo trigo garronó en los campos
y se hacinó a su tiempo en los graneros.

—¡Qué feliz era yo porque te amaba
ante el sol, no en secreto como ahora!
Guiñábanse los ojos nuestros padres
viéndonos juntos, y con gusto hablaban
en alta voz de unir las dos familias
con sus fueros, cultivos y dehesas,
y no se lo celaban al amigo
que se asentaba a sus provistas mesas.

—Lo recuerdo, aunque no entendía entonces,
que ave implume es la mente de una niña
y no sigue en su vuelo al pensamiento.
Mas desde el día en que ceñiste espada,
lejos de Irón, en la imperial Toledo,
por mí en vano seguía en pie la Torre,
en vano procreaban tus merinas,
en vano florecían tus perales,
y en vano diera el cardo clavellinas.
Cerró el palacio puertas y ventanos
y se aviejó en tres años, como el ciego,
al sentir en su faz las tibias manos
del sol oculto, se entristece y calla,
y ya el dolor sus fibras no conmueve
pero cuaja en su sien temprana nieve.

Así, cual dos pichones de malvises que en el borde del nido en la chopera están pía que pía, Alfonso y Blanca hablaban al rumor del Ironcillo, a caballo en las ramas del membrillo.

—Cuando volví a la aldea, en la Casona sólo escuché palabras como el hielo. El diablo había urdido aquel litigio de una fuente en terrenos colindantes, y desde el día aquel, Blanca, tú sola eres el puente del afecto de antes.

—Nunca la Torre me cerró sus puertas, ni tu mastín, terror del peregrino, cuyos ladridos llenan la campiña y el palacio hasta el último rincón, me ladró en su caseta de latón.

—Tú fuiste el ángel en la horrible noche de morir nuestro padre; tú iluminas con la luz clara de tu voz mi Torre.

—Blanca, Blanca, y tu madre aún te incita a escoger un esposo campesino?

Asintió triste con los ojos ella.

—Que sí? Y tú que la dices?

—Lo que es obvio, que en los conventos en penumbras castas hay almas puras que no tienen novio.

—Blanca, no cebes mi pasión. Mas antes

te quiero ver pisando como un ángel
 en la piedad del tránsito insonoro,
 o cantando maitines en el coro,
 con voz de serafín de blanca toca,
 que trajinando en tus dominios rústicos,
 mujer de un ganapán de sucia boca.

—Pues tendrías que ver.

—No seas tonta;
 ¿piensas que son los bieldos y guadañas
 el gancho o los bolillos que manejan
 con rapidez tus delicadas manos?
 Graciosa entre las hijas de la tierra,
 tú injertando en los olmos los manzanos,
 la vid podando en la creciente luna,
 guiando tus carneros al erial.
 De tí se reirían los braceros
 y el viandante misterios forjaría
 viendo tus manos de princesa real.

Soltó Blanca la risa melodiosa,
 mirando de reojo enamorada;
 y desviando el volador esquife
 de la conversación, «Triste, le dijo,
 volemós con los mirlos y pardales
 a picar de los guindos garrafales».

Tarde divina, calla; y tú, aura mansa,
 que suspiras besando la chopera,
 no suspires tan alto; y tú, Ironcillo,

que susurras rasando la ribera
 recalada, remansa tu rumor,
 remansa tu rumor, que habla el amor.

Calló la tarde en torno, y los amantes,
 burla burlando en la oscilante mesa,
 picaban de los ramos apesgados,
 como la abeja en los primeros soles
 de abril, liba en los brazos más floridos
 del almendral en flor.

—Mira los peces
 que salen de esa roca, dijo Blanca.

Saltó Alfonso; enrolló en la izquierda mano
 la cuerda, se encorvó sobre la orilla,
 el fleco de la red prendió en los dientes,
 desenredó las mallas, recogióse
 del costado derecho, tendió el brazo
 y abrió el esparavel en amplio círculo.
 Chasquearon las aguas y los plomos
 fondearon. Tentó la red dos veces,
 que fué sacando como inverso embudo,
 y colearon entre yerba y lodo
 boqueando diez barbos y loínas.

Guardólos la doncella entre espadañas,
 en el cesto de junco, y cesto y todo
 humedeció en las ondas cristalinas.

Junio lucía fúlgido atavío,
 el cielo azul, la tierra florecida,

la tarde ungida de placer y en calma
entre las ribas borbollante el río.
Caía el sol.

—Blanca, me voy; ya a casa
conducen mis rebaños mis pastores.

—Ay, ya te vas? En junio el día es largo
y tarda el sol en despedirse; espera
un poco más.

—Me voy; pronto las sombras
acamparán en la feraz llanura
y el pesar, compañero del ocaso,
acampará en el corazón. Las horas
de la tarde estimulan los recuerdos
cual roedores, y en ociosa silla,
mi hermana gime con su madre, a solas
con el dolor de pálida mejilla.

Los ojos negros y las blancas manos
se estrecharon, las almas se estrechaban
al separarse. El joven por la margen
se encaminó. Oscilaron las campánulas,
las violetas en su humilde cuna,
los dragoncillos de la boca abierta
y el asfodelo de fulgor de luna.

Vióle Blanca pasar la calle de olmos
y el plantío de chopos de dos años,
y al perderle en la curva del lindero,
subió a paso la cuesta de la orilla,

y atravesó el trigal por el sendero,
triscando como grácil cabritilla.

Caía el sol. En corro ante la puerta
de la Casona hablaban las vecinas,
la ropa blanca repasando.

—Ay Ino,
¿qué hace esa niña en todo el santo día?
preguntaba la madre cariñosa.

Esta tarde no ha dado una puntada
y hay que acabar para la fiesta el manto
de la Virgen.

—Señora, si la pobre
no levantó del bastidor la cara,
desde muy de mañana al mediodía.

—Ángel de Dios, si es cosa que embelesa;
no hay dos así; parece una princesa.
¡Uy confitura de mujer! repuso
una vieja entrecana, y con los dientes,
mal nacidos cual árboles del bosque,
cortó el hilo. La madre cariñosa
sonrió complacida. Si era hermosa,
hermosa había sido.

—Se ha espigado
Blanca, dijo otra, y diz que tiene novio.

—Ángel de Dios, qué sabe desas cosas!
Habladurías, replicó la anciana.

—Y quién es?, dijo la prudente madre.

—Alfonso, el heredero de la Torre.

—Alfonso el de la Torre? Sus-María,
por todos los pasados y presentes;
si lo decía yo, contradecíase
la vieja cana de torcidos dientes.

Unas cosían en silencio y otras
tarareando. Saltó Petra la sastra,
fértil en dichos y aires populares:

—Pues, amigas, yo digo que la bruja
se mete por el ojo de una aguja.

Si tanto ven, un ojo les bastaba.

Demontre con las viejas lambistonas,
que en todo meten la cuchara puerca.

Cotorronas, que si una es educada
con los jóvenes, andan propalando

que novios y amoríos y otras cosas
que callo y ellas no; y es pura envidia

que tienen de ver canas en sus moños,
no virtud, que ellas fueron muy pendones.

Demontre, mejor fuera que callasen
y aderezasen más los caparrones

y atendiesen mejor a sus chiquillos,
que andan en cueros vivos por las eras

lo mismo que lechones, y en voz alta
canturreó al compás de las tijeras:

«Has de saber que yo gasto
buen zapato, buena media;

yo te compro, yo te vendo

por una perra pequeña.

Ay melitar, melitar, melitar,
ahora se lo llevan a la guerra a pelear».

Todas cosiendo, habló la honesta madre
con los dorados lentes en la mano:
—¡Quién fuera siempre niña! Mas no en vano
los años pasan; la mujer florece
y fructifica el hombre, y en el mundo
se renuevan los seres y la vida.

Blanca pasó la amable adolescencia;
Alfonso es de su edad, y desde niños
juntos crecieron, mucha ley se tienen,
honda amistad, amor como de hermanos.
Pero él es militar y no, no puede
ser el acero a un tiempo espada y reja.

Es carrera de honor, mas si le llevan
a defender la patria y la corona,
irá la esposa a compartir la lona?
Más vale que en Irón Victoria sea
amparo de las pobres campesinas.

—Más vale que en Irón sea el amparo
de los pobres, dijeron las vecinas.

Llegó Blanca del río sonrosada
y todas, en suspenso la costura,
gozaban sólo verla.

—Ay hija, qué haces?

Esta tarde no has dado una puntada
y hay que acabar para la fiesta el manto
de la Virgen.

El sol rojo encendía
las crestas del peñón de Cellerigo,
púlpito de la Rioja, y el vigía
de los desfiladeros de Pancorbo.
Cual ascua sobre el yunque, enrojecía
la sien de la Cubilla, en luz de ocaso,
y saltaba la brisa. Deshiladas,
con el sillín y el cesto de labores,
se alejan las vecinas; sudorosos,
devueltos de sallar, los salladores
entran, la azada al hombro y la verdasca,
o el haz de avena loca y de hojarasca.
Llega el peón moreno, con la yunta,
de binar el barbecho rinchonado.

Resuena un cuerno; del lejano valle
viene la dula; mulas y rocines
trotan las eras, páranse en las calles,
el paso interrumpiendo. ¡Plaza al grupo
de escardadores juveniles, plaza!
Mozos y mozas, en alegre coro,
cantan y ríen a porfía y cruzan
saetillas de amor rudo y sincero,
como el alma y la lengua del bracero.

Resuena un cuerno; del lejano monte

vuelven las cabras con las ubres tensas,
y salta una campestre sinfonía
de esquilas y balidos. Los que fueron
en trajes domingueros a Miranda,
retornan en el coche rodador.

Corre el muchacho tras las cabras, grita;
grita más que él el montaraz pastor;
surca el cielo el giróvago vampiro,
suenan con voz de sapo los cencerros
y ladran por ladrar los flacos canes
de la pingüe rehala que gobiernan
mayorales, mastines y gañanes.

Entra en Irón la noche. Invita al Ángelus
el ronco campanón del campanario
con persistente son, y el campesino
siente latir su fe y en paz se anegan
su rico corazón y pobre asilo.

La parca cena había concluído
en la Casona. Ino los manteles
recogía en el cesto de espadañas,
trabajo de gitanos errabundos,
y los fieles criados, descubiertos,
«Con su licencia» entraban sitibundos.

Aún no fulguraba en la alacena
ya seca la vajilla, y los trebejos
en su vasar de pino resinoso,
y el Patriarca, señor de la Casona,

guardián de las costumbres heredadas,
el Rosario en voz alta dirigía.

Blanca los ojos fijos suspendía;
mariposa ideal, revoloteaba
la distracción en el azul de su ánimo
y su voz a intervalos se apagaba.

Entre el cenar, contárala su padre
cómo había hecho paces con la Torre.
Oh! cerraba los ojos, y encenderse
veía las palabras que su padre
había dicho a Alfonso, contradizo
ya a par de noche, al orillar el cauce:
«Perdóname, fué orgullo de abolengo
que desprecia la paz, vida de todos,
y enciende por un pelo estéril lucha,
de rencores nodriza. Una palabra
lleva la ruina a secular hacienda,
alza murallas entre dos esposos,
apaga la amistad, y la discordia
se adelanta a la muerte.....»

Oh! se reía
la joven en el rezo. Refrenaba
la sonrisa y la idea, mas ahora
la voz oía del garrido mozo,
manando del candor de la persona:
«Lo pasado, pasado: que renueve
la Torre la amistad de la Casona».

Ah! florecía en los bellidos ojos
la esperanza..... Rezaba y sonreía,
y cual la madre nueva no se aparta
del hijo enfermo en la oscilante cuna;
como en su vuelo el ave no se aleja
del pollo implume en el nidal, Victoria
no dispersaba la feliz memoria
de tan dulces palabras; el recuerdo
en su abismo interior la perseguía,
y fué el postrero de la occidua noche
y fué el primero del naciente día.

CANTO SEGUNDO

SUMARIO: LA NINA ALABONNIA, EL BRUJO DEL
MONTAÑA A SOLAS LACRIMAS DE ANGUSTIA TIENE
EL AMOR EL VOTO LA NINA DE TONEL EL CON-
SISTO CANTO SEGUNDO
LA NINA HAYTA LA TONEL A CASILLA EN EL LA-
COTO EL NINO

CANTO SECONDO

A LA SANTA VIRGEN DEL CARMEN
POR DON JUAN DE LOS RIOS, S. D. CLAVIERO
DE LA ORDEN DE SAN AGUSTIN, MONJE DE
CANTABRIA.

SUMARIO: LA MISA PARROQUIAL. EL PIROPO DEL
MIRANDÉS. A SOLAS. LÁGRIMAS. DE ARRIBA VIENE
EL AMOR. EL VOTO. LA SIESTA DE TASIO. EL CON-
SEJO MATERNO. DE VISITA. LA PELOTA, LA BARRA Y
EL TUTE. HACIA LA TORRE. A CABALLO EN EL LU-
CERO. El beso.

El campanero del campanario, sentado y quieto
como padre ante su silla abacial, claudó en la
representación de su monarca. Y en
ellos, ventan los corcovos aldeanos por las calles
de Irún, tarde, sublevaron los hombres, praxinos
los sujetos, aquí aquí, uconando.

Ya el campanero uempla uocacional conpato en la
para clarente a los monarcas todos, los unos atra-
linando en los brazos, los otros uconocados en los
loetas de los rumbos, que uconocidos a piedad de
los que fueron. Aquella el uno era cosa para otros.

SHIMAZU. LA VIDA BARROQUA. EL MUNDO DEL
MORADO. A LOS PASAJES DEL MUNDO VIVO
EL AMOR. EL MUNDO LA VIDA DE TAMBOR. EL MUNDO
DEL MUNDO. EL MUNDO LA VIDA LA VIDA Y
EL MUNDO. EL MUNDO LA VIDA LA VIDA LA VIDA
EL MUNDO. EL MUNDO LA VIDA LA VIDA LA VIDA
EL MUNDO. EL MUNDO LA VIDA LA VIDA LA VIDA

A LA SANTA MEMORIA DEL CLARÍ-
SIMO VARÓN, EXCMO. SR. D. CLAUDIO
LÓPEZ Y BRU, SEGUNDO MARQUÉS DE
COMILLAS.

Era el santo día del domingo. La abubilla ma-
ñanera, pestífera, rondaba los aledaños de Irón y
la calandria de los barbechos enloquecía en el cierzo
con sus trinos y acrobacias.

El campanón del campanario, orondo y grave
como padre prior en su silla abacial, clamó en la
supremacía de su tronera: «Ven, ven, ven.....» Y ve-
nían, venían los creyentes aldeanos por las callejas
de Irón, tardos, soñolientos los hombres, presurosas
las mujeres, tiqui tiqui, taconeando.

Ya el venerando templo ancestral cobijaba en la
nave clareante a los ironeses todos, los unos arre-
llenados en los bancos, las otras acurrucadas en las
losetas de las tumbas, que trascendían a piedad de
los que fueron. Aquella sí que era casa para orar,

ante aquella bendita Virgen del altar mayor, y ante aquel santísimo Cristo de la capilla, tan maltrecho y malparado, todo chorreadito de sangre. Y oraba Irón en la paz de unas creencias, sin ansias ni cuidados, mientras guardaban el silencio de la heredad los ángeles de guarda en el campo, en casa los perros vigilantes.

Y luego, el santo cura, vuelto a los feligreses, hablábales de las cosas de Dios, según la coyuntura del Evangelio. «Y como esto hiciesen, cogieron de peces una gran multitud, tan grande, que las redes se rompían». Pues si vosotros, labradores, cumplís los mandamientos, pues ¿qué duda cabe que taquearéis la troje, y aun tendréis necesidad de agrandarla? ¿Y qué duda cabe que cogereis a la vez una gran parva de merecimientos, y no habrá diablo zascandil que os menoscabe de ella ni un ápice?....

Hablaba el pastor, y todo Irón escuchándole. La buena semilla echada quedaba en tierras negras, no en toba blanca, buena para amasijo de adobes, pero estéril sepulcro de todo germen de vida.

Ya el sacerdote santo, trasfigurado en el ara, ofrecía el pan y vino de las almas por su grey, Irón, la pobre aldea.

Vibró la campanilla. El aire serenábase. El misterio envolvía la parroquia lugareña, de donde la fe campesina derivaba manantiales de luz, la

única luz que alumbra a la razón humana en las borrascas de la conciencia y en el torbellino de la vida.

Al último Evangelio adelantáronse algunas mujercitas hasta el presbiterio a ofrendar al ara panes y choznes. De rodillas en la gradería, Blanca estaba entre ellas con su azafate de mimbre, repuesto de paños de lino perfumados. El santo viejo recibió la ofrenda. Para sí y los pobres. Oh! Salud y fuerzas que aquel pan de caridad no restaurase, medios humanos no las restaurarían.

Las velas mandaron a la trezada clave culebrinas de humo. La misa había concluido. Salían los creyentes, y un rumoreo de voces y de risas se levantó en el pórtico, como zumbido de enjambre en las piqueras del colmenar en los floridos soles de abril.

—Miala, me valga Dios, miala, tú.

—Buena pa reina.

¿Y no lo era de la Casona? ¿Y no lo era de la aldea y del campo hasta los montes confines y hasta los poblados remotos?

—Esa es pa mí, y van diez contra cinco; retó en el corro de los mozos un mirandés, cuando Blanca entornaba la cancela y movía a su paso de paloma un viento amoroso como de batir de alas. Ah! la bella pudibunda. Y cómo resplandecía su hermo-

sura, con aquellas sonrosadas nubecillas que arrebolaban el cielo de su faz; con la airosa mantilla, noble diadema de la frente gentil, como el dombo de los cielos; con aquellos ojos, dos granos de uva negra de buen año; y aquellos labios, flor de granado, abiertos siempre al sol de una sonrisa placentera; y el garrido pecho y el talle cimbreño, como vara de narciso, y el respunte de los pies andarines.

—¡Qué suerte una hija así, y no esta pirandón! Aprende de ella tú, pimpina, figurón, suspiraban las madres mostrándosela a sus hijas.

—Eso es un ángel, no mujer. Daría celos al alba y vive retirada, bordando ricos pañizuelos para la iglesia, y echando yeros a sus palomas, del todo tan semejantes a ella en recato.

—Buena como para ponerla en un retablo y encenderla una lámpara.

—Vamos, hija, lo que una ve y no tiene ojos; quisieran los tiñosos coger la luna llena con las manos. Buaj!

Pisa pisando, a lo largo del camino, entre las eras, a solas con sus castos pensamientos, Blanca andar, andar, como el aguzanieve o rabocandil corre la ribera a volapié; diríais que no pisa. Seguía la el mirandés dando suelta a voces insolentes; de éstas alguna impresionó los oídos, como de la alígera

bandada de torcaces, que juntó inminente borrasca, pósase alguna en el nogal, las más revolotean ciegas, alocadas.

—Blanca; llamaba él.

Volvió apenas el rostro la joven y se encendió como la grana. Si ella jamás había hablado en la calle con un joven desconocido, y sola. Madre de Dios, quién sería? Y los pasos iba acelerando.

—Por su bien y mi dicha, hermosa.

Mordióse el carmín del labio la doncella y otra vez toda se encendió como la grana. ¡Qué atrevido, Jesús María!

Y honesta y pura, en la faz el iris del pudor, andaba, andaba con el paso de la tortolilla, que huye picando la era ante el dogo que zigzaguea olisqueando. Llegó a la Casona y respiró, cerrando tras sí el postigo tachonado de clavos de pirámide. Con toda rabia cerró. ¡Plum! Y el presuntuoso retrocedió perseguido por una voz del aire que le decía: «No, no y no».

Respiró Blanca a sus solas, mas ¡ay! que echó a repasar el rosario de sus recuerdos, y aquel corazón echó a batir también cien veces por minuto la muralla del garrido pecho.

Irón, huerto florido, ¿tú ves esto? A las aguas cantarinas, a las flores de miel, a los árboles de dulzuras y frescores; a la campiña reverdecida en aso-

mando ella, semejante a la aurora, por los áridos confines; a las aves del cielo y a las alimañas de la tierra, que lo sepan, que lo sientan. Y tú, enamorado mozo, ofuscado al verla, como si de su engarce cayese a tus pies Sirio o la luna, no sabes..... ¡Ay! la hermosura llora por el amor, que es penar.

Y tú, cefirillo, que, a caballo en el cortinaje oscilante, todo lo curioseas, invisible a nuestras miradas; anda, susúrrale al oído una canción cunera; anda, que se duerma, que se dormirá; que se duerma, porque el sueño esfuma los espectros y hecha carnaza al dogo que ladra en la garita de nuestro pecho.

Y se la susurró al oído, una canción de cuna..... ea, ea, ea..... Y la bella, dormitando, abatía la cabeza gentil, como el alelí tras el pedrisco.

En la hora de la siesta, cuando los manteles yacían plegados en el cestaño de espadañas, prolija labor de gitanos errabundos, y los trebejos enarenados relucían en los basares de pino resinoso, Ino, la sierva fiel, sentábase par a par de la joven.

—Ay hija, grima me das. Tú sí que eres cuando te pones.

—Ino, déjame en paz.

—Jesús, María, qué erizo. Bueno hija, me iré al establo con los bueyes, o al palomar con las palomas, más amables hoy que tú; o si no me iré de esta

mi casa, porque no todas ven los males ocultos; ni saben las medicinas aparentes, pero cualquiera mercenaria sirve, ajustándola antes, para hacer las labores y aderezar el puchero. Mas no me voy, que el pan tuyo he comido ¡ea!

—Y tú, qué sabes, Ino, de mis males?

—Más que tú. ¡La chiquilla esta! Yo que discernía tus males de niña por tus lloros, yo te digo ahora, que este mal no es del cuerpo, y tampoco es para morirse, que te salte un mozo dicharachero, con que si «Tienes ojos de ruiseñor», si «Primorosa es tu nombre», si «Olé los andares de paloma». ¡Vaya!

Irguióse Blanca para contestar, pero ante el ojo escrutador de Ino, sumergióse en sí, como cloroformizada de pesadumbre.

—Que eres muy niña, Blanca, muy niña; tiembles del sonido de una palabra dulce, como el gorrión, que picoteando el bálago, se espanta de la caída de una migaja de pan. ¡No le gusta!

—¿Y es una migaja que un mozuelo extraño se declare a una pobre campesina, cuando embebida de otro más alto amor, olvidaba el hechizo de la voz y el torpe maleficio de la mirada? Ay! si entonces creí que me faltaba el suelo bajo los pies.

Y rompió a llorar inconsolable.

—Ya algún celoso, con locuaces protestas de sin-

ceridad, en blanco los ojos, haciendo del escandalizado, habrá ido a la Torre con el cuento, que nos viera juntos, que yo me reía de sus fruslerías, que abandoné mis manos a las del mozo, suspiró.

—Tonta, y Alfonso que se lo va a creer todo, todito, como un doctrino.

—No, verdad? ¡Ay! amigos los dos desde la cuna ¿hasta dónde fué la amistad, desde dónde fué el amor? ¿Y qué mirada o qué pensamiento ingenioso tendió el puente a nuestras almas? Si yo no sé desde cuándo nos amamos, como se ama la pareja de colorines sin andarse preguntando a menudo: «Me quieres?»-Te quiero. Y tú?-También.-Mucho?-Muchísimo». Desde niños se unieron nuestros corazones con la fuerza del mugrón que arraiga en la tierra; como esta mano está unida al brazo. Y pensará alguno que esta pequeña mano, que pone y quita en mi peinado, pondrá y quitará en mi corazón, donde no entra ni la mano rapante del albedrío.

—Pobre infeliz que pones cadenas al corazón, porque ignoras, eres tan joven, ignoras que el amor es la veleta que gira al viento en la torre altanera.

—De arriba viene el amor, de Dios que dió a los seres inclinaciones innatas desde el origen de la vida. No ves cómo el pardillo sigue a su compañera, color de tierra, y no a la mariposa, luz alada? ¿No ves cómo el abejorro festeja a la abejorra, color de

noche, y no a la luciérnaga, estrellita campestre? También yo tengo mi predestinado, y fuera de él no quiero nada. Ino, chacha querida, ven, tú serás testigo de que he destruído mi libertad, llave del corazón.

Se levantó la hermosa niña, se arrodilló ante un devoto Cristo y oró en holocausto así:

«Oh Dios, que eres feliz en el palacio inmutable de tu ser; si es tu gloria que Alfonso dé su mano a otra doncella más venturosa que yo, o si está escrito que la muerte le arrebatará en flor al lecho estéril, ¡oh Dios de mis padres! te consagro mi pureza de alma y cuerpo».

Y se levantó como el sol tras la tormenta.

Abajo, la calle se alarmó de súbito.

—¡Ay, Dios! ¿Qué pasa?, interrogó Blanca asomándose al balcón.

—Nada, hija; Tasio que ha dado un susto a estos mocosos, contestó de la calle el padre.

Contigua a la cuadra en terrenos de la huerta, y adosada a la Casona, se alzaba la cabaña, grata hospedería de la tartana, del carro de acarreo de anchos cubos, de los trillos pendientes de las paredes y de la hacina de vencejos, paja y bálago en el fondo. Allí jugaban los hijos de los criados, puestos en olvido los números y la odiosa palmeta. Mejor era aquello que la escuela mil veces.

Una niña sintió de pronto un estornudo abortado bajo la paja. Inocente, ¿quién la hizo caso a ella? «La tonta, la miedosa, afuera, afuera». No la ajuntéis a esa tonta. Y sacándole todos las lenguas, burla la hacían. «A jugar, a jugar. Yo que era un saltimbanqui y daba el salto mortal». Y un chiquilicuatro se describía en el aire, en volteo de campanillo. «Y yo que era un titiritero y me tenía cabeza abajo». Y ¡cataplún! un rapacillo astroso hundía en el montón la calabaza y rasguñaba el aire con pernadas y pataleos.

Y voltejea que voltejea, y chilla que chillarás y volteretas y calabazadas por aquí, y zangoloteos y zaparrazos por allá; de pronto ¡ah! emergió de la paja una manaza encallecida, asió a un niño de la cintura y le zarandeó en el aire, como el gato al minúsculo ratoncillo.

No se desbandan los gorriones si estalla un tiro en la vecindad del saucal, asiento de su senado; ni por la escindida roca se precipitan los murciélagos, si se hace luz en la honda caverna, laboratorio de sus conjuros, como salieron atropellándose los niños por la portalada aquella de la cabaña.

«A los ladrones. Que se roban al hijo de Colás. Que hay duendes en la cabañaaa.....»

Enarbolando sendas varas de avellano, adelantáronse cuatro mozos en auxilio del niño. Demonio!

¿sería aquéllo que bullía en el fondo? ¡Virgen Santísima, qué regrandullón era el maligno! Santiguarse, y todos a una. Y entraron, como entran los valientes en la batalla. Breves segundos de zozobra y los cuatro reaparecieron en la puerta muertos de..... risa. ¡Pero si era Tasio, ja, ja!

Era Tasio, el corpulento criado de la Casona, que, aburrido de la holganza de los días festivos, improvisaba su lecho en cualquier parte, a orillas del río, al arrimo del sauce umbroso, bajo el bálago o la paja de la cabaña. Sabe Dios cuántas veces dormiría la siesta sin sentir el holgorio ni la pataleta de los chicos..... ¡Qué va a desvelar a un elefante el roce de una hormiguilla hacendosa!...

Salió Tasio huyendo de las bromas, salvó la tapia, e Ironcillo arriba zancajeó a grandes trancos y pisadas a plomo, semejantes a las de un perche-rón. Viéndole, diríais que sentían sus pasos los antípodas.

Largamente se había comentado la hazaña de Tasio durante la merienda, en la discreta penumbra del comedor de la Casona, pero ya la prudente madre había desviado a su voluntad el caudal de la conversación hacia tierras y gentes de Miranda. No sé cómo ni por dónde el Indiano había llegado con halagüeñas proposiciones hasta los padres de Blanca. Hablaba, hablaba la madre, queriendo convencer a la hija.

—Hija mía, es de noble familia y sanos principios; cierra incontables vellones en sus establos; recoge montones de trigo en sus paneras y..... Piénsalo hija.....

Lo tenía ya pensado. ¡No, no, no, no!

—Y tú, papa, no me dices nada? Anda sí, pero no que le quiera. Porque ¡ay papaíto! que me parece que antes pisaréis terrones en la tina y trillaréis la uva en la era; antes darán los chopos ciruelas claudias y los olmos escaramujos, y antes el vendabal correrá al Cellorigo de su firme asiento, que poder olvidar yo al contrincante de mi infancia, que creció a mi lado, hermoso con el vigor y honradez del campo y con el brillo de una profesión noble, como yo crecía hermosa por mis encantos y virtudes.

—Pero ¿qué cosas revuelves tú ahí, tarabilla, devanadera? ¿Pues qué se va a hacer aquí, en la Casona, si no lo que mande esta cabecita de ajo? Decíala el cariñoso padre, atrayéndola a sí y sentándola en sus piernas, y cercándola con el aro de sus brazos amorosos, y besándola en los ojos, y acariciándola en la frente y en aquellos caireles negros de los rizos sedosos como plumaje de colibríes.

—Hija, tuyos son tus ojos y tuya tu voluntad, insinuaba la prudente madre. No sigas mis consejos. Ojalá no te pese, si llegas a ser la esposa de un militarote hecho a mandar. Hoy te le destinarán al

sur, mañana al norte, y tú, callar callarás, y hoy al sur, mañana al norte, siempre la casucha a cuestras como el caracol. Y si te le llevan a la guerra del moro, ¿irás tú a compartir la tienda de campaña? No sueñes, hija. ¡Ay, triste Casona, qué será de tí sin ella? No me parecerás mía ya más. Y luego sobrevendrá sobre nosotros la vejez, como invierno anticipado, y yo toda seré canas y arrugas, tu padre un viejo tiritaina.

—Deja de cavilaciones, mujer, interrumpió el esposo puesto en pie. Y anda, vístete, si hemos de visitar al señor cura.

Y acariciando a Blanca la dijo: «¿Qué tienes, hija mía, que estás tan pálida? Tonta, tu madre podrá aconsejarte, mas no torcer tu amor. Y ahora, andandito a pasear con las amigas, o te vas sola con Ino por la orilla del Ironcillo, abundante en pesca, hasta el molino y más allá, hacia la Torre.

Volvió la prudente madre, y los esposos se encaminaron a la casa parroquial.

Por las eras de allá abajo hervía la voz de la multitud en ebullición, en la cálida medianía de la tarde. Ahí era nada el partido aquél, que se jugaba en la fachada de la parroquia. De un lado, los campeones del contorno, nombres sonados desde el Condado de Treviño, tierra gris de castillos, hasta la Rioja, tierra blanca de fosforescencias en sus vi-

ñedos en luz, y por toda la merindad de Miranda alrededor. Del otro dos ironeses, sin fama, pero ambidiestros, flexibles como acero, duchos en los secretos del frontón y ganosos de la victoria.

A piedra sonaba la pelota aquella resurtiendo en el granito. Bien la castigaban todos, vive Dios. Pero había opiniones. El bando campeón, ufano de su nombre, ostentaba destreza y poder. Que vieran aquellos pelantrines pelagatos que había allí nervio y garambainas de estilo. Los ironeses, como si nada hiciesen; pero ahora aquí, después allí, siempre a punto. Y luego, ¡qué manita para el efecto de incrustar la pelota un pelo más arriba de la falta o de embocarla al desvío de los chaflanes laterales! Los campeones, boquiabiertos los dos. No les valía entonces el brazo ni la elegancia, mientras los vecinos montes retumbaban con los aplausos y enronquecían de entusiasmo los chiquillos de Irón.

La pelota, ¡zis zas! sonaba, y el concurso ¡madre de Dios, qué atención, qué interés, qué inhibición del ánimo! A los espectadores se les iban los ojos, y detrás de los ojos se iban los espectadores, que adelantaban la cabeza, el cuerpo, el paso y hasta el consejo a voces: «No taceleres; mákala».

Y entonces, cuando el zagüero de Irón, maniego y forzado, se ladeaba a la derecha, abriendo pie y brazo, rumba rumbando allá iba aquello como una

granada, algunos, más obsesionados, jugaban el brazo a la par, repartiendo entre sus vecinos boleas y remoquetes.

—Aíba este tío; no sea usted bruto, que me ha dao a mí.

—Moño, hombre, dispensa, que fué un descuido.

—Mía tu, so marrano, que si me tocas otra vez te rompo los morros; que no soy yo la pelota.

—Chico, ya sé que no; pero perdona, caray, que es la pícara afición que me oceca.

Y la pelota botaba y rebotaba, pero ningún bando adelantaba un paso.

«A seis nuevas» ¡Ah si los viérais! Pálidos los ironeses por el esfuerzo y la emoción de la victoria ante la aldea natal; los contrarios, rojos de cólera y despecho, retando con los ojos al hostil concurso.

«Cinco-dos» ¡Ah la lucha es por la fama! Sacó Irón en franco, y el zagüero contrario, alardeando de fuerzas, (de aquélla todos le habían de alabar) metió a sobaquillo un fallo ignominioso, que levantó un huracán de silbidos. ¡Bonito modo de concluir aquéllo! Vergonzoso, vamos. Hubo irrupción del público, clamoreo, exaltación patriótica y, caldeado el ambiente, fermentaron los ánimos y se derramó la espuma de voces insultantes.

Por allí asomó el mirandés, tan fantasioso, tieso el andar, mirando a los lados desde las alturas,

despotricando de los jugadores, unos peleles, y de la aldea, una porquería. Alto lo dijo, que lo oyeron los mozos de Irón, y izás! algo como un proyectil rojo se despanzurró en su frente, y pingajeaba por toda su cara sangre tomatera. Nadie supo de dónde salió, ni esta voz que acabó de revolverle la negra bilis: «De Blanca para el Indiano».

Enfrentáronse al punto dos bandos, como dos nubes negras preñadas de electricidad, estalló el rayo de alguna palabrota gruesa, pero ¡bah! había buenos puños en Irón. Luego, como guión de paz, surgió un porrón de clarete, y ya sólo hubo amistad y alborozo en los ámbitos de la aldea.

Entonces el Patriarca y su esposa cruzaron por las eras, y todos los de Irón les saludaron, menos el indiano, que desapareció de allí, jurando no volver a pisar el villorrio aquél. ¡Lo que ellos se perdían!

Entre tanto, en la llanada delantera de la taberna, tiraban a la barra los satisfechos de Irón, hombres forzudos y morenos, que hablando de sí, se echaban para atrás, barrenándose la boca del estómago con el índice, y hablando de los otros, se echaban para adelante, picándose con el pulgar el hombro. Todos estaban allí a la mano del porrón de estrecho gañote.

Uno avanzó, contrapesando la barra, afianzó el pie en la borrosa base; se caló la boina a torni-

llazo, adelantó el brazo tenso, con el barrote perpendicular; le devolvió atrás, y, los pies firmes, erecto el macizo pestorejo, recogida la mirada en la meta, viril, estatuario, jugó los músculos con ímpetu y el barrote voló por el aire, y se clavó a treinta metros, oblicuo como la saeta, hasta que, hendiendo con el peso la deleznable toba, vino a tierra, como el generoso púgil que se desploma en la meta victorioso.

—Buen tiro, bueno, habló uno azotando el aire con la cabeza, y alargó al tirador el chacolí. Aceptó éste. ¿Pues no lo había merecido o qué? Limpióse los labios con el revés y envés de la mano, alzó el porroncete, miró a los cielos y de allá bajó el clarífico chorrillo al labio superior, de donde caía chispeando en la boca..... Cruzóse luego de brazos, esparrancóse de pies, arrugó el hociquillo sarcástico, miró de lo alto de su gloria, perenne, estoico y..... allí estaba él. Sí, sí, que tirasen. Como no, morena.

—Quico, tú tiras.

—Pa qué? Calcula, hombre.

—¿A que voy a tirar yo? Vamos hombre, cuándo se ha visto, mecachis en la pez. Cobardes, si tuviera yo mis años.....

—Bastante haría usted, picotero, refunfuñó Quico; y de un manotazo arrancó al viejo el barrote, pisó en la base, frunció el ceño, escupió, midió la

distancia, tiró, y se sumió en un corro, gruñendo. Era mucho vicio de hablar aquel de Cleto. ¡Qué fuerzas ni qué calabazas las de aquel tío cagurrial! Sólo Tasio aventajaba aquel tiro. ¡Más mano, caray, más mano y menos pico! Y así siguió rezongando largo rato, como el alano, que royendo un hueso, gruñe al pegajoso falderillo, como el zángano expulsado del enjambre, que de mañana ronda ronroneando el colmenar.

Ni eran menos las vecinas en el estadio aquel de la aldea. Sentadas en silletas ante el vetusto caserón, jugaban al tute las vecinas en torno de una mesa paticoja, nivelada con un cascote de teja. Del guiñapo de los bolsones, salías al sol decadente ¡oh tál escrupulo de procurador, despreciable rodajilla, centimillo tosco y roñoso, sin más cara ni cruz que el cardenillo. ¿Qué poder te libertaría de las mazmorras de tu padre, algún usurero canijo? ¿Quién te presentaría a la buena gente de Irón, que te consentía y te respetaba en tu oficio de tahur, y te admitía en todos los hogares y en todos los bolsos con la roña de varias generaciones?

Andaba el torno de la baraja. Andaban los centimillos. Andaban las lenguas.

—Pos la Merenciana ¿vísteis cómo iba de clueca a misa mayor con traje nuevo? Si hablase el paño y yo también hablase..... La lambistona correntaina;

pos no va y viene y me dice: «Hola, me emprestas un pan? La semana por venir cuezo yo y.....» Cocer? ¿Sabrá ella cuándo coció la última vez? ¿Sabéislo vosotras? La trapitos de Pascua..... Eso sí que la enloquece a ella. Y el bandullo de cuaresma. ¡Malditos trapos, más pestes que nos han traído! Porque luego el escote así, y la manga hasta aquí, y la falda hasta acá. ¡En un pueblo, recanastos! ¿Cuándo se ha visto cosa igual? Gorrinas, indecentonas, remarranazonazas.

—Ja, ja, ja, rió la Pilonquita, vieja canosa y arrugada como castaña pilonga, pero rosácea y fresca de color, minutilla y vivaracha. ¡Vaya, se acabó y a jugar! Tú sí que eres, mujer. Roes que ni la carcoma. ¿Que me se da a mí ahora de la Merenciana? Ni a mí ni a éstas. Cada una en su casa y Dios en la de todos. Corta, tú. Bastos son triunfos.

El juego siguió, pero la murmuración se vuelve al vómito, como el perro, y mientras barajaban, corrían, daban y jugaban, todas tiraron su piedra al vidrio ajeno: ésta gazmoña, esotras pindongonas..... ¡Dios, cómo se manejaban las tijeras!

Filosofaban los hombres en las horas de la tarde. Se alborozaban los chiquillos jugando en la calleja. Ramillete de rosas silvestres, las doncellas, en volante coro, discurrían bajo el tiro del piropo y la copla de los mozos, que, a lo largo de las eras, pa-

seaban el respunte de sus guitarros. Era el ambiente aquel de luz y fiesta, mientras el santo cura, a la vera de la casa parroquial, conversaba con los buenos amigos de la Casona. «Y Blanca?» Y hablaron de ella, de la reinecita de aquellos contornos, de la hermosa Victoria Blanca.

Y Blanca, remontando el curso del Ironcillo, abundante en pesca, bajo el toldo del arbolado ribeño, por la alfombra marginal esmaltada de malvas, violetas, margaritas, dragoncillos y quiquiri-quies, Blanca paseaba con Ino, paseaba en un aspirar de rumores y de esencias. El cielo se inmaterializaba en el cuadrante del cenit plúmbeo al horizonte carmín. En el azul, redondo el sol, como ventanal abierto a la luz de la gloria. Cantaban los grillos, cantaban las cigarras, cantaba el ruiseñor. Y con ellos, como quien respira, cantó Blanca la dulce tonada de León, noble melliza de Castilla

«¡Ay, qué tristes son mis penas!

¿Por qué lloras, corazón?

Si el sol también desfallece

y al fin muere y.... ¡es el sol!

Pasito paseando, quedó atrás el molino. Hay en el río un recodo rebalsado, donde, entre islotes de berros, juncos y espadañas, halla el cangrejo alimento y estación propicia. Dos criados de la Torre echaban los reteles, cuando Blanca asomó en la

orilla. Pasó adelante sonriéndoles. Allá no lejos, entre los chapiteles de los chopos, campeaba la Torre. Si asomara él....

Galopando en una nube de polvo, catatrís catatrás, él, Alfonso.

Desmontó. Volvía de Miranda. No las había conocido al principio. Se reían. La hermosa se acercó al alazán, que caracoleaba impaciente, incensando el aire con la cabeza y despidiendo copos de espuma verdialbina por las narices frameantes, y le acarició con palmaditas en el macizo cuello sudoroso. Ya estuvo para darle un besito, pero no se atrevió. Ah! bonito que era con aquellas calzas blanquecinas y aquel negro aterciopelado y aquel lucero de nieve en la frente. Anda, pues era el Lucero, que mamaba aún cuando murió su madre, la Saeta. En las cuadras regias ninguna para aquélla ¿dónde va? Era un recuerdo muy triste. Pero era manso? Manso? ¡Buu! Y ahora mismito le tenía que montar. Mandaba él. Y cómo? Ni una piedra a propósito se veía. Mejor así. Y cogiéndola de la cintura ¡aupá! la alzó en volandas y la sentó en la silla. El, a la brida, la servía de palafrenero.

«Déjame sola», se atrevió ella. Sintiendo el azote del amo, el caballo salió al pasitrote. Dios, si era para marearse de verlo así de tenso y esponjado, llenando el camino, orgulloso con la preciosa carga,

soltando en cascada el raudal de la cola, braceando al revoltijo a compás de la cabeza de trenzadas crines. Más serena iba ella que el mismísimo emperador de Roma en su corcel de batalla. Volvía la cabeza a Ino, se miraban los dos y sonreían.

El Lucero volvió atrás obediente a la blanda mano, y, en columbrando a lo lejos la Torre, aceleró el paso hacia allá.... A la Torre la reina de la Torre. Trota Lucero.... Lucero para; oye a la hermosa que te suplica. «¡Soo, caballo, soo...! ¡Ay Dios!». Y con el susto gritó, alto, tan alto, que el animal paró en seco.

Riéndose, corrieron Alfonso e Ino. ¿De qué se asustaba una amazona como ella? Pálida aún, se dejó caer en los brazos del amado, como asustado niño en el regazo del aya, y nada sintió en el sobresalto del miedo. Pero él sintió en el cuello una lazada de amor; sintió en la boca un aliento de azucena, en la frente el airón del flojel revolandero, como abanico de palmera; las pulsaciones de un corazón en su corazón, y ya a punto de dejarla en el suelo, posó los labios sobre los rojos labios, como en una reliquia sagrada, leve, imperceptiblemente, como la polvorilla de harina se reposa en la harina, como ampo de nieve sobre la nieve, en un beso puro de espíritus, como puente inmaterial por donde las almas se funden a través de la materia continua.

Íno, la tonta, se distraía, y el caballo miraba con aquellos ojazos, miraba, miraba.....

Galopando en una nube de polvo, catatrís, cata-trás, se volvió el joven cerquita ya de Irón. Caía la noche, y en la noche y en el alma caía la voz grave de la campana, que convidaba a los creyentes al recogimiento y a la oración. Calló la aldea recogida en el santuario de los hogares. Aleteaba, con aleteo de letargo, el sueño aliviador que esfuma los espectros, que toma nuestras potencias en la gasa de sus brazos, que brinda la posesión del bien apetecido, que se recrea reproduciendo la última noticia, las impresiones recientes.

Era una noche de junio, serena y clara. En su lecho de Virgen, Blanca soñaba..... A caballo en el Lucero ella, en la Saeta él, galopaban por la región de las golondrinas, entre el cielo y la tierra, por caminos de luz..... Abajo, a pie por el polvo de la carretera, caminaba un mozo. Parecería el Indiano si no tuviese en la frente un grano gordo y bermejo, como un tomate.

Y galoparon largo rato los dos juntitos, en los corceles como el relámpago, por caminos de luz, entre los cielos y la tierra, por la región de las golondrinas..... Era una noche de Junio, serena y clara.



SUMARIO. I. Idea. II. Caracteres del movimiento.
III. Origen. IV. Evolución. V. La guerra.
CANTO TERCERO
VI. La guerra. VII. El movimiento. VIII. El movimiento.
IX. El movimiento. X. El movimiento. XI. El movimiento.

CANTO TERCIERO



A LA BUENA MEMORIA DEL
SEÑOR DON D. ANTONIO DE
MORA Y DE SAN ROMÁN, SU CUNYADO
MAYOR.

SUMARIO: JULIO. EL CANTAR DE LOS GALLEGOS Y
EL CAPATAZ. LA SIEGA. EL ACARREO. LA PERLA Y
LOS CHIVINOS. EL PANADERO. MALAS NUEVAS DE
AFRICA. CON EL PÁRROCO. EL DESAYUNO. EL ATA-
QUE. PÁJAROS SINIESTROS. EN EL BALCÓN. A DIANA.

Y cuando el viento levanta
y levanta los vapores los alambres.
En un día de julio. Los ruidos
de la Cereza. el que del lebrucillo
muevan los movimientos vagabundos.
cuando un nuevo, afilado el grado de
en la plaza de la plaza del
tanto valen el que le muestra
el que de verla
largo de verla
que muestra el
el que muestra el



SUMARIO: Este El Contar de los Cantares
el Cantar de la Virgen de Acaño. La Virgen
de Acaño de Acaño. Milla de Acaño de
Acaño. Con el Cantar de Acaño. El Cantar
de Acaño. El Cantar de Acaño. Acaño.

A LA BUENA MEMORIA DEL ESCLA-
RECIDO VARÓN D. ALVARO DE AR-
MADA Y DE LOS RÍOS, VII CONDE DE
REVILLAGIGEDO.

Julio, mes del calor y de la siega;
alegre julio, si el turbión no anega
los campos, mares de oro; triste julio,
cuando el caos suplanta al claro día,
y martilla el granizo los tejados,
y asaltan los infiernos los sembrados.

Era un día de julio. Los trigales
de la Casona, al pie del Ironcillo,
segaban los morenos segadores,
cuando un mozo, afilando su guadaña
en la pizarra de húmeda colodra,
cantó; volvía el eco la montaña:

«Lonxe da terraña
lonxe do meu lar,
que morriña teño
c' angustias me dan».

Acallaron los rústicos pardales
 su indocto silabeo; la oropéndola
 se acogió con su silbo a los riscales
 donde nadie con ella compitiese;
 cesó el cucú de pregonar su nombre,
 y la andariega codorniz del trigo
 dejó su cantilena, semejante
 al despegar de labios amorosos.

Y como cuando en cenagosa charca,
 si una rana, ensayando su bemol,
 hiende el mudo bochorno de la siesta,
 otras asoman la cabeza al sol
 y uniendo van sus notas desacordes;
 así los segadores se dejaban
 arrastrar por la plácida corriente
 y el canto en muchos tonos coreaban.

Mas riñó el capataz al agostero:

—Dale a la hoz, bellaco; aquí no vengas
 con tu cua-cua como palustre rana,
 o a excitar, cual chicharra perezosa,
 con tu voz el sopor y la desgana.
 Deja tu copla y a segar, que el amo
 sólo paga el trabajo de tu dalle
 y no el de tu garganta, mala o buena.
 Todo el mundo a segar, mala calaña;
 cese el canto; gruñís como verracos.
 Vivo, relampaguee esa guadaña.

Las hoces tajan, la guadaña arroja
 mortífero relámpago, y la espiga
 tiembla y se tiende en abanico el trigo.
 Crece el rastrojo, la faena es muda,
 y se escuchan los cantos siderales
 y el coro de aleteos, que levantan
 las horas en sus danzas matinales.

Hiere el resol, se espesa la mirada,
 se dilatan las venas de las sienes.
 arden los pies, rescoldo es el rastrojo;
 la tez, cual heno, adquiere luz de fragua,
 corre el sudor por la mejilla a mares
 y el sol da nuevo temple a las robustas
 espaldas socarradas, como el horno
 a la ánfora de arcilla en los alfares.

Hiere el sol y el resol. Trasciende a grano,
 paja tallada, a tórridos rastrojos,
 al opol de amapolas, a verano.
 Ah, sonreid! cayendo va en manojos
 en la asfixia solar la arista grácil,
 adorada del céfiro, alegría
 de la grávida tierra, pan del hombre.

Trasciende a paja; el segador el seno
 ahonda del trigal y las gavillas
 ata en haz la atadora con centeno.

Ya cuando los ejércitos de aristas
 son pajonales de aridez sin valla,

con los haces dispersos, cual cadáveres
en desolado campo de batalla,
es hora de trillar; brindad al cierzo
y conjurad, labriegos, al solano.
Son días sin vagar; el hombre es máquina.

Apenas pasa el sueño de las bestias,
despierta a Irón el rechinar de goznes,
el redoble de cascots en las lastras
del callejón, los golpes y silbidos,
el rodar de los carros de acarreo
y el gritar de los mozos mal dormidos.

Ya en el rastrojo están; del carro parten
los agosteros, y en la horca, enhiesta
como pendón, los haces ensartados
largan al mozo que acomoda el peso.

Ya retehenchido está; los altos zarzos
desbordan, desbordante la trasera
arrastra por el suelo algunas cañas,
llena el carro la blanca carretera,
y lento, cual bajel que toma el puerto,
con la cebada pinta de ababol,
entra en Irón, chirreando, bamboleándose,
cuando da luz al Celloorigo el sol.

Las eras son enjambres; la cebada
rueda, volcado el carro. Allí hay labores
de niños, de mujeres y de viejos:
unos reparten los dorados haces,

otros van desatando los vencejos
y extienden otros con bidentes horcas.
Concierta aquél los trillos moledores,
éste pone a las mulas el copete,
y unce el boyero al rumiador bahante.
El látigo restalla, cabecea
el trillo como barca en la rompiente
y estalla en alegría la labor.

Ah! yo también de niño en la balumba
volví del alto carro chirreador;
yo al soltar las lazadas del centeno
ví derramarse el haz; yo asalté el trillo
al volar de la cobra, y victorioso,
cual triunfador en su carroza argétea,
miraba en derredor.... ¡Ah, cuántas veces
en la presencia de la dulce esquiva,
en tu presencia Blanca, y tuya, abuelo,
que te reías con caída barba,
a un tirón del motril se derruía
mi infantil presunción sobre la parval....

Trillaba Irón su pan. Llovía el oro
de la luz en los campos y en las eras,
y en el portal, camino de Miranda,
montó el Patriarca en su caballo el Moro.

Tras él, esplendorosa como el alba,
y prendiéndose el velo en la cabeza,
salió Blanca de casa, cuando a misa

de nuevo repicaba el sacristán.

Entonces resonó por todo el pueblo la trompa del cabrero rabadán. Ino, la sierva fiel, en la escalera apareció con un vaso de vidrio, y empujando el portón de los corrales, gritó: «Perla, chivina, ven, chivina». Enhiesta la cabeza, dilatados los ojillos, batiendo las orejas, moviendo las barbillas con la rumia, asomó la cabrita mellicera, rabona y del color de los tesoros que el mar cuaja en la concha madreperla.

Detrás, atropellándose y besando los traseros corvejos de la madre, surgieron los mellizos barbilindos, de inocente mirada, baladores, perlinos y con pintas albinegras, librea del chivato comunal.

Ino a la Perla dio un terrón de azúcar y caricias a todos por igual; y, ya en cuclillas, exprimió las ubres, que tibio chorro de espumosa leche vertieron en la jarra de cristal.

Entretanto, con ellos conversaba, riendo y a la vez acariciando:

—Basta, Perla, no seas zalamera;

demontre, tanto beso a esos muñecos.....
 Si ya sé lo que pides con tus mimos.
 Orgullosona, quieres en la calle
 pavonearte con tus capripollos;
 que las cabras los vean a tu lado
 y que te envidien; que se huelgue el chivo
 pestífero de haberlos engendrado.
 ¡La orgullosa!... Y vosotros, hijos míos,
 ¿iremos hoy al monte? ¿qué os parece?
 No vais a estaros, cual soléis, durmiendo
 siempre sin hacer nada, o asustando,
 que es peor, a las pollas ponedoras.
 Andando con los chivos a los montes,
 a pacer y triscar cual saltamontes.

Como si la entendiesen los mellizos,
 que ya se ejercitaban en el tope,
 saltaron de alborozo, y tales rizados
 hicieron en el aire, que uno de ellos
 cayó de pie en el lomo de la cabra,
 y de allí en el regazo de la sierva,
 de la ordeñada leche salpicándola.

«Por poco no me tumba con el jarro
 de espaldas el borrego, harto de leche.
 ¡Fuera de ahí, atrevido!». Abrió la puerta
 y despidió con mimos a los chivos,
 que a mezclarse corrieron al rebaño
 que el pastor por las eras conducía.

Era ya bien entrado el nuevo día.

Entonces el activo panadero
llegó en su repintado carricoche
con el pan tibio aún y bien oliente.

—Muy buenos, Ino, ¿cómo anda la gente?
Tal vez no guíe a Irón más a la Pinta.
con el coche del pan, desde Miranda,
si es que el Gobierno llama alguna quinta.

—¿Para qué, panadero? Desdichado,
siempre en tu carro, con el don divino,
repartes tristes nuevas por la aldea.

—Mujer, fruta del tiempo, no del vino;
ni soy yo la Tarasca, regadora
del cuento y la noticia espeluznante,
que en cuanto ve el espanto de un vecino,
corre temiendo que otro se adelante;
la insomne sensación lleva en su réspedes
de culebra, la bruja. Mala liendre.....

—Di las nuevas que traigas, panadero

—Muy malas son; el Rif alzado en armas,
escuadrones cazados como moscas
y muerto el general, todo perdido.
Si es cierto como cuentan, triste cosa.....
Vaya y adiós, que el día no se para,
como mi tienda de amarillos radios,
a vuestras puertas.

Hostigó a la Pinta

y se alejó entre las activas eras,
guiando el carricoche rodador.
Ino volvió de nuevo a su labor.

Entretanto, después de misa, abría
su alma Victoria al párroco, y vagaba
como el perfume de una flor que se abre.

—Hija, la dijo el venerable anciano,
hija, el amor, si es puro, es una esencia
de la deidad que se trasciende al mundo.
Sin el amor, ya vida y..... ¿quién me mete
a redentor? Tú sabes de esas cosas.

Hija, observad las santas tradiciones,
renovad en Irón la paz primera,
y haré santo ese amor, yo que os conozco
mucho mejor por dentro que por fuera.

La paz he predicado como Cristo;
si al irme de esta aldea, y será pronto,
puedo decir al Mayoral: «Abajo,
en caridad a mis ovejas dejo»
¡oh qué gozo, qué gozo el de este viejo!
Más que el tuyo, Victoria, y entre lágrimas
de alborozo, fijaba en la doncella
la mirada, que apenas le servía.

¿Qué sentía la bella? ¿Floreecía
su corazón con esperanzas nuevas?
De la piadosa sombra parroquiana
salió Blanca; volaba de alegría

en la gloria triunfal de la mañana.

Alegría, juguete quebradizo
 en las manos de un niño; bella Eurídice
 desvanecida a punto del abrazo,
 ¿quién te poseerá? ¿qué fuerte lazo
 te hará rehén? ¿qué activo talismán?
 ¡Ay! que en chispitas bajas de la altura,
 y el hondo arroja el llanto a nuestra esfera
 como vomita lavas el volcán.

—Blanca, qué alegre estás, dijo la madre
 cuando Ino servía el desayuno.

Blanca callar, los ojos clareando.

—Señora, habló, la sierva, malas nuevas
 nos trajo de Miranda el panadero.

—Ay! ¿qué ocurrió a mi esposo? ¿Le ha ti-
 el caballo en algún derrumbadero? [rado
 ¿Le han herido a traición dándole asalto
 por robarle en alguna encrucijada?
 Habla, Ino, por Dios; y le latía
 el débil corazón con sobresalto.

—Ay, no, señora! Nuevas de la guerra.

—Jesús! la guerra siempre. Ten hermanos....

—Pero mamá, te excitas vanamente.

—Soltaba yo a la cabra y a los chivos,
 que por primera vez han ido al monte,
 cuando llegó el activo panadero
 en su carruaje de pintadas ruedas,

con el pan tibio aún y bien oliente.
 «Muy buenos, Ino ¿cómo anda la gente?
 Tal vez no guíe a Irón más a la Pinta,
 con el coche del pan, desde Miranda,
 si es que el Gobierno llama alguna quinta,

—¿Para qué, panadero? Desdichado,
 siempre en tu carro, con el don divino,
 repartes tristes nuevas por la aldea.

—Mujer, fruta del tiempo, no del vino.....

—Di las nuevas que traigas, panadero.

—Muy malas son; el Rif alzado en armas,
 escuadrones cazados como moscas
 y muerto el general; todo perdido.
 Vaya, y adiós, que el día no se para,
 como mi tienda de amarillos radios,
 a vuestras puertas. Dijo el panadero,
 montó, hostigó a su mula y por las eras
 se fué guiando el coche rodador.

La madre levantóse desganada,
 rumiando la noticia en su interior.

Dió las doce el reloj de la parroquia;
 en las eras las parvas trituraban
 los anchos trillos de guijarro y sierra,
 y, en corros, comentaban los labriegos
 las últimas noticias de la guerra.
 De pronto hendió la paz de la Casona
 un grito aterrador. ¡Pobre Victorial!

¡cómo en su oído resonó aquel grito!

Cayósele el bordado de las manos
y el placentero hilar de la memoria
truncado fué. Corrió hacia el gabinete
y vió a su madre exánime en el suelo,
extraviada la vivaz pupila,
los labios blanca espuma rezumantes.

—¡Santa madre de Dios! ¡No ¿qué es esto?
Y alzándola con mimo la cabeza,
miráronse las dos interrogantes,
mordiéndose a la par los labios rojos,
y ¡ay! llovieron las lágrimas estériles
de los nublados cielos de los ojos.

En su lecho de madre la acostaron,
y un criado partió en busca del médico.

Una hora después alzó los párpados,
giró la vista en torno, hizo preguntas
de difícil respuesta, y habló a su hija
y al esposo, devuelto de su viaje,
razones concertadas. Mandó el médico
cama, tranquilidad, y cucharadas
de digital y yerbas consolantes.

Bordando sin bordar, junto a la enferma,
la bella, sin piedad desengañándose,
pasó la tarde. Voces de pavor
volaban de sus labios, desbandadas;
negaba con despecho la cabeza

a toda idea amable de ventura.

Como sangrienta víctima inmolábase
 el sol a filo del abrupto cerro,
 y la paz vespéral se difundía,
 como activo licor, por las potencias.
 Cayó en la aldea el toque de oración.
 Pocas horas después sombras, silencios
 y claridad de estrellas sobre Irón.

En vela en el balcón de la Casona,
 Blanca esperaba, presagiando males:

«Cándida noche; venturoso el niño
 que duerme sin deseos en la cuna,
 y vive sin cuidados, que ejercitan
 en diabólicas artes el ingenio.....
 ¿Me le traerás con bien, ángel de guarda,
 que diriges sus pasos por la tierra?
 ¿Quién sabe si el caballo, desbocándose,
 le tiraría en la tortuosa senda;
 si algún viandante que hace su camino,
 silbando en la frescura de la noche,
 le robaría, o, sin prestarle ayuda,
 de largo pasaría? Virgen santa,
 si alguna ofrenda mía te fué acepta
 si algún ramo de flores de mis tiestos,
 o algún mantel rizado por mis manos
 ornó tu altar; si algún cirio bendito
 se quemó ante tu imagen, en tus fiestas;

si el triste corazón que lo ofrecía
 fué grato al tuyo afín, vuelve tus ojos
 a los míos que lloran, Madre mía.....
 ¡Ay! un caballo relinchó..... Tú, sueño,
 aprieta la cadena a los sentidos
 del mastín ladrador, no oiga los pasos
 y, ladrando, despierte a los dormidos».

Alfonso desmontó tras la Casona,
 dejó el Lucero al mozo confidente
 y entró por la calleja, caviloso:

«Noche, en tus sombras vengo, como espía,
 a esta mansión en que jugué de niño.
 ¡Cuántos sueños de sol aquí soñados!...
 Blanca ¿me esperarás? Tal vez tu padre
 te obligaría a descansar temprano,
 como una niña a quien arrastra al lecho,
 con una luz, el aya, de la mano,
 diciéndola: «A dormir, que viene el coco»;
 tal vez te dormirías esperándome,
 cual pajarita que ante el nido llama
 en vano al triste compañero y toda
 se duerme sobre un pie en cualquiera rama.
 Hay luz en su balcón. Si de su boca
 he de escuchar la voz del desengaño,
 oídos míos, olvidad ahora
 vuestro oficio; palabra voladora
 no saltes de la cárcel de sus labios,

que no la lleve, susurrando, el céfiro
a oídos del curioso desvelado.....»

—¡Blanca! ¡Blanca!, yo soy; vengo de noche
como el crimen que evita el mediodía
para sus maleficios.

—Ven, Alfonso;
tú eres mi sol, y con el sol va el día.

Y reflejaba el rostro de la bella
purísimo consuelo, sobre el fondo
de arraigado pesar, como el remanso,
que forma el río en el recodo estrecho,
a través de las ondas cristalinas
muestra el verdín y el légamo del lecho.

—Herida está de muerte.

—Quién?

—Mi madre
y nuestro largo amor también de muerte.

—¿Qué incoherencias dices? Habla pronto.

—No sé. Padezco mucho. Es otra vida.
Mentira es esta edad; cuando de niños
el soñar era ser, la dicha entera,
y hoy el ser ni soñar; la dicha madre
de seres muertos.....

—Blanca, Blanca, ¿lloras?

—¡No he de llorar, y mi alma es un barbe-
Ya se murió la alondra que cantaba [cho?
en la florida jaula de mi pecho.

—Anímate, mi vida; ten ardura,
que el pesar es el muérdago, que a expensas
vive de la salud y la hermosura.

—Tus razones restañan mis heridas;
los fantasmas que pueblan mi cerebro
huyen de su guarida, al escucharte,
y siento que renazco interiormente.

Por dentro estaba muerta. ¡Quién creyera.
viéndome aquí paladeando hieles,
que esta misma mañana el santo cura
me dijo estas palabras como mieles:

«Hija, el amor, si es puro, es una esencia
de la deidad, que se trasciende al mundo.
Sin el amor, la vida.... ¿Y quién me mete
a redentor? Tú sabes de esas cosas.

Hija! observad las santas tradiciones;
renovad en Irón la paz primera,
y haré santo ese amor, yo que os conozco
mucho mejor por dentro que por fuera.

—Eso te dijo el santo ¿Y no te alegras?

—Dichoso, te mantienes de ilusiones.

—Triste, ¿para escuchar esas razones
dejé mi blando lecho y alta torre?

¿Y velas tú, mi bien, para decirlas?

—No las repetiré. Cuando la angustia
las incite a salir, buscando alivio,
las echaré la esclusa de los labios,

que en mi interior rebullan como víboras,

—No mires hacia adentro; mira al mundo,
feliz en los amores de la noche,
mira al cielo sereno..... Las estrellas
nos miran envidiosas.....

—Compasivas;

un hombre solo pone en guerra al mundo,
y ellas, tantas, qué en paz que resplandecen!

—¿No ves cual luce con fijeza Venus?

—Sí, y como brilla tornadizo Marte.

—¿Cómo se llaman, Blanca, esas estrellas
que semejan un carro; a que no sabes?

—Pues el carro, qué gracia. Y..... basta, Al-
no más devanear; la noche es corta [fonso,
para el amor. ¿Sabrás lo de Melilla?

Ino nos lo contó en el desayuno.

¡Pobre madre! la taza medio entera

desganada apartó; se puso triste,
como muerta cayó, que se moría.

Bordaba yo pensando en nuestra suerte

y oí un grito mortal..... le dió el ataque.....

una hora entera entre la vida y muerte.....

—El desmayado brillo que circunda

tus ojos, ¿es el rayo de la luna

pálida que se mira en tu semblante,

o es el fulgor de tus palabras pálidas?

—Hoy he cambiado mucho. ¿Me conoces?

—Blanca.....

—Alfonso, ¿y te irás pronto a la
He cavilado tanto, que delante [guerra?
voy siempre del futuro caminando.

Ya me dirá mi madre, rebatiéndome:
«Su carrera es de honor; mas si le llevan
a defender la patria y la corona
¿irás a compartir la estrecha lona?»
¿Qué la responderé si me pregunta?

—Que en Irón aldeanos, velaremos
de su vejez tranquila, de los campos,
de la plana menor de la familia,
de la hacienda, que es nuestra y de los pobres.
Pero hoy, que enrojecida la conquista
con sangre está de hermanos españoles.
¿corromperé a algún hábil cirujano,
que por su honor perjure que estoy ciego
y me estará a tu vera contemplándote
las breves lunas y los largos soles?

—¡Horror! Si peligrando el patrio suelo,
mi esposo se pasase las veladas
en una mecedora, canturreando,
o leyendo romances de aventuras,
pan de la fantasía, adiós Casona,
con una hoz roñosa, volaría
a defender la patria y la corona.

—Tu voz me infunde espíritu valiente

para dejar la holganza de la Torre
 por las móviles tiendas. Oye Blanca,
 me he ofrecido a la patria voluntario.
 Mas antes salvaremos a tu madre.
 Ten el secreto; al declinar la tarde,
 vendré a verla con médicos amigos.
 Fué madre para mí, y en nuestros juegos
 tuvo para los dos iguales dones.

—¡Ay! la trenza mejor de mi cabeza,
 porque te oiga mi madre estas razones.
 Pero ¡ay Dios si se muere!... ¡Ay Dios, que luce
 más un candil que el sol de mi esperanzal

—No te turbes, mi bien. Ave fatídica
 perturba tu razón con sus graznidos.

—Sí, me conturban pájaros siniestros;
 mas por la luna triste; por la senda
 sidérea, guión de los romeros,
 camino de Santiago; por la noche,
 por esta santa noche, yo te juro,
 que sólo podré amarte a tí, o al hombre
 que se parezca a tí más que tú mismo,
 como es esa la luna, y como canta
 el pardo ruiseñor con su garganta.

Y era verdad. En el zarzal florido
 del río, recitaba una dolora
 el ruiseñor, y el son desparramábase
 en raudal polirítmico.

—Palabras

dulcísimas oí; bendita sea
 tu lengua, y bendecidos mis oídos.
 Anímate, mi vida; ten ardura
 que el pesar es el muérdago, que a expensas
 vive de la salud y la hermosura.

—Tus razones restañan mis heridas;
 los fantasmas, que pueblan mi cerebro,
 huyen de su guarida al escucharte,
 y siento que renazco interiormente.

—Ea, Blanca, me voy. Pronto los gallos:
 heraldos de la aurora y la mañana;
 despertarán con su segunda diana
 a los perros, que duermen noche y día,
 y si el León mis pasos desconoce
 la aldea atronará con sus ladrídos.

—¡Ay que te vas! ¿Tan pronto? Si los astros
 aún no han salido todos al paseo.

—Si se recogen ya. Si la abubilla,
 madrugadora, ronda en el tejado...

—Que será algún murciélago o vencejo,
 que se arrastra atontado por las tejas...
 Mira allí luz; labriegos que se acuestan.

—No, que es el agostero que madruga
 a acarrear. Adiós y duerme ahora,
 que el insomnio, polilla del cerebro,
 te volverá ojerosa.

—Adiós, Alfonso.

Cien besos se cruzaron en el aire.....

—¿Le llevarás con bien, ángel de guarda,
que diriges sus pasos por la tierra?
¿Quién sabe si el caballo, desbocándose,
le tirará en la curva del sendero;
si los viandantes que hacen su jornada,
silbando en la frescura de la noche,
le robarán, o sin prestarle ayuda
de largo pasarán? Tú, Virgen santa,
si alguna ofrenda mía te fué accepta;
si algún ramo de flores de mis tiestos,
o algún mantel rizado por mis manos,
ornó tu altar; si algún cirio bendito,
se quemó ante tu imagen, en tus fiestas;
si el triste corazón que lo ofrecía,
fué grato al tuyo afín, vuelve los ojos,
a los míos que lloran, Madre mía.....

—Cerró el balcón; a diana cantó el gallo;
corrió el campo la brisa vagadora,
y tomaron la sien del Cellorigo
los batidores de la luz. ¡La aurora!

SUMARIO: Horas de la tarde - Las horas de la tarde
Avenida El Avencio de la Cruz - Santa Catalina
Esa...
CANTO CUARTO
Perdona la Cruz - El viento - Diana Cora
El cielo - El Normando - La vertiente del
Tucayo - La bella Raquel y los vientos - Nue-
vas aventuras.

CANTO CUARTO

AL MÉTRICO DE LA CANTINA PATRIA,
CALLE SAN MARCO DE VALBUENA.

SUMARIO: HORAS ÁUREAS. LAS AMIGAS. TRISTES
AUGURIOS. EL ENEMIGO SECULAR. SANTA CASILDA.
EDADES REMOTAS. EL DIANTRE DEL MICHITO. EL
PELUSINES. LA TRILLA. EL MENSAJE. HABLA COLÁS.
EL CIERZO. EL NORMANDO. LA VOLTERETA DEL
TUERTO. LA BIELDA. RAQUEL Y LOS MÉDICOS. NUE-
VAS ESPERANZAS.

... con el dedo rojo de sus
... y ... de ...
... en los ...
... en las ...
... para la próxima ...
... que se levantará.

... Es la hora del sol de agosto. En la Casca, en
la apacible ... a alba-
... y ... allí ...
de Blanca, las ... de ...

SUMARIO: Hóras ántes las amigas Tere-
sitas, El finado señor Santa Catalina,
Educa remota, El doctor del nicho, El
Píndolo, La tulla de wanda, Hana Colar,
El circo, El No-manco, La voltereta de
Tere, La reina Raquel y los médicos. Nin-

tas y otras.

AL MECENAS DE LA CULTURA PATRIA,
EXCMO. SR. MARQUÉS DE VALDECILLA.

Horas lucientes, las horas del oro en los cielos y en la tierra; del oro que a manos llenas derrama el sol en la feracidad de España, surgente de entre los mares nobles con la áurea pátina de los cultivos en sazón, y de Castilla, la España de ayer, ataviada de su pobreza con el dorado viejo de sus rastros y pajonales, y de Irón, también de Irón que amarillea en los contornos insolados y en el ventalle amoroso de sus choperas, como amarillea en los corazones de sus doncellas de alegres ojos, maduras ya para la próxima mies, la nueva generación que se levantará.

Es la hora del sol de agosto. En la Casona, en la apacible estancia en penumbras olorosas a albahaca y mejorana, ¡oh! allí están las buenas amigas de Blanca, las doncellas ironesas de alegres ojos,

agitando los dedos febriles para las labores, y bordando con primor de ilusiones, las esperanzas del corazón.

—Niña, habló Ino, la sierva fiel, me haces temblar con tus temores.

Los negros ojos volvió Blanca a la alcoba frontera, donde por entre los visillos floreados, se descubría la áurea cabecera de un lecho, y replicó:

—¿Y qué podemos esperar tú y yo de esta estéril guerra, fértil sólo en sangre y heroísmo? ¿Qué pueden esperar éstas, e Irón y el mundo todo?

—Sábelo Dios, mujer..... ¿Pero quién te conoce hoy a tí? ¿Y qué mal oculto, o qué tan súbito desengaño, infiltrado como un áspid arteramente, roe tu carácter tan festivo hasta ahora como unas tarrañuelas? Dijo Isabel, la hija del maestro, maestra también ella, graciosa como la flor del agravanzo. En el óvalo perfecto de su cara brillaban dos ojos garzos de benigno mirar, y la ingenua sonrisa con que la bondad de su alma componía todas sus facciones. Ella sabía cosas que ninguna doncella sabía en Irón, porque era hija del maestro, maestra también ella.

—Pues vosotras sois testigos; por una nave devorada por el mar colérico cuando sopla el noroeste, por cada sementera arrasada por inmisericorde chubasco, que en estío se forma de súbito, son diez y

más los descalabros de la guerra, que anegan en llanto campiñas y ciudades. Algún día será Irón la agraciada; nosotras lo seremos, nosotras; y ojalá no profetice.

—Ojalá, Blanca; ojalá. Mas ve también el anverso de la medalla, que es el decoro nacional, la lucha de raza, yunque secular en que Dios cinceló a golpe nuestro carácter de misionero y pastor de pueblos. Gran obra por eso la nuestra, la primera «desde la creación del mundo, sacando la encarnación y muerte del que le creó», y grande por eso nuestra nación, muy más grande y magnífica que ninguna otra antigua ni moderna. Digámoslo nosotras, indoctas aldeanas, labradorzuelas de Irón, ya que labios españoles lo callan ante el mundo, y envidiosos hay de fuera que lo niegan, atentando contra nuestro honor patrio con sus calumnias, como si fuera hacedero derruir de una pedrada las pirámides.

—Digámoslo nosotras, indoctas aldeanas, afirmaron las amigas.

—Oh! En hora buena el hombre de hoy viva contento de la comodidad de ahora. A la pobre villana de Irón le apetecería haber vivido en tiempos de Pelayo, o siquiera cuando Diego Porcelo movía sus huestes de Briviesca hasta Burgos, nuestra ciudad, Cabeza de Castilla, y levantaba allí a la Vir-

gen, que en celeste visión se lo pidiera, la angélica capilla del nombre que llevas tú también, Blanca hermosa.

—Pues yo también hubiera querido conocer a nuestra santita Casilda, interrumpió Nieves, la menor de las amigas, sencilla como torcaz montañera. Cuéntanos, Isabel, de la gentil princesita burebana, tan cariñosa con esta tierra de su adopción.

—A la Bureba de buenos trigales vino la princesa Casilda, hija muy amada del rey moro Alde-món de Toledo. A la Bureba la enviara el padre infiel, a las aguas eficaces, en busca de la salud corporal. Dios, que es bueno, la enviara por la salud del alma, nuestra santa fe, en pago de la mucha caridad de ella con los cautivos cristianos. En la Bureba de buenos trigales, en ágreste soledad, lejos de la corte y palacios de Toledo, vivió vida de ángeles en el trato con ellos, e ilustró esta querida región pobre y buena. Dios sabe cuántos bienes la debemos los labriegos de tierras de Castilla y más adentro, que a ella recurrimos en nuestras necesidades.

—Pues yo también hubiera vivido de buena gana en aquellos tiempos de santos, dijo Nieves, la más joven de las amigas, sencilla como torcaz montañera; o cuando el conde Fernán-González, si no confundido tus relatos, hermosa Isabel, barría a los enemigos de Dios de este suelo católico, y de niña y

bajo tutela que recibió a Castilla, la dejó al morir fuerte y próspera república; o cuando el Cid, en buena hora nacido, ensanchaba al paso de su caballo los mojones de Castilla, hasta Valencia, merced que Dios le hiciera por su mucha cristiandad. Gran corazón fué ese Cid, y por él los burgaleses somos honrados en España y fuera de ella.

—Pues para mí, Nieves, nunca serán tan poéticos esos tiempos como a tí te parecen por la distancia. Odiosas edades de crímenes aquellas, en que los pérfidos moros cercenaron las juveniles cabezas, como espigas en leche segadas prematuramente, a los siete infantes de Lara, lúcida constelación de una misma familia. ¡Dios sabe cuánto hubieran brillantado la historia de Castilla aquellos generosos mancebos muertos en florida edad. A manos del moro cayeron, como tallos de azucena que ya ofrendan al aire su exquisito perfume, los doscientos santos monjes de Cardeña, con su abad Esteban. Yo que me asomé al sombrío claustro del sacrificio, sé dónde sucumbieron, y sé que es fresca el agua que allí mana y manó sangrienta muchas veces en el aniversario del martirio.

Y del azote de Dios, del bárbaro Almanzor, que no dió vagar a nuestras milicias, y arrasó quién sabe cuántas veces el Noroeste de España ¿qué te dices, Nieves? Castilla era joven aún y temblaba a

su nombre como un peralillo enano sacudido por el ábrego. Delante de él iba el sobresalto, que hace malparir a las mujeres; detrás, el silencio estéril, y los buitres, como nube de mosquitos sobre ciénagas estantías. ¡Cuánto trigo, limpio y medido ya, quedó por moler en las aceñas reducidas a silencio! ¡Cuántos lagares no estrujaron las uvas ya vendimiadas y dieron tibia sangre en vez de cálido mosto! ¡Cuántos alcázares y ciudades quedaron a su paso de ellos como campo rastrillado! Y así una primavera tras otra y un otoño tras otro otoño. Por estos pueblos pasaron. No está tan lejos de aquí Santa Gadea, de vetustos castillos, más allá de Guinició, en frente de Nuestra Señora del Espino.

—Sí, más allá de Guinició está, en frente del Espino, que yo he peregrinado algunas veces a visitar a la Virgen.

—¡Y yo! ¡Y yo!, corearon Piedad y Amparo, combinando los bolillos de metálico son.

—Un día, siglos de ello hace ya, oyendo que Almanzor se acercaba con sus tigres africanos, congregóse todo el pueblo, falto de suficiente defensa, en el cementerio, y allí, confesando la fe, hasta los niños y viejos, sobre las tumbas de sus mayores fueron cayendo, alegres todos, confortados de Cristo por quien morían. Como trigal abundante en amapolas, recién segado a guadaña, así el campo-

santo. También yo vi ese pueblo y los castillos que no le defendieron, y el día de la Natividad de la Virgen oí esta historia al predicador en el santuario del Espino. Ah! de haber vivido entonces, infelices las que nacen hermosas..... Tal vez hubiéramos palidecido en cautividad, escuchando de día el borbotar del agua en la taza del baño perfumado, y repasando de noche, en rosario sin fin, los nombres de los deudos queridos, sacrificados por aquel genio del mal, que adelantaba el invierno, y paseó el exterminio de mar a mar, por tierras castellanas y leonesas, hasta las risueñas costas de Portugal, dulce primogénito de Castilla.

Calló Blanca y hundió la cabeza en el tenso bastidor, presta a su trabajo, una dalia de cárneo matiz para el manto de la Virgen. En el tensado tambor, entrando y saliendo, sonaba la aguja como los borbollones del agua en el lago manantial. No dejaron de admirarla las amigas, enmudecidas con el triste relato, dirigiéndola con el rabillo del ojo miradas de complacencia.

Y aquel gatazo pinto de los negros bigotes, pues no se estaba duerme que te dormirás, bajo el sillín de Ino, cuando tales cosas se decían, y mientras el ovillo de negra estambre botaba y rebotaba a sus narices en el cestillo de mimbre sin barnizar?

Unas tijeras chocaron contra el suelo, y el felino

abrió los ojazos soñolientos cuando el ovillo, en un bote audaz caía oportunamente fuera del cesto de labor. Clavóle primero los ojos; mandóle luego un manotazo corto y rápido; se levantó, se estiró, engalló la cabeza hacia adelante, manteniendo la derecha mano péndula en alto; púsole ya la zarpa encima, cautelosa, brevísimamente (ni que fuera una tarántula el muy melindroso); recogióse como un erizo, gacha la cabeza sobre las manos; azotó el suelo con el rabo y dando un salto atrapó la estambre con los agudos garfios de sus manos de prestidigitador.

Ino, que semídormitando esgrimía de memoria las agujas de hacer calceta, sintió los tirones y zarandeos, y volviéndose, «El diablo del michito. ¡Zapel!» gritó, tirándole un zapatazo perdido, que dió en el cestillo de labores, mientras el pinto gatazo, con un bufido y dos saltos, salía como una exhalación, los ojos hechos ascuas, erizados los bigotes, el rabo enarbolado y tenso.

—Píii....., cantó, despertando al ruido, el canario, que hecho un ovillo de seda amarilla, dormía la siesta, acostadito en lo alto del palítroque. Píii..... Aquí estoy. ¿Qué pasa?

—Píii....., cantó Nieves, la menor de las amigas. Píii..... ¿Cómo estás tú, salero? ¿Y cómo te llaman a tí, remonísimo?

—Píii....., respondió el canario.

—Gracioso. ¿Píii te llamas? Tontón, si te llamas Pelusines, no?

—Píii....., respondió el canario.

—Píii....., cantaron cuando una, cuando todas las amigas a la par. Entonces el pajarillo las enfocó el ojillo, retorciendo la cabeza; giró luego de pico a cola hacia uno y otro lado; estiró la pata a compás del ala; expulsó algo que le era molesto en su interior; sacudióse el precioso plumaje y soltó al aire el raudal de sus gorgoritos interminables. Hasta en las vecinas eras sonó su voz.

Llovía en Irón el oro de la tarde agosteña. La lagartija, de vibrátil lengüecilla, papaba el sol en acecho de la caza, en la grieta del muro revestido de musgo y líquenes agostados. Reptaba sobre el césped la víbora, reactivada su ponzoña con los ardores caniculares. Sesteaban los pajarillos en la arboleda, en el frescor de las aguas descendentes. Piadosa sombra entonces la del ancho alero, la del zaguanete baldeado, la de la bodega en perenne noche, lo más lejos de las eras asaeteadas por el sol.

Allí, tardos bueyes de bozales de alambre, unidos al yugo de castaño, remolcaban de la cruz la trinidad de los trillos de pedernal y sierra. Trigueña zagala regíalos desde el trillo centro, urgiéndolos con el aguijón o dejándose llevar con el desaliento

de aquel paso triste. Mulas, caballos y jumentos con el flamante terrollo o el collarín de vencejos enfundados de saco, arrastraban al pasitrote, bajo el gobierno del motil, sendos trillos de ruedas y sierra por todo el círculo de la tendida mies. Hombres y mujeres de abigarrada indumentaria revolvían la trilla con bieldos de seis dientes, o hundían a compás en la parva las palas de haya, y a un paso rítmico, casi de danza, volteaban a la izquierda las mieses trituradas.

Las sienas destilaban los disueltos humores; brillaban humedecidas las turgentes ancas de las bestias de crines; el sol reverberaba en los útiles de labranza, encendía el rojo de los semblantes, requemaba la toba de las eras, y por el plácido ambiente arriba, caminito de la ilusión, el trabajo redentor se dilataba en las campestres armonías de los ferrados cascós, como tintineo de timbales; del agudo del rastrallido del látigo y del trémolo de los trillos runrunientos; del gran coro de los gritos de mando, y ¡ah! del solo sentimental de la trigueña zagala, que, a voz en cuello, lanzaba a la vida el inocente mensaje de un aire popular, que se cruzaba en los vientos con el mensaje intencionado del motril de la vecina era.

A la sombra de la Casona, descansaban los ago steros. Roja botija, rameada de amarillo, obra

de mediocre alfarero, corría de mano en mano. Colás, el gonfaloniero, llevaba la voz; el barbitaheño Colás, criado antiguo, corto de talla y ancho de espaldas, hombre sencillo y recto, que al amparo del Patriarca se iba enriqueciendo, al decir de algunos, porque tenía un buey suyo propio y obra de veinte terrones, que nadie sino él destriparía.

—Cierto que la cava de las viñas es labor de las que tronzan, lo mismo la siembra; pero la recolección, moño, eso es lo último.

—Pero, hombre de Dios, la trilla es, al fin y al cabo, alegre, por aquello de que el pan ya está en casa, como quien dice.

—¿Si, eh? Y cuando vemos, como hemos visto tú y yo, la parva recogida ya y en menos que se dice «Si lloverá, si no lloverá», caer un aguacero de llevárselo todo y no coger trigo ni pa un cochino chozne, que Dios me perdone?

—Pues yo, a decir verdad, insinúa otro, cuando más desmejorado ando, es durante la siega. Me da una sequía que no hago sino beber y más beber, y, nada, que no soy hombre.

—Moño, pues es raro. Porque..... la verdad es que va para los cinco años que no cojo la hoz, pero antes con ella lucía y echaba carnes, y capaz era de volverme a casa saltando, después de estar segando de sol a sol. Mientras que ahora eres esclavo de la

parva todo el santo día, y luego levántate al acarreo antes del alba, y, vamos, que yo sin dormir no valgo un real. Como que un día de trilla, allá en mi pueblo, ya de noche y limpio ya el trigo en el grano, me tumbé entre unos haces para tomar un bocado, y así me quedé traspuesto, con la torta entre las manos, en sin partirla. Y por fin de cuentas, que casi no la probé. De las manos mismas vino a arramblármela el raposo, que por cortesía dejó en la era un poco de migaza y un corrusquillo, después de comer cuanto quiso. ¡Cuidau que es descaró!

Arriba, entretanto, en la estancia en penumbras olorosas a albahaca y mejorana, callaban las amigas, agitando los dedos febriles para las labores y bordando con primor de ilusiones las esperanzas del corazón. Alzaban los bolillos su metálico sonsonete. El ovillo de negra estambre botaba y rebotaba en el cestillo de mimbre. En el tenso bastidor, entrando y saliendo, sonaba la aguja, como los borollones en el lago manantial.

—¡Qué rabia! No daré hoy una mediana puntada, así siga sobre el bastidor hasta la nueva luz, dijo Blanca.

De puntillas se asomó a la alcoba; de puntillas volvió. Requirió el bordado. «¡Pobre madrecita mía, consumiéndote ahí con esa dolencia de muertel», suspiraba. «Y mi padre sin volver aún de Miranda».

Y retirando impaciente el bordado, se asomó al mirador.

—¡Jesús, qué cosas tienes!, replicaron las amigas.

Y todas, interrumpidas las labores, se asomaron también, breve descanso en su incesante faena.

Irón ardía de cara al cielo en el incendio del sol de agosto, en espera del cierzo aventador. De los espacios intersiderales, de la ribera del mundo, de donde nadie sabe, venía el cierzo, sutil motor de la bielda, corriendo y volando ¡hala! ¡hala!, galopando en los corceles alígeros, ¡hala! ¡hala!, por el terso camino del riachuelo, por entre la escolta de los chopos ribereños, desgñando al pasar las cambroñeras en fruto y las colonias de juncos y espadañas, salpicadas del azul y amarillo de los lirios y del candor de los asfodelos. Ya le esperaba Irón con los bieldos en las manos y las parvas amontonadas en las eras.

En la Casona sonó entonces la voz de «A recoger». Los tardos bueyes y las bestias de crines acogieron a la holganza del establo. Salió a plaza el Normando, curvilíneo, de turgentes ancas, redondo vientre y macizo cuello, pendiente del atelaje de tiro la tabla del arrastre. En el hervor de la sangre joven, impacientábale la espera, aguzaba las orejas y pateaba el suelo, espantándose las moscas pega-

josas con aquel y aquel martillo pilón de los cascots tundidores.

Santos, el capataz, criado antiguo, trazó a bieldo la señal de la parva, en el diámetro de la era contrario al viento. Todo estaba a punto: la rastra con los sirvientes, los rastrillos de mano, las escobas de brezo; todo. Y todos en espera de la orden.

«Listos», mandó el capataz echando mano a la manija, como piloto al timón. «¡A una!». Doce nervudos brazos afianzan el corte de la rastra vertical al suelo. «Normando, ya ya». El Normando va; la rastra quejumbrosa arranca, y allá barriendo pasa las mieses trituradas en informe montón, que crece y recrece como el alud, hasta las sienas de los peones sudorosos. Tenso todo como cuerda sonora, suntuoso, alardeando, con aguas en la opulencia del musculoso pecho, sombras profundas bajo los arreos y vislumbres en el terciopelo de las ancas, el Normando va. Los herrados callos caen como pisonos en suelo removido, y a compás la enhiesta cabeza gallardea, como consciente de poder. Por verle así, valía la pena bajar desde Miranda a pie y andando con el sol por la polvorienta carretera.

Pisaba ya el Normando la señal de la parva, cuando Santos, amigo de las jugarretas que impacientan, tiró un rodillazo en las nalgas a su vecino de la derecha, dando al tiempo la voz de alzar.

Cayó el Tuerto en rauda voltereta sobre el montón rodante; los otros alzaron a la par la tabla con feliz maniobra y el río de mieses cayó sobre el caído, como sobre el bañista la ola ingente que revienta en la playa.

Riéronse a coro las doncellas en el alto mirador y también se rieron los agosteros socarrones de los espavientos y pataleña del Tuerto, y más cuando le vieron salir a flote del piélagó de la parva, sacudiéndose aristas y pajuelas, como el sorprendido bañista se levanta ya en seco entre las algas y la arena, desembarcando el agua salobre por boca y narices.

Ya sobre la blanca toba amarilleaba la parva amontonada en túmulo. Santos el primero probó el viento con una beldada: «Cierzo». Los agosteros, encapuchados de sacos, ceñidos a la cintura, lo probaron tras él. Y comenzó la bielda por lo cimero de la parva. Como cuando el Noroeste zarandeador, revuelve la arboladura del Monín, orgullo de la alameda, tal que parece un gigante jugando a la par cien brazos, así braceaban los beldadores revueltos, amasijados en la neblina de las aristas volantes. Diez bieldos de cuatro y seis dientes, en el aire sin cesar; sin cesar diez beldadas, que se disipaban, como bombas que a poca altura estallasen con gran humareda, cual cometas que hendiesen el éter,

arrastrando una cola por el viento enrarecida y dilatada.

Caía a la derecha, con gotear de granizo, el trigo, pan cotidiano del hombre, y las granzas que de nuevo sentirían el peso del trillo el último día de la recolección; luego, a la izquierda, según su peso, la paja y el tamo de aristas, impelidos a ratos por el aura hasta las vecinas eras.

Espesa niebla esfumaba el óvalo de viviendas, como en las tardes invernales, cuando el ábrego aventaba con sus ramalazos los copos de la nieve cándida. Goteaba con mágica armonía la lluvia del grano. Un mozo rastrillaba la paja; una mujer barría las granzas; otra las abaleaba; la parva disminuía; menudeaban los tientos al barril cercano, decaía la luz; engrosábanse las sombras; atardecía.

Atardecía en los cielos azules y en las tierras áridas. Ante el portalón de la Casona paró un coche. Blanca conversaba con la enferma. Las amigas se habían despedido y ya llegarían por distinto sitio a sus hogares.

—¡Ay, mamá querida!, dijo la hermosa, disimulando un amago de alborozo; un coche para a nuestra puerta ¿Quién será?

Y saliendo de la alcoba, bajó de dos en dos los escalones. Los forasteros entraban con el Patriarca en el zaguán, cuando Blanca se detenía con cortés

reserva en la escalera, medio triste, medio exultante de júbilo.

—¡Jesús María!, exclamó de pronto; ¿tú por aquí, Raquel? ¿Y Alfonso, no viene? ¿Y tu cariñosa madre se va reponiendo? ¡Ay mujer! para todos hay. Esta vida que es así.

—Ni que lo digas, Blanquita.

Y se fueron la una para la otra, y el mucho amor que se tenían bien a las claras se traslucía en el arrebató de los besos.

«Blanca, ven y saluda a estos señores», llamó el Patriarca. Adelantóse ella sin cortedad y les saludó con señoril sencillez. Mirábanla los médicos, suspensos, admirados, como si de improviso el sol amaneciese a prima noche; como si en la oscuridad de un túnel la luna se mostrase de repente. Irón, mi pobre Irón, a tí también te admiraron por ella; y te amaron a tí en el esplendor de ella, tuya, tu hija, y aun por tí llegaron a borrar de sus cariños el nombre de opulentas ciudades. Irón, pobrecita humilde, por tí, por tí.

El bueno del Patriarca, franco de ordinario, pero circunspecto, estaba entonces tan locuaz, que ya en el primer tramo lo había contado dos veces: No más entrar en Miranda, se había dado de manos a boca con la hermosa Raquel, que en nombre de Alfonso venía con la oferta de dos médicos y coche,

todo listo y al avío. Ese Alfonso tiene algún trasgo familiar o lo supo por divina revelación, y se reía.

Y la prudente madre ¡ay la pobre, en cuanto lo supo! Miró a los médicos con agradecida mirada, en silencio, que la imponía el respeto, y habló a Raquel: «Vosotros habíais de ser, vosotros. Fué siempre muy de vuestra casa vencer a amigos y enemigos con estas traicioncillas de magnánima generosidad. ¡El buen Alfonso....! ¡Cuánto que no le veo! ¡Y con lo que se le quiere en esta casal Y tu cariñosa madre ¿cómo está, querida? No os perdonaré que me faltéis en la fiesta de San Esteban.

Blanca no sé cuántas cosas entresoñaba, esto oyendo, hasta que Ino intervino cerca de ella:

—No parece sino que aquí sólo se atiende a los caballos de crines que saborean la cebada en los altos pesebres. ¡Mujer, ofréceles algún obsequio, un piscolabis y los aposentos aderezados.

Ella que lo dice regañona y los médicos que se enteran. Sólo quisieron reconocer a la enferma. Tenían que volverse enseguidita porque Alfonso.... no era cosa grave.... nada, pero....

¡Ay, ay de tí, Blanca! ¿Lo oirías? ¿Te engañarían piadosos los oídos? ¿Y sería ese Alfonso el doncel que tú conocías, a quien amabas? ¡Ay la vida, la vida que es así! Las calamidades que se suceden sin cuento, como cae en febrero la lluvia pertinaz. Y tú

que en tus cavilaciones caminabas siempre delante del futuro negro ¿quedarías una vez rezagada? ¡Ay, ay de tí, Blanca; los oídos no fueron tan piadosos que te engañaran!

Claro lo oyó la hermosa. Una nube de opacos celajes le interceptó la visión, y casi en brazos de la amiga, volvió al mirador del costurero. El aire fresco del crepúsculo le devolvió al pensamiento y a la sensación. En la era de la Casona los peones traspalaban. En otras recogían los enseres agrícolas: en lienzos a la espalda, la paja a los pajares; en sacos al hombro, el grano a los graneros. Bueyes y caballos volvían a paso lento del agua torturada en la aceña del molino, y un muchacho les hostigaba canturreando:

«Gasta la molinera lindos corales
de la harina que roba de los costales.

¡Ay molineral!
dale a la rueda con aire que muela».

Y caía el sol. Incendios y llamaradas de luz en el confín del cielo, culebrinas de fuego en el perfil de la sierra; sombras profundas en barrancos, escarpas y vallejos que vierten a la llanada; notas pardas de tierras agostadas o en barbecho; notas blanquecinas de caseríos derramados; notas grises del chopo solitario, de la nogala de ancha copa; en el mamblar opuesto, reflejos de amarillez intensa,

de vivo carmín, de encendida púrpura; en medio, el llano esfumándose en la cortina de tinieblas; randas verdosas del arbolado carretero; el paciente regato que compite en diafanidad con el azul celeste; desmayos del color, bondad de la luz, brisas de paz, ambiente de almas..... Eso era caer el sol en aquella tarde de verano.....

¡Dios, Dios y cuán inmenso caía ese sol, brillante de tu anillo, y cuán benignamente destellaba sobre los buenos, los de esos rastrojos que dieron buen pan a reyes; los de esas aldeas, cunas de héroes, olorosas a faenas campestres; los de esos hogares, asilos del trabajo, ungidos con cristiana paz!... Horas y tierras estas, horas del crepúsculo y la conciencia, tierras del pan y de la fe; horas ¡ay torpe la mi lengua! horas que Dios desgrana a segundos sobre estas tierras de Castilla, que llevó el peso del día y del trabajo; sobre estas tierras de España, madre de pueblos, católica hasta la muerte, heroica hasta la ruina, mezquina a veces con el hijo que la defiende, leal y generosa con el extranjero que la vilipendia, y siempre grande en el mundo por sus hijos, el santo Rey que dió su nombre al trono de Pelayo; la dulcísima Isabel, gran madre de España una y de América creyente; el sublime descubridor más infortunado en sus intereses que en sus empresas, el santo P. Ignacio, terror del infierno militan-

te; la santa M. Teresa de Jesús, delicias de los españoles, y el bueno de Cervantes, sonrisa de los hombres.

Imperaba en Irón la tiniebla densa; bullía en la era mortecino farol; como chispas del yunque saltaban del cielo las ígneas centellas de la cama de gloria de San Lorenzo; alumbraba pálidamente la luna menguante la visión del mundo. En el alto mirador, las palabras de Raquel caían sobre el alma de Blanca como el rocío que suscita muertas esperanzas, como fulgor que urge a los fantasmas en el laberinto de sus madrigueras. Hablaban, hablaban..... En la calleja próxima jugaban los niños de inocentes ojos, y con voces argentinas en alterno coro, acariciaban los oídos.....

«Ambo-ato, mata-rile-rile-rile;

ambo-ato, mata-rile-rile-ró.

—¿Qué quiere V.?, mata-rile-rile-rile;

¿qué quiere V.?, mata-rile-rile-ró.

—Quiero un paje, mata-rile-rile-rile;

quiero un paje, mata-rile-rile-ró».

...

SUMARIO. En el primer estrocho. Amor y castidad.
Deseos y penitencia. Con la siguiente. La ciudad
y el castillo. En el segundo estrocho.
San Juan. En el tercer estrocho.
CASA Y PUEBLO. En el cuarto estrocho. El valle.
Amor y penitencia. A la ciudad. Despedida.
Plegaria.

CANTO QUINTO

CANTO QUINTO

SUMARIO: EL SANTO PÁRROCO. AMOR Y GRATITUD.
DIEZMOS Y PRIMICIAS. CON LA ENFERMA. LA ESPADA
Y EL ARADO. ESTÁ DE DIOS. RECUERDOS TRISTES.
SAN ESTEBAN. LA MISA DE TRES. LA PROCESIÓN.
CAZA Y PESCA. EL CONVITE DE FERIAS. EL BAILE.
AMORES Y LUCEROS. A LA GUERRA. DESPEDIDA.
PLEGARIA.

SUMARIO: EL SANTO SACRAMENTO. AÑOS Y CANTIDAD
DIEZMO Y PRIMICIAS. CON LA ENTENIDA. LA ESPADA
Y EL ARADO. ESTA DE DIOS. RECHENDE TRINIDAD
SAN ESTEBAN. LA VIDA DE JESUS. LA PROCESSION
CALA Y YERCA. EL COMITE DE YERIAS. EL SALLA
AÑOS Y TUCOR. A LA GUERRA. DARRERIA.
PAGARIA.

AL EXCMO. SR. CONDE DE CEDILLO.

Bueno y justo a boca llena era D. Pedrito, el viejo cura párroco de Irón, todo tan parecido a esos santos de las estampas, de bonachona mirada y venerable ancianidad. Porque ¿quién lloraba en la aldea que él no conllorase? ¿Quién padecía que él no compadeciese? Al dedillo se sabía él las catorce obras de misericordia, practicadas a sol y sombra, porque presentía las necesidades de Irón, y, lo que más es, adivinaba la coyuntura y la oportunidad de su presencia.

Y si en malandanzas pasajeras era la propia madre, delante del espíritu infernal, que en trances de muerte, da la última embestida para perder con artilugios a los buenos, el santo viejo se crecía como un San Miguel, y con la simple espada de la oración, arreaba al pestífero chivo en los cuernos tales cintarazos, que saltaba lumbre. ¡Bueno estaba él!

Y bien podía el maligno encarcelar a las brisas y al cierzo y soltar en tropel al gallego y al regañón y al vendabal, y a todas las furias invernales que ventean la tierra. ¡Buena mano tenía él para dejarse volar la mies! Y quieras que no quieras, en tempestad y en calma, el trigo escogido de los predios de Irón, entraba ¡no había de entrar! en los graneros celestiales.

Santo y muy santo era D. Pedrito, y por lo santo le correspondían los ironeses con el amor de sus corazones y con las primicias de su pobreza. Boina en mano entraban los campesinos en la casa rectoral, y con la rústica sencillez del pobre que comparte su poquedad, quien le ofrecía un cestito de guindas garrafales por junio; quien por agosto la manzana reineta y asperiega, la pera bergamota y de limón; uno, los albérchigos y pavías a un tiempo; otro, la uva cuando la uva, y el membrillo amarillento como el otoño, el membrillo, que adorna y refresca la estancia colgado en la pared, y en la cómoda perfuma la ropa; éste, la morcilla más gorda de la mantanza; aquél, la primera hogaza de la hornada o la torta de adornos sustanciales.

Ahora una abuela subía a tientas la escalera, encubriendo en el halda del delantal la docenita cabal de huevos, «para que los coma V. y que Dios le conceda otra docenita de años en bien de nuestras

almas». Luego era un colono con un cesto, de vuelta del regadío: «Ahí hay visto en la mi huerta un pepino tan superior que ese es pa D. Pedrito. Téngalo usted». Más tarde, una chiquilla con una jarra de loza opaca: «De parte de mi madre que tome V. esto que es muy bueno pa la carraspera, que es de la Pinta, la burra pinta, y que volveré por la jarra, y que no hay de qué». Y así días había que la casa cural ni que fuera el portal de Belén con los pastores y zagales que al Niño Dios ofrendaron frutas y panes, dulces y requesones.

Y el señor cura callar de gratitud y alabar a Dios del fondo del corazón, y recibirlo todo con la derecha para darlo con la izquierda, y si no allí estaba la buena de su hermana, que podía decirnos, a poco que la sonsacaseis, cuáles de Irón eran los más necesitados, y si muchos y muy socaliñas los transeuntes noveleros.

De era en era, aquella alborada de agosto, derramando por igual de los tesoros de su celestial ministerio, andando, andando, llegó D. Pedrito a la del Patriarca, pero no se detuvo, porque se entraba la mañana y era esperado en la Casona. Empujó el postigo y entró en el zaguán, húmedo aún del reciente baldeo.

El perrazo, que, arrebujaado a la cadena, maldormía con la cabeza sobre las manazas, no le ladró.

Mosqueó las orejas, abrió los ojazos nublados de sueño; se levantó pesadamente y batiendo el rabo poquita cosa, apocado, receloso, se acercó al bendito viejo, más reclamando, que prodigando caricias. León, ujier de la Casona, amigo mío de niñez; si los años te habían averiado el buen humor de la mocedad, pero tú eras el mismo de leal y fiel, como tal cual criado sincero y gruñón, que no sabe de palabrería almibarada, pero siempre con la vida a mano para malperderla por los señores. Tú eras así, perro León, así, así.

—¡Ave María Purísima! Toda la Casona se conmovió a la voz del párroco. Ino contestó a tiempo en la escalera. En pos surgió el Patriarca, y respetuosamente besó al cura la mano.

Breves los cumplimientos, sentóse D. Pedrito junto al áureo lecho aderezado con colcha de blonda como la nieve. ¿Qué decía la enfermita? ¿Tenía ánimos para la festividad de San Esteban? Y la enferma ¡ay! sentía que se acababa. El corazón, como potro desbocado, se rendía ya de abatimiento, pero no tenía miedo a morir. Lo cual, en oyéndolo, que lo oyó Blanca, «¡ay, señor!» dijo y estalló en sollozos, largo tiempo reprimidos.

El solícito padre echóle al cuello los brazos y besándola con delirio la frente y peinándola con la mano el pomposo copo de bucles, la decía confor-

tándola: «Cosas de tu madre, hija. Ya la conoces. Y ahora ve a tus labores, que tenemos que hablar. ¿Llorarás más, tontina, tú?»

—A propósito, Blanca, terció el cura. Mañana San Esteban y se consumieron las formas. No sé cuándo, a decir verdad.

Con la punta del pañuelo, que picaba con los dientes, enjugóse ella los ojos tristes, como valle humedecido por la pasada lluvia, y se retiró a la cocina. Del último anaquel de la alacena bajó una caja de latón, batió la flor de la harina, y pronto el blancuzco líquido crepitó en la tijera de bruñidas planchas y uno sobre otro blanquearon los panales. Con la ayuda diligente de Ino, fué luego recortando las hostias con presta atención, como cuando en el comfortable costurero, ponía los cinco sentidos en el más delicado de sus encajes. Cortaba y recortaba, y en torno de sus oídos revolaban, como palomas mensajeras, las transmisiones de la cercana conversación.

—Pero no cavíles, mujer, decía el fiel esposo. Tú lo sabes y toda Irón también. Blanca no tiene educación de labradora, ni cara tampoco. Mas si es tu voluntad que aparezca en la era con el sol levante, lejos del costurero en penumbras que preservan lo lácteo de la tez, por mí que aparezca en la era y que maneje el bieldo o la criba en vez del mundillo

y los bolillos, más propios de una doncella de su calidad.

—Si no es eso, hombre. ¡Pobre hijita mía de mi alma! Mas si emigrara un día de esta aldea en pos de esa ilusión infantil ¿se hallaría con la nueva vida? Y de la Casona ¿qué sería sin ella? ¿Y te harías tú a no verla a menudo, a no oirla reír y cantar? ¿Me responderás?

—¡Preguntas unas cosas, mujer....!, respondió el fiel esposo.

—¡Qué cosas preguntas, mujer!, repitió el bendito cura.

—¡Ah, señor! Y si algún día ése y yo faltamos de aquí, que faltaremos, ¿se cerrará esta Casona como casa de maldición, y allá mi hija en la ciudad que pague a precio de oro un hueco como para un nidal de golondrinas? ¿Y quién celará la hacienda de los tatarabuelos? ¿Y quién dará de comer a las palomas que anidan en los nichos del palomar? ¿Y quién contará las ovejas lanígeras? ¿Y quién caststrará las colmenas, que vienen a menos con el abandono? ¿Y quién se acordará del León, del Moro y de todos esos animales que forman la plana menor de la familia?

Antes que todo era ella y su cariño, dijeron a coro D. Pedrito y el Patriarca.

—Y cuando los enemigos del campo, tan dañinos

como incontables, se ensañen en las cosechas y el pedrisco remate lo que despreció el pulgón o la langosta, y las gabelas y los gitanos diezmen y quinten lo poquito que perdonó la epidemia ¿dónde hallar una mano providente para repartir lo supérfluo que Dios dé, según en su bondad suele? Estas eran mis ilusiones: ella aquí transmitiendo antigua tradición, en consideración una reina, como yo lo he sido; haciendo el bien en la paz del campo, libre de la zozobra de la milicia.

—Mujer ¿pero qué hebras sacas tú de la madeja de tu magín? Y tal eres tú, tal tu hija. La estás sacando a la medida. ¡Qué tarabillas, padre! Buen par las dos.

El bienaventurado viejo, frotándose las manos entresonriente, dijo.

—¿Pues quienes si no ellos serán la providencia de Irón? ¿Alfonso no es también hacendado aunque militar? ¡Ah, hija! hermanas son las armas y la agricultura. Sí, en verdad te digo, que del mismo acero son la reja del arado y la hoja de la espada. El arado, abriendo en la entraña del suelo surcos de vida, y la espada, surcando de muerte los escudrones enemigos; el arado, procurándonos el sustento del pan, y la espada, asegurándonos el pan del sustento..... ¡Ah!, y sobre todo que está de Dios, está de Dios.....

—Pues si está de Dios, quiera El completar la obra comenzada bajo el auspicio de una niñez dichosa en la identidad de costumbres y aficiones. Era entonces de gozo para todos ver la mucha ley que se tenían y augurábamos días de prosperidad para ambas casas, hasta que, contra la voluntad de sus padres, ciñó el mozo su primera espada en la Academia de Toledo.

—También yo fuí militar, añadió el cura enardecido, y recibí heridas y las devolví por la causa, que tuve entonces por justa, de un rey bueno pero débil. Después, los años no pasan en balde, reanudé mi carrera de sacerdote, y más tarde, como aún me tiraba la milicia, embarqué para Cuba de capellán militar.

—¿Y en Cuba le condecoraron con las cruces que ostenta V. en algunas festividades?

—Allí me las dieron, no de balde, por cierto, pero tampoco fué nada extraordinario allí donde el ejército era una hornada de héroes. Les ataron las manos, les ataron las manos. Todos estaban prontos a morir por vencer, ¡infelices! Y sin embargo, ¿sabéis cómo terminó aquéllo? Ayer, ayer me parece que fué. ¡Santo Dios! no lo recuerdo sin temblar. Yo le vi, yo le vi. En la torre de mando, como otro Guzmán el Bueno en lo alto del torreón, con la leña del sacrificio a costas, la leña de los míseros

barcos, como nuevo Isaac, camino del Moria. ¡Ah, sublime D. Pascual! Yo le vi, yo le vi.... Sonreía de bondad cuando salía como ratón echado a viva fuerza del cepo a los canes ratoneros.

—Pues en Cuba, de frente al enemigo, cayó gloriosamente mi único hermano. Malogrado en flor, cayó la gloria de la familia, el hastial de la Casona, a los pocos meses de nuestra boda, anticipada por él. Alegre partió ¡desventurado....!

—Tremendo golpe para esta casa, D. Pedrito. Ahí está ésa, desde entonces ni sombras de lo que fué. Yo mismo, desde entonces, no encuentro su antiguo sabor en el vino de mis viñedos, elaborado en mi presencia, y por mí trasvasado y escanciado en la bruñida copa.

—Pero vamos, hijos, basta de lástimas. Tú ahora tranquilidad. Bueno es vivir alerta, que esta vida no dura un pito; pero la hora de morir la da Dios. Los médicos te dejaron en franca mejoría, y pronto te restablecerás del todo. Esta tarde cantaré por tí una salve a la Virgen y nos oirá. Mañana asistirás a la fiesta é cómo no? Y vaya, hijos, que es tarde. Dios os bendiga.

Abocóle Blanca en la escalera y le entregó, en argétea caja, hostias grandes y pequeñas, en proporción. «Dios te lo pague, hija, y alégrate, alégrate. Adiós, adiós.....»

El sol de Dios madruga para la aldea de San Esteban, mientras los gaiteros alambican la diana en las sombras callejeras al romper de los albores.

Campanitas de Irón, hora es ya, regocijaos, echad vuestro pregón; doblad, tornead, que vuestra sonora lengua difunda la nueva en todas direcciones, por la campiña hasta las últimas aldeas, envidiosas hoy de vuestra suerte; doblad, tornead. Campanitas de Irón, de sonora lengua, echad vuestro pregón; que hasta los niños de pecho se despierten sin lloros, porque el glorioso San Esteban bajará rodeado de ángeles a visitarles en sus cunas; que estrenen las mocitas los trajes de nueva moda y vivos colores, fruto de largos ahorros y deseos; que los mozos luzcan al cuello los pañizuelos de seda sobre los mejores vestidos; que se vuelquen arcones y cómodas, y ostenten todos los mejores atavíos en sus personas y las colchas de punto en sus balcones; que el Excmo. Ayuntamiento pasee las capas autorizadas, olorosas a alcanfor, del Consistorio a la iglesia, de la iglesia al Consistorio; que en la cajonería de la sacristía no quede florero mellado ni candelabro cojo que no ocupe su puesto, y que deslumbre con destellos el terno recamado de oro viejo, regalo de ironeses enriquecidos en las Indias occidentales de nuestro rey y señor D. Felipe, que Dios guarde muchos años.

La campana mayor, grave, fanfanienta, da la tercera señal. La iglesia, engalanada, de bote en bote. D. Pedrito en el presbiterio en sus glorias. El predicador, en la sacristía de aquí para allá, dando al sermón el último repaso y los retoques de circunstancias. El Patriarca, su esposa y Blanca en el banco de familia, cabe la tumba encendida por Ino. Las mujeres en los túmulos, entre los hacheros atestados de cerilla, velas y velones. Los hombres, esclavos de sus trajes domingueros, en los bancos laterales, haciendo ganchillo con los pulgares de las manos cruzadas. Los mozos rabilargos acodados en la barandilla del coro, fisgoneando.

Se alza un clamor argentino. Entran los niños de la escuela con la santa cruz, cantando cánticos sagrados. Entra el Ayuntamiento en pleno, precedido del alguacil, y ocupa el banco de respeto.

Cruje el entarimado del presbiterio. Páranse los hombres todos a la par; las mujeres se arrodillan, bancos que rechinan, silletas que crujen, persignación general. Tosen los cantores. ¡Ah, los cantores! Tener una voz bien pujante que se remonte sobre todas y toser después de codos sobre la barandilla coral ¡oh! ¡ah! Una catarata de notas, como andanada de quejidos de un mueble atormentado, se precipita desde el coro, atraviesa de norte a sur la iglesia y se pierde por los chafados ventanales del

ábside. Un silencio de redonda. El efecto es mágico. Hasta algunas calvas relucientes voltéanse hacia atrás. ¡Dios la música.....!

Nuevo preludeo del armonio y «aquí estoy yo» dice tío Gorio, el cantarín, acometiendo el Introito secular en la aldea con tal arrancada y tal trueno de voz, que algunos chiquillos se asen al corpiño de su madre abriendo unos ojazos así. Nada valían ciertas sonrisas maliciosas, porque ¡ah cantorazo éll! ¡Y qué mordentes y tarareos los suyos, qué chorro y qué apianar, qué correndillas unas veces, qué dormirse otras en las notas preferidas. Para su capilla le quisiera el mismísimo emperador de Ingalaterra.

La misa se acaba y otra vez las campanas vocingleras a clamor. De par en par las puertas y cancelas, sale la procesión. Rompe la marcha, vestido de payaso, Eladio, el carpintero, bailoteando y dando volteretas a lo largo del trayecto. Detrás, la cruz parroquial, entre los ciriales apagados, en manos de inquietos monaguillos; la cruz de la escuela y los niños en formación. ¡Paso a Colás, el gonfaloniero, barbitaheño y diminuto! Hay que asomarse para verle pasar, flameando el rojo guión a las rachas del viento y el pendón firme como el trinquete de un bajel.

Pasan en dos filas mozos, hombres y cofrades, con sus insignias y el santo glorioso en andas flo-

recidas, a hombros de cuatro mozos escogidos. Para estas ocasiones son los jóvenes de empaque y buena estampa y garabato al por igual en los andares. Cierra la procesión el clero de bonete calado y relumbres en los ornamentos, los dulzaineros de típico traje y colorines en cintillas volanderas, las autoridades civiles, la fuerza armada, compendiada en la persona del ministril, y, en apiñado haz, el devoto sexo.

En las troneras de la torre, el zumboneo ensordecedor de los bronces voltineros; en el espacio, el estampido de bombas y cohetes y el gañido plañidero de la dulzaina; en el ambiente, frescores de tomillo y romero; en el corazón, purísimos amores, paz en las conciencias, alegría en las almas, un sol nadando en el infinito azul, y tras él, Dios, sonriente, complacido, mirando a Irón por el ventanal de la gloria.

Blanca acompañó a casa a su madre, que, pálida aún, no estaba para andar la procesión y debía tomar un tentempié. ¡Gran día era aquel! Y hablaba a borbollones la solícita madre, alegre con la renovación de la salud. Y Blanca callaba, callaba, pero tenía hormiguillos en el cuerpo. De la ventana iba al balcón, a indagar en la lejanía de la carretera; del balcón volvía a la ventana, a explorar los alrededores del río. ¿Y Alfonso no venir? ¿Qué ocurri-

ría en la Torre? Tan buena ocasión para..... Y los reflectores de sus ojos se hundían en la lontananza gris.....

Da la ventana aquella de la cocina al Ironcillo, cierre natural, por el fondo, de la huerta, rica en hortalizas y grata en horas de sestear, a la plácida sombra del membrillero, amigo de la margen. Allí el río explaya su caudal detenido en la presa, y en parte se sujeta a estrecharse en la canal de un tronco socavado, en parte desagua por el aliviadero, en trueno de cascada, sobre el profundo lecho del río pedregoso. Amansa su fiereza de tumbo en tumbo, contra las rocas festoneadas de verdín, serpea breve trecho espumajante, y, uncido a las aguas torturadas en la aceña, reanuda purificado el manso curso cristalino, entre hortales a un lado y al otro la montaña altísima, tajada a bisel. Aquí tejen la zurita y el mirlo sus nidos en la grieta, tal vez abierta por las aguas, tal vez por el lagarto de tornasol y el topo aterciopelado, o en el ramaje de raquílicas aulagas y arbustos desgreñados hacia el abismo.

Allí clavó Blanca los ojos. Sobre el filo del monte, al aire y al sol, campeaba un grupo de segadores en maniobras. Uno se enlazó muslos y cintura con fuerte lazo. Los demás, codo con codo en hilera al borde de la hoya, asieron de la maroma. Afianzaronse los pies contra el suelo, los músculos

se tensaron; corrió la sogá por entre las manos de todos y cayó el mozo en el vacío, como si, pescando a caña, echasen el anzuelo bien provisto de carnaza. Como cuando arrebatada por hálito repentino, la araña que comenzaba su tela queda en el aire pateando, prendida en el hilo de su industria sutil, así braceaba el mozo, péndulo del cable sobre la sima profunda, sereno, imperturbable, dando a gritos las órdenes de la faena, escudriñando grietas y madrigueras, las cavidades de la peña, en busca de pichones y pajarillos de todas especies, que guardaba en el sombrero de fieltro y en el seno de la camisa a cuadros.

En el indeciso combate de sus pensamientos clareó la doncella con faz de quererse sonreír al reconocer a los segadores de su padre, admirada del carácter naturalmente heroico de tus hijos, dulcísima Galicia. Y los que ella no veía, por allí no lejos andaban abajo en el recodo, en donde el agua detenida formaba abundante lamedal entre copos de espadañas. Allí las ranas peroraban a sus anchas, asomando el morro gris entre el verdín de la superficie. Pasar por allí y zás, una peladilla, excelente blanco. Al poco, olvidada de su cotorreo, flotaba la rana blanquecina tripa al sol. Las compañeras metíanse la voz en el cuerpo, y cuerpo y todo debajo del agua y el silencio renacía en la cuenca.

Pues allí se afanaban cuatro de los gallegos. Era una labor nada emocionante, pero provechosa. Dos buscaban grillos cebolleros en el barbecho vecino. Los otros los ataban como cebo a la punta de un bramante anudado a un varal, y zás, describiendo un semicírculo, el cebo se sumergía en el río. Olerlo el batracio y tirarse al ortóptero era una misma cosa. Entonces el astuto gallego, tic, un toquecito, y la rana tan amable que venía por el aire a devolverle el grillo preso entre los dientes. Veces había que eran dos las que salían disputándose los derechos a la presa, y el gallego, amante de la concordia, cortaba con gentil manera la disputa. Muy buenos eran para las ranas del Ironcillo los grillos de los barbechos, pero mejores para los gallegos eran las ranas de Ironcillo.

Y mediaba el día. Silencio de sol cenital en las eras de Irón, que se regodeaba a puerta cerrada en el convite rústico. Exaltado en torno de la mesa el sentimiento de familia, se exteriorizaba el contento en lo vivaz de la pupila, en lo expedito de la lengua, en lo sincero de la invitación. Venid y gustad, forasteros. No ofendáis con la abstención la hospitalidad castellana. Es la hacienda toda que se inmola en honor de San Esteban. Verduras de los huertos, aves y huevos de los corrales, palominos del palomar, adobos y embutidos de la despensa,

mieles de los frutales y de las colmenas, y de la bodega anochecida los vinos de todas las cubas, el claro y el tinto, el «angélica» o lágrima, dulcísimo licor que lloran las uvas. Es toda, toda la hacienda que se inmola en honor de San Esteban. Venid y gustad, forasteros. ¡Ah!, cuando el verdadero gozo preside como hoy el festín aldeano, cuánto es placentero tras la bendición del abuelo sentarse a la mesa, sobria sin escasez, rica sin superfluidades, pulcra sin afectación. Encónase el apetico con acres olores de caseros condimentos, cómese sin melindres, bébese sin cortedad, sácíase el hambre sin engogimiento, el pulso no tiembla al apurar el vaso, la comida aprovecha. Después bien se podrá trabajar a soles y celliscas un año entero, hasta otro San Esteban, que todos reunidos lo veamos.

Sin sentir se pasaban las horas de la tarde en el alborozo festival. Oscureció. Era plácida y de luceiros la noche, propicia al baile y al amor. Los dulzaineros en el banco de arenisca, adosado al consistorio, aceleraban la rueda de la danza con los adornos de la gaita y el tamboril. A la luz de los reverberos se elevaba de la tierra opaco cendal. Flotaba en le ambiente el apestoso olor de churros y fritangas. Pregonando sus golosinas sacudían la campanilla los revendedores o agitaban en el sonoro bote el dado de la suerte. En lo alto de la noche

relampagueos de bengalas, reguero de chispas y reventar de los fuegos de artificio.

Todo se dilataba en la calma nocturnal, y caía en los oídos de Blanca como la piedra en dormida laguna, que levantando ondas concéntricas combate las orillas. Era la noche de venturas de San Esteban. A la luz de la luna fúlgida en un cielo sin nubes, Blanca escuchaba absorta al bizarro doncel, que, de uniforme, se acodaba en el ferrado balconaje.

Por ella había venido, no del todo repuesto de la caída de un potro que nadie sino él había montado sin desbravar. Bah, nada la caída. Y en buena hora viniera, había que ver. Todos le habían recibido cordialmente, ya como a hijo ¡Oh! «Quedaos ahí solitos», les habían dicho después de la cena. «Tendréis algo que deciros». ¡Uy Dios algo! ¿Nada más algo? ¿Qué la parecía a ella, Blanquita suya de su alma, tanto como la quería?—¿Hasta dónde?—Hasta allá..... la estrellita aquella que a intervalos se vislumbraba como un puntito en el inmenso encerado azul.—Pues aún mucho, hasta mucho más allá le quería ella ¿que no?—¿Cuánto, cuánto?—¿Quién lo sabría decir? Y él ¿hasta cuándo?—Por siempre.—Pues por siempre ella.—Todo para ella, su lucerillo.—Todo para él, su sol. ¡Oh, verdaderamente se amaban entonces, en la embriaguez de la

hora del amor sin trabas! Y enguirnaldados los cuellos con los brazos, juntitos los semblantes, muy cerquita los corazones, ¡oh, allí brilló un gran amor purísimo en la noche de luceros y venturas de San Esteban....!

Pero ¡ay! entre las mil palabras alocadas de un ardoroso amor, allí sonó una punzante como un puñal, la despedida. ¿Para qué? ¿Para dónde? Algo lejitos era, pero ¡bah! por poco tiempo. Aquello tenía que acabar pronto, por el honor del ejército. Tenía que recordar el moro, si lo había olvidado, quién era el español. Aquello iba a ser guerra. ¡Ay mi Dios, la guerra ahora? ¿Más obstáculos? ¿Pues no tenían ya paz completa en sus amores? ¿Pues cómo aquello? Tenía que incorporarse a un regimiento destinado al Rif. Dentro de una hora partiría. Y era aquella la noche de venturas de San Esteban.....

—¿Dentro de una hora ya? ¿Tan pronto? ¿Y tu madre? ¿Y tu hermana? Y.....

—¿Y qué?, acaba.

—No puedo, no sé. Las ideas se apagan en mi cabeza tan pronto como se encienden..... ¿Y te irás?

—¿Tú también intentas disuadirme? ¿Y el deber? ¿Y el honor? ¿Y tus palabras de aquella noche? ¿No las recuerdas, mala memoria? Yo las oí tan cálidas como si brotasen de tu corazón. ¿No

decías que si tu esposo, peligrando la patria, se pasase las horas alimentando la fantasía con romances de aventuras, volarías a morir por él?

—Sí, sí, bien me arguyes cogiéndome en contradicción. Y es que cuando se ha soñado en un momento de felicidad, y sólo sobrevienen desencantos y desventuras sucediéndose sin solución, la débil mujer no compagina sus ideas sólo por ser consecuente.

—Se te nublan los ojos y el alma, mujer.

—No, por Dios, no es nada, nada..... una flor de ilusión, que se me deshoja al tacto antes de olerla; una mariposa ideal que se me hace, al cogerla, polvillo de purpurina en los dedos. ¿Y esto es ya toda la vida?

—No digas eso, si tanto me quieres. La realidad dista mucho para tus ojos turbios y brumosos por el dolor. Amanecerán días más claros, pero ahora la patria me exige este sacrificio.

—¿Y a mí también?

—También a tí. Cuando los hijos de Agar huyan en vano ante nuestros corceles y muerdan el polvo diez por uno de nosotros; ya restablecido nuestro honor militar, que ha padecido mengua en los últimos sucesos, volveré a tí más honrado con la gloria del triunfo.

—¿Y si no vuelves? ¿Me juras tú que volverás?

—Te juro que si no, habré caído como valiente.

—¿Y lo dices para consolarme? ¡Qué gran cosa es el valor! Me consolaré. Cuando el sobreviviente llegue a mis puertas con la alegre nueva: «Cayeron sobre nosotros los hijos de las negras, como buitres sobre su presa. Por milagro lo cuento y no exagero un ápice. Alfonso, ebrio de furor, refulgentes los ojos y la espada, el primero en herir y matar. Del aladar, del pecho, de la mano izquierda la sangre destellando, verlo y morir..... Vencimos. Exánime rodó el héroe; el alma se le escapaba por diez heridas». Cuando escalde mis ojos el llanto y rompa el valladar de los párpados, me increparé duramente regocijándome en mi interior. Consolaos los mis ojos, llorad de júbilo, mi amor ha muerto de diez heridas..... ¡Dios, Dios mío! ¿No oyes, Alfonso?

—¿El qué?

—La gaita, el clamoreo. ¿No te alegras? ¿No te entran ganas de bailar? Tú sólo te enteras de las noticias tétricas. Pero, ¿qué dices haber sucedido en Africa?

En el reloj de la torre sonaron entonces las doce clamorosas, persistentes en el espacio. Cesó el bullicio y la vida se recogió al descanso, más necesario al hombre después del placer que del trabajo, y se hizo en torno el silencio y la paz.

—Alfonso, mi sacrificio es grande, pero le ofrez-

co por esta patria, más querida cuanto más infortunada. Adiós ya. Mas ¡ah! dame más bien tu nombre y tu espada y caeré sobre esa odiosa tierra. ¡Quién fuera como tú y no mujer! ¿Por quién me cambiaría? Vosotros sois los felices, que vais hasta la muerte, pero olvidáis en el estruendo de las batallas. No sabéis lo que es quedarse aquí, devorando penas a solas en el retiro del hogar. Día tras día, esperando en vano, envejeceré. En pocos meses habré vivido muchos años. Mas leal ve a luchar por España. Yo, con tantas súplicas, importunaré a Nuestra Señora la Virgen, que sentirás su maternal solicitud en los peligros. Y si a pesar de mis continuas oraciones no vuel....., y los sollozos truncaban las palabras, estos rí.....zos tu, tum.....ba. Y quitándose áurea cadena con medalla del Santo Cristo de Limpías, echóse la al cuello del bizarro doncel.

A la puerta les esperaban ya el Patriarca, la fiel esposa y Colás, teniendo de la mano ensillado al Lucero. Montó Alfonso. Alargóle Blanca la mano, que besó él con respeto y efusión; fijó en él por última vez los ojos, como ahondando en el destino, y se arrancó de él sollozando, con rotura de corazón, como se aparta la lapa del acantilado que se rompe.

Conmovido el galán, despidióse de los solícitos padres, que, abatidos, le veían partir tan joven ¿quién sabía adónde? y hostigó al caballo con el

rendaje. El Lucero braceó, hizo unos molinetes con la cabeza dentro del portal, pero no retrocedió un paso. ¡Lucero, Lucerillo, que no era ese el lugar de tus querencias, que no estaba ahí tu pesebre...! Nadie le arrancaba de allí. Lucero, Lucerillo, que eras la docilidad misma al imperio de la rienda, ¿qué presentías, qué habías notado en los semblantes doloridos? ¿Tu dueño que partiría al peligro lejano y tú que le llevarías? Que no le llevarías. Que no te inculparía la hermosa de habérselo arrebatado tú. A Miranda que no, a la Torre que sí. A la Torre con el dueño generoso, con la bella a la grupa; la bella que te había acariciado tantas veces, a quien querías pasear tú como a una reina, con la pompa de tu paso, por los dominios alzados en festejos de bodas. A la Torre que sí, a Miranda que no.

Alfonso picó espuelas, y el alazán, como quien toma una resolución heroica, salió de un bote y desapareció en el recodo de las primeras casas.

El doncel se va.... En el pasonivel paró el caballo. Volvió los ojos. En el balcón de la Casona, al contraste de la luz interior, campeaba una sombra agitando otra sombra. Sacó la espada, y por último adiós le envió con ella el beso de los reflejos de la luna. Eran los de la luna en fiestas de la gloriosa noche de San Esteban.

El doncel se fué.... Blanca cayó de hinojos ante

la imagen de María: «Dios te salve, Reina y Madre, Esperanza mía, A Tí acudo, a Tí suspiro, gimiendo y llorando. Ea, pues, Señora, Abogada mía, vuélveme los tus ojos misericordiosos; te lo ruego, escucha mi plegaria. ¡Ay, Madre!, no abandones esta España a sus enemigos, los de dentro y los de fuera; patrocina a esos soldados que ostentan tu imagen en el pecho como santo escudo contra el mal y la muerte; y entre ellos a ése que te quiere a Tí más, a quien yo más quiero..... ¡Ay, Madre! ¿me le salvarás de los peligros de alma y cuerpo que le asediarán? ¿Desviarás el plomo del moro que le espiarán? ¿Embotarás el filo de las gumías que le cercarán? ¿Confundirás los cálculos de la traición sigilosa que le acecharán? ¿Le devolverás sano y puro a esta aldea, que le crió puro y sano? ¡Ay, Madre, te lo ruego, escucha mi plegaria! Vuélvemos esos los tus ojos misericordiosos y muéstranos, después del destierro, el fruto dulcísimo de tu vientre. Escucha mi plegaria, anda, oh Madre, te lo ruego.....»

SUMARIO: Versos sobre Navarra, Cantos
Sobres de este en los Cantos, Cantos
CANTO SEXTO
Cantos de Africa, El mundo entero, De
todas las Indias, Tercer mundo, España
y América.



SUMARIO: VERANO TRISTE. NOMBRES MALDITOS. SOMBRAS DE LUTO EN IRÓN. CAUTIVIDAD. CLAREABA EL SOL. OCTUBRE. EL ESQUILEO. TIEMPOS QUE FUERON. CARTAS DE AFRICA. EL SOLDADO ESPAÑOL. DE TODAS LAS PROVINCIAS. TODOS GENEROSOS. ESPAÑA Y AMÉRICA.



SUMARIO: Versus contra Nombres
SOMEROS EN LITIS DE LOS CAUDILLOS
DE LOS OCEANOS. El segundo. Tercero que fue
SOMEROS EN LITIS DE ALGUNOS EN LOS OCEANOS DE
LOS OCEANOS. Tercero que fue
Y AMERICA.



AL EXCMO. SR. CONDE DE GÜELL.

¡Días de angustia y noche de desazón las de aquel agosto cruel! ¡Cuántas cosas supimos y cuántas lágrimas derramamos, Dios mío! Primero la espantosa nueva, después los pormenores más téticos y espantosos. Se enfurecía nuestro buen corazón. Arreciaba la sangre en nuestras venas. Sangrientas pesadillas turbaban nuestro reposo. No nos sentaban bien los más regalados manjares, porque todo nuestro ser segregaba una negra bilis y las razones más prudentes no lograban serenarnos.

¡Ay del que duerme en fronteras de traidores! Disfrazáronse arteramente los lobos, introdujéronse en el aprisco, sesteando los pastores, y desbarataron los rebaños. ¡Cristo, qué dentelladas, qué dispersión! De los valientes cayeron los primeros con su caudillo los dichosos; luego, para los sin ventura, el calvario de Igueriben y Anual a Monte Arruit, Zeluán y Nador, malditos nombres.

Era un día de sol en el desierto africano. Para apagar la sed, sólo el llanto escaldado por el furor. Los lobos, ebrios de sangre y exterminio, en acecho siempre en las angosturas de los barrancos y en los encastillados de los riscos. De las entrañas de la tierra salían, densos como la niebla, como la polvareda de los caminos carreteros. El llano era angosto para tantos. Mugían como el trueno, herían como el granizo, fulminaban como el rayo.

¡Ay, ay! que en aquella ansiedad mortal, inmensa les pareció a muchos la tierra. ¡Oh! los que entregáis al deshonor del polvo las armas no usadas, embarazo de la fuga vil, corred a salto de liebre; el plomo que mata por la espalda es más veloz que vuestros pies. Aquellos sí, aquellos mil veces dichosos, los que sucumbieron como hombres, muriendo y matando, diez vidas por una vida. ¡Cómo eran españoles! Así cayó el castillo roquero, cuyo esqueleto, que respeta el temporal, blanquea de gloria en el alcor, atalaya del señorío; así se desmoronó la muralla combatida con aparato de máquinas bélicas, la muralla cuyas gloriosas cicatrices admira la posteridad. Salvaron el honor si no la vida.

En la paz de las eras campesinas, por entre el regocijo de las faenas agrícolas, cruzaron sombras de luto en oyendo que se oyó esta nueva, y los mozos más galanes de Irón no vieron terminada la re-

colección. Cuando el alto centeno, de cuya harina se amasa moreno pan, se acarrea en los carros, desbordantes por encima de los adrales, y cuando las mujeres protegidas de pañolones contra el sol, se reunían en las eras, y de entre las gavillas entresacando parejos los mascones, sacudían el plumero de espigas, y el grano limpio disparábase como lluvia de perdigones; cuando con aquellas manos hechas al juego de la aguja de hacer calceta, ataban el centeno entretejiéndole por las puntas desgranadas, y sobre la toba se amontonaban los vencejos para las atadoras de la futura siega, no lo vieron los mozos más galanes de Irón, lástima grande.

Cuando los afilados molares de los trillos de rueda, sierra y pedernal desmenuzaban de nuevo las granzas, y se desechaban los granzones leñosos, que los desprecian los caballos de diente más duro, y con el morro los arrojan de lo alto de los pesebres, no lo vieron los mozos más galanes de Irón, lástima grande.

Cuando las arvejas que se acarrearán de una vez, y que una buena pareja de jumentos trillarían por lo común en un día, rebotaron limpias en la era con repiqueteo de pedrisco, las arvejas como corazones, regalo de los borregos de ensortijada vedija; cuando colmadas las trojes y atestados los pajares ocuparon

los útiles de labranza los puestos de la larga invertida; cuando se revisaron yugos y atelajes, arados y gradas en espera de las primeras lluvias otoñales; cuando se dió vuelta al fiemo que respirando por cien fumarolas fermentaba al sol; cuando las doncellas ironesas despojaron de los higos a las higueras, de las manzanas a los manzanos tardíos y de su vario fruto a los nísperos y nogales; cuando la más bella criatura de Irón, a quien conocéis y tal vez amáis, cuando tú, Blanca, recontabas los membrillos del membrillero de la margen y trascendía la alzada mantelería y trascendían las estancias, los mozos más galanes de Irón, no lo vieron, lástima grande. Lejos los mozos más galanes, en aquel agosto trillador, y en aquel septiembre, mes de las fiestas de gracias, no hubo moza que bailara en la aldea; la zampoña acogióse al silencio del estuche ante el clangor del clarín, y el tío Gorio poco pudo lucir su voz y su estilo en los funerales por las víctimas de la guerra, lástima grande.

Ya los mártires de Monte Arruit habían caído en la insidiosa telaraña como cae el gorrión en la trampa, como entran las ovejas en el matadero. Era un campo pingüe que deleitosamente guadañaron los operarios de la muerte. Sólo algunos, muy pocos, los que más estimulaban la codicia rifeña envejecían prematuramente en prisiones.

¡Dios mío, qué será en cautividad ver volar a las aves del cielo, los vencejos chillones que sesgan aireándonos la cara como una racha negra; las golondrinas, acarreado el pelloncito de barro de la ciénaga al nido que toma ya la forma bajo el alero; los ruiseñores, arpas vivientes que exhalan madrigales de amor, a la caída de la tarde, cuando musitean las frondas sobre el gorgoteo de la fuente!.... ¡Qué será ver levantarse el sol que nace para todos, verle ponerse tras los montes, barrera de la esperanza!.... Vosotros, los sabedores de sufrimientos, lo contaréis en las veladas invernizas a los nietecillos asombrados; les contaréis si os alegraba el día, si os entristecía la tarde, si os desalentaba la noche; si no llorabais cuando deshojando el año los días como hojas de almanaque os sugería cruel, fechas felices, la Pascua florida, día de nuestra libertad del poderío de Luzbel, y la Noche Buena, noche de luz, y contento en que Dios Niño enloquece a la tierra....

Con tales recuerdos honda aflicción la que sentiríais, aunque erais españoles. Mas lo disimulabais a los demás. «Algunos pájaros nacieron en el cautiverio de la jaula y corren libres como los arroyos donde beben». Así os consolabais. «Volveremos a ver el bello cielo de España, tengamos esperanza. Granando está en la besana el pan que comeremos

y se acendra en la vid el zumo que beberemos». Así os consolabais.

Y en el cálido ventear del desierto africano, y en las lluvias que el sur empuja hacia la península llegaban vuestras misivas. «Madre de mi alma, saber que padeces es para mí la más pesada de mis cadenas». «Esposa adorada, en el infierno de esta mazmorra mi único suplicio es dejar de verte». Llegaban estas misivas en el cálido viento y en las lluvias del sur, y toda España lloró, no creáis que invento, nacionales que esto leáis después de cinco lustros.

Mas España ha refrenado el llanto y sacude ya sus tristezas de letargo, sabedlo también. ¡Ay del ebrio de sangre que duerme en fronteras del vengador! ¡Ay de vosotros, hijos de negras, que pronto vais a conocer a los hijos de las blancas! Estad seguros que vuestros hurras de alegría se trocarán en ayes de dolor. Nuestros caballos relinchan impacientes; os han olfateado. Con el duro callo escarban el suelo; bajo tierra quisieran sepultaros. ¡Ah, invocad a Alá! Yo os juro que muchos no volveréis a los brazos de vuestras esposas.

Hubo un día en que vuestros padres, los negros de blancos albornoces, pisaron como tiranos vuestra rica heredad. En la taza del baño perfumado, pensando en cosas del gusto de los sentidos; a la sombra del limonero, recreando la mente con el cos-

quilleo inmaterial de las leyendas orientales; enardecíendose de pasión en el lecho de la florida plata-banda con las anacreónticas de los poetas de Córdoba sonantes a górgoros cantarines de fuentes; discuriendo del brazo de las esclavas como huríes por el senderín de los pensiles olorosos a alhelíes y azahares, o acariciando los curvos alfanjes al galope de tordillos como el rayo, ¡oh! vuestros padres siempre reían de placer y blanqueaban sus dientes como bandadas de palomas.

Hoy el reverso de la medalla será cruel para los míseros de sus hijos ¡ay de vosotros! En vuestras playas ardorosas, pisando como señores, los hijos de España están. En gesto de virilidad unánime bajaron de todas las provincias, densos como la niebla, como la polvareda de los caminos carreteros. Los previsores del tiempo leyeron en la atmósfera prenuncios de temporal.

Y clareaba el sol para nuestras armas. Iba envolviendo la tierra densa nubarrada; relampagueaba el cielo maravillosamente; crujiendo el trueno desquebrajaba el firmamento; hasta las arenas del desierto llegaban las salpicaduras de la tormenta. Bramaba el huracán, descargando aguaceros de granizo; pero contra vosotros bramaba y descargaba sobre vosotros, hijos de negras. Y clareaba el sol para nuestras armas.

Mas ¿en dónde os amparasteis de nuestro furor? Vosotros los animosos, que nos amenazabais con el puño, y rechinabais los dientes para asustarnos, o no sé si pensabais tragaros la tierra porque nos habíais oído que era como una naranja, ¡cómo des-pavorir ahora que ni los corzos! ¡cuánto aturdirse como ciervos! ¡qué huir en rebaño como las ovejas del mordisco del perro pastor! ¡qué desbandarse al primer amago como se espantan los buitres de un tiro de honda, como se ahuyentan de un manotazo las avispas que revolotean sobre los melíferos racimos! Por el cornudo de Mahoma, que por más que hicimos nunca logramos veros las hermosas caras.

Las buenas noticias de la reconquista cundían por campiñas y poblados, desde los mares confines, tierras adentro, hasta la serranía inaccesible. ¡Y que no las sabían ya en Irón y en la Casona! ¡Y que no se le había alegrado el ojillo a Blanca, según decires de la gentel!

Mañanitas setembrinas de las últimas eran aquellas para el mundo y para la aldea, que terciaba las tierras delgadas para la siembra del centeno y las minucias. La uva venía con retraso de semanas y no era el tiempo para desperdiciado.

Con el mes de octubre llegaron a la Casona los rebaños laníferos del pastoreo por los montes altos. Meses hacía que no se guarecían en sus corrales,

porque a una legua corta de Irón tenían su tenada en la Bojeda y pastos abundantes en las orillas del río y en los repechos de las colinas.

Era costumbre allí esquilarse los merinos una vez por año, en la primavera, después de los fríos y antes de los calores. Pero aquel otoño entraron de tanto ver en Irón, que el Patriarca decretó nuevo esquileo. Arvejas había suficientes en el desván y en el pajar paja en demasía.

El capitán de tijeras tenía ajustados a los esquiladores. Jornal a destajo, el potaje a su tiempo y el porrón lleno por todas las horas del día. Era para enloquecer. Mas para eso eran ellos artistas de lo fino, y en fin de cuentas ya saldría la lana de los vellones que estaban de limpios y rozagantes, que era una bendición.

Al abrigo del patio establecióse el esquiladero; cuatro banquetas y la luz del día. A hombros de los zagales colgadas por las patas salían las ovejas, caída la cabeza, en blanco los ojos nublados de susto. Ya las esperaban los esquiladores a caballo en el banco, satisfechos de sí mismos y de la contrata, haciendo alarde de cortesía con encomios y ponderaciones de la Casona. El «calórico» del establo había excitado leve sudorcillo, propicio para la operación. Sonaba en la corraleja como cháchara de golondrinas el ris-rás de las tijeras que iban desnu-

dando la garganta, el pecho, el vientre, lomos y muslos por ambos lados, hasta que, encontrándose los dos cortes en la espalda, salía el vellón entero, como quien quitase una casulla de blanquísima lana. Los velloneros a punto plegaban hábilmente los vellones y atándolos con bramante, una vez pesados, los embalaban. Un zagalillo recogía aparte les vedijas para la mayor pureza y calidad de la pila.

No estaba mal contento de aquellas manos el capitán de tijeras, pero no eran las de antaño, ni maldita la falta que hacían. Pocos campesinos mantenían ya cabaña de ovejas, era un dolor. Ganábanse antes pingües salarios. Si los ganados volvían del pastoreo lustrosos; si los merinos parecían una bola con las lanas abundosas, todos se hacían lenguas de mayoresales y zagales y el regocijo se mostraba en vino y el vino en regocijo ¡oh! En acercándose marzo y setiembre, cómo se acuciaba el esmero de la pastoría. Todo era andar a la busca de buenos pastizales, lavar una por una las ovejas, untar con petróleo las heridas de las garrapatas y limpiar la roña con aceite y verdegambre. Era la misma gloria ver entrando por las puertas del pueblo los rebaños laníferos, tintineando por centenares y millares esquilas y cencerros. Hasta los canes entraban con gozo y ufanía.

Con pena hablaba el capitán de tijeras de los tiempos que fueron, pero a la hora del yantar, cuando sobre el coloño, que de mesa servía, humeaba la sustanciosa pitanza, para nada se acordaba él de los tiempos de su abuelo, y menos cuando, a tenaza de dedos, pescaba algo de envidia en la cazuela y cuando medio se dormía con el porrón en alto.

Al abrigo del patio trasquilaban los esquiladores. Satisfecho estaba el Patriarca de la faena. La solícita esposa por allí no sé donde trajinaba con Ino revolviendo ropas, que las diese el sol.

Blanca todas sus preferencias las tenía puestas en la soledad del aposento. Allí se regodeaba ella con las buenas noticias de la guerra, y con aquel puñado de cartas, todas de una misma letra, que guardaba en plateado cofrecillo con incrustaciones de nácar, en un vargueño antiguo de primorosa hechura. El espíritu del novio ausente estaba allí en ellas. ¡Oh!, contra su corazón nuevo arrebatadamente las estrechaba, a sus labios vírgenes las aplicaba arrebatadamente. Y las releía una y muchas veces y tantas otras se enajenaba con la lectura. Todas estaban allí. La primera, la de Madrid, capital de España, trono de los reyes. ¡Ah! y más queridos que eran para ella. Y aquellas infantitas tan repreciosísimas y aquellos infantitos, cuyos retra-

tos guardaba ella de soldaditos ¡uy qué majos! y luego todos en familia, coronando a la queridísima reina, como capullitos en torno de una rosa de Castilla. Más veces les besaba como a las propias estampas de los santos.

Después, la de Málaga. Unas cosas decía tan lindas del mar azul. También ella le había visto, ¿qué se os figuraba? A su lado el Ironcillo, el bebedero del Pelusines y gracias. ¿Por qué no se habría ella atrevido a montar aquella tarde en la canoa? ¡Ahí va Dios, pero si es que se zarandeaba aquello que era un temor, así y así! Y se balanceaba la hermosa como góndola en franquía.

Luego las cartas de Melilla, del campamento, de las posiciones por él conquistadas al enemigo. Releíalas una por una y besaba todas aquellas cartas borroneadas en la incomodidad de una tienda de campaña. Cosas decían que nadie sabía en Irón, ni en Burgos, la ciudad, ni en el mundo entero. De muertes dadas y de heridas recibidas, de providencias de Dios. ¡Dios!, si su Alfonso, sin encarecimientos, restándose méritos, contaba unas cosas, Jesús María, aquello sí que era heroísmo, bien lo notaba ella, lince que era como pocas.

Y era verdad, Alfonso, el galán de Irón, de atractiva figura en las facciones juveniles, era el héroe, era el soldado español, modesto y hazañoso,

creyente y caballeresco, esclavo del deber y del honor, en la plática familiar un cordero, en la batalla un león con atisbos de genio militar.

Alfonso, Alfonso, bien sabe Dios que no eres hijo vano de un desvarío de mi fantasía, que si ella te dió carne y hueso, también trasfundió en tus venas la sangre de los valientes, Valenzuela, González Tablas, Temprano, Astray y mil y mil de nuestros soldados, tan grandes en Rocroy como en San Quintín, mucho más grandes en Santiago que en Lepanto.

¡Oh, reciamente ha latido el corazón de Iberial
¡Oh! que allí en la ingrata cúspide estéril, atalayando la rebeldía de Agar, está Alfonso, desterrado voluntario de su amor por la gloria de tu nombre, madre España. Es el soldado español bajado de todas las provincias en gesto de virilidad unánime. Escucha y te convencerás, odioso espía, que te escures como víbora por la retama. Es hora de quietud en el campamento general, hora de despertar recuerdos y añoranzas, al tramontar del sol. Escucha, odioso espía, que reptas como sierpe virulenta sobre el césped. Plañe la gaita.

«Cuando canta en el monte
la paixarina,
es que llora sus penas
la pobriquina».

De la bravía sierra, trono de la Santina, cuna de España, bajaron los robustos, nobilísimos astures, en el corazón el valor indomable de la raza y el suave cantar de sus paixarinas en la garganta. Oye, odioso espía, que te deslizas como asquerosa larva entre las flores. Preludia un guitarro.

«Que cuál patria era su patria
le preguntaron a Dios,
y sin pararse a pensarlo,
respondió que era español».

De las riberas del Ebro, espejo de la Pilarica, bajaron los baturros, sobrios y sinceros, el alma en el cristal de su palabra, y en sus jotas la tonada de sus pardillos campales. Atiende, odioso espía, que acechas como la legaterna en la quebraja del muro. Repica el crótalo de granadillo.

«Mira si despides lumbre
por esos ojazos negros,
que es verano si los abres
y si los cierras invierno».

Del edén de los cármenes granadinos, del paraíso de los vergeles sevillanos, de la tierra de la luz, que perdieron, por cobardes, vuestros abuelos, bajaron los generosos andaluces, largos en hacer el bien, cortos en retener el mal, con el donaire en los labios y en sus playeras y tiranas la pasión de los colorines.

Escucha, odioso espía encubierto en el campamento, como asqueroso murciélagó disimulado en la cornisa o tras el espejo. Escucha como cantan. Cantando la vida es más alegre, y cantan sus alboradas al compás de la gaita del cuero y del roncón, los que filtran el oro en las arenas de Sil, laboriosos y honrados; cantan sus zortzicos y danzan al son del chistu el aurreku patriarcal, los hijos de Aitor religiosos y activos, celosos de sus fueros y sus montañas; cantan y bailan la sardana los que cultivan como un tesoro la lengua de Oc, industriosos y fuertes a lo largo del Mediterráneo, desde el Canigó, hasta Valencia del Cid, jardín de claveles; cantan los isleños amables y buenos, las tiernas barcarolas, que las cantan hasta las olas del mar batiendo sus riberas encantadas; cantan sus pastorelas los que aprendieron a cantarlas de los pastores trashumantes, cuando los merinos con el retintín de millares de esquilas manchan de polvo el horizonte extremeño, adusta escuela de descubridores; y también vosotros cantáis, los nobles y leales, los que en el llano y en la montaña de León y ambas Castillas, cantabais dulcísimas canciones, en verano y en invierno, según vuestras faenas, al albor con las alondras, con los ruiseñores en el crepúsculo. Odioso espía, que doquier te infiltras como el éter impalpable, escucha al soldado español que canta.

Mas no cantaba sólo. Como cachorros de leona, ejercitados en la pelea, que fiados de sus zarpas siguen el rastro husmeado hasta hacer una presa rica, así se aprestaban los soldados de España contra el enemigo común. ¡Animosos ellos! Traspiraban deseos de justicia. Y nosotros también. Todos, porque en aquel despertar de la patria todos éramos hermanos y todos generosos. Daba más el que más tenía, pero todos con igual ardor y desprendimiento.

¡Cuántos nombres se atropellan en mi memorial Oh, vosotros, bondadosos soberanos nuestros, los de las reales mercedes para todos y más para los más desgraciados. Oh, tú, Iglesia española, pobre y santa, liberal en tu pobreza, mediadora en tu santidad. Oh, tú, austero prócer, el manirroto para la religión y la patria, sublime patricio de la Tierruca bien amada. Oh, tú, magnífico labrador medinense. Y tú, Irón. Y vosotros pueblos y vosotras ciudades. Y tú, tú más que nadie, mujer española, la que oras en pureza y la que amamantas orando; la que llorando animas a partir a los hijos propios, y la de la blanca toca, que partes a ser madre de los hijos ajenos.....

España, España, ¡oh y cómo eran de buenos aquellos de tus hijos, que, en tu defensa, morían sonriendo con el afán de pronunciar tu nombre!

¡Cuántos cayeron aquellos días, cuántos, lo mismo que en tiempos remotos, del lado de la Cruz, contra la Media Luna! De todas partes venían, hasta del lado allá de los mares venían sedientos de la gloria de sacrificarte por tí. Hijos tuyos eran, hijos también generosos de tus hermosas hijas, aquellas que en el firmamento del mundo brillan con la luz propia de un gran nombre, Hispano-América.

América, América, besemos antes esta palabra a flor del labio; América, lúcido coro de las hijas de España, madre España; América la católica, amamantada desde niña en la fe de la Cruz; América la hidalga y castiza, educada en el prontuario del casticismo y la hidalguía, D. Quijote de la Mancha; América, yo, pobre gusano que exploró tus campiñas y ciudades, navegó tus mares y remontó tus ríos; yo, indocto grillo que escuchó en arrobamiento el cantar de tus pájaros sabidores, yo que te conozco, te admiro; yo, agradeciendo en nombre de España tu don y tu cariño; yo, castellano viejo, noble y veraz, sólo por tí desvió el tenue curso de este cantar ingenuo y rústico como mío.

Hija de España, de la mar y el sol,
 madre del porvenir que está en albores,
 nidial pensil de pájaros y flores,
 América, te canta un español.

Islas Antillas, puerto de brisas,
 mimos de Atlante, que, a lo roncoero,
 cual casta virgen con sus pudores y sus sonrisas,
 enamorasteis, antes que todas, al nauta íbera
 que dominara la historia crónica del ponto fiero.

Cuba la bella, de enamorío,
 novia del mar,
 hurí sultana en el señorío de tu ventana,
 como una estrella de la mañana que luz destella
 sobre el palmar.

Tú, Puerto Rico, verde maceta sobre la roca,
 si la ovejuela de blanca toca,
 que tremolando la sangre y oro de mi bandera,
 da las albricias al lar flotante del puerto hispano,
 ¡ay! se las diera
 con tu bandera de soberano
 libre en los cielos, libre en la esfera.....

¡Ah! no te olvido lejana hija del sol de Oriente,
 playa luciente;

tú, Filipinas, tierra de dichas, de sol, y amores,
 mata de flores;

«en tu regazo dulce es vivir»
 cual tus pavones y tus pluviales;
 en tus islotes de cogonales,

puerto de ensueños de Magallanes de magno pecho,
 en tu regazo, libre en la Historia por el Derecho,
 más dulce al libre será morir.

Y tú, la nueva España, cuna de oro
 «del guerrero inmortal de Zempoala»;
 campo de flor que bienestar exhala,
 sueño de grandes, imperial tesoro,
 yo te canto la gala,
 trigueña desposada de Cortés,
 y ojalá que tu Virgen mexicana
 ciña de eterna paz tu frente hispana
 y de justicia el paso de tus pies.

Vosotras, hermanas
 centroamericanas,
 que no amasgasteis la ancianidad
 de España en vuestra mayoría:
 Tú, Guatemala, que en tus nopales
 das vida grata a la cochinilla
 y oyes el canto de torobojos
 y carpinteros en los matojos
 y el dulce canto de los quezales,
 aves si bellas las vió Castilla.

Tú, Nicaragua «hechicera cual ondina de la mar»,
 la más bella de tus bellas obligó al corsario a leva
 y el cantor de tus cantores escanció en ánfora nueva
 el vino añejo de Apolo en el celtíbero altar.

Tú, Costa Rica, madre de amor,
 para el primero descubridor;
 suelo de paz, don santo

que ensalza en valle y monte
tu cantor, el sinsonte
de milagroso canto.

Y tú, Panamá, paraíso de flores,
nacidas al beso del tibio terral,
mueve el corazón el reir de tus magos verdores
y la obra de brujos titanes, tu magno canal.
Llámale tuyo, llámale tuyo, no es sin razón,
porque parte tus tierras, parte tus lares,
porque junta tus ríos, junta tus mares,
las tierras y mares del «mundo feraz de Colón».

Tú, Venezuela. próspera cuna
del gran Bolívar, Libertador,
sobrio privado de la fortuna,
que dió a Colombia vida y valor,
¡Ah! cábeles su gloria a tus llaneros
que luchan con tus tigres y caimanes,
luchan y vencen, vencen los desmanes
del Orinoco, que engrosando amaños,
en marismas convierte tus potreros,
inmensa corraliza de rebaños.

Y tú, Ecuador, la de la andina cumbre.
que día y aire a la hondonada roba,
y en donde aúlla con feral quejumbre
la tempestad como parida loba,

mientras abajo, en apacible lumbre,
 canta la vida y no duermen los dalles
 por el pan de los hijos de tus valles,
 sublimes como aquel Garci-Moreno
 espejo de un poder legal y bueno,
 como el teniente Suárez Veintimilla,
 que hizo glorioso el africano cieno,
 vertiendo en él su sangre por Castilla.

Tú, Perú, la amadora bien amada de Iberia.
 tu, vellocino de oro del gran conquistador,
 que con sus diecisiete lanzas de Celtiberia
 en combate de dioses cerró la periferia;
 país de sol del Inca, del sol adorador;
 bosque de maderas más ricas que el setín,
 inmarcesible lauro del campo de Junín,
 astillero de glorias del pendón bicolor.

Tú, la tierra inocente y hermosa,
 —que ha debido a Bolívar su nombre,
 tú, Bolivia, balcón de los cielos,
 —Potosí de incentivos del hombre,
 altar de la Virgen que amó a tus aymaras,
 redimidos del culto de sangre
 —que apuraba Moloch en tus aras.

Y tú, laboratorio de natura,

edén de fértil haza,
 tú, escuela del progreso y la cultura,
 tú, espejo de la raza;
 heredad de Valdivia, potente
 Chile, Arauca indomable en la lid,
 «siempre noble, constante y valiente
 te encontraron los hijos del Cid».

Tú, Argentina, de bosque y de tierra campa,
 feria del mundo, reina que por la pampa,
 pastoreas la sangre de tus corceles
 coronada de flores de tus vergeles;
 amor de imán, que atraes por los cielos a España,
 tu santa vieja madre que te lleva en la entraña;
 ya irá España con Franco, águila real del viento,
 volando desde Palos al río Paraguay,
 a posarse en la gloria de tu ciudad portento,
 metrópoli de Hispania, bella hija de Garay,

Tú, perla del sur, Paraguay, ¡cómo late,
 mi pecho a tu nombre, plantío de mate,
 que ves en las ondas del río
 la risa
 del bosque bravío,
 que enzarza el pampero y que peina la brisa,
 y el lloro de ruínas que fueron plantel sin cizaña
 templo de artesanos,

taller de cristianos,
que alzaron del yermo tus santos, Iglesia de España!

Uruguay, Uruguay, no fueses bella
cual bella te hizo Dios con larga mano
y amada tu pobreza aún sería,
amada por aquella
que cantó tu cantor, de plectro hispano,
amable flor del nombre de esta mía,
y por aquel indiano
tu buen charrúa, Tabaré, mi hermano.

Y tú también, Brasil, vislumbres de Cabral,
hada que teje el oro y el topacio atesora,
emperatriz de imperios que son cuna de Flora
y el más rico museo de historia natural.
¡Oh Brasil, poderosa hija de Lusitania,
también es madre tuya la magna madre Hispania!

Y a tí, Colombia buena, la adoptiva de Apolo,
sepulcro de Claver, liza de Boyacá,
¿qué te dirá este grillo, que gri-gri canta sólo,
a tí, patria nativa de la fe y de la paz?

Yo vi más bella por la distancia a la madre Es-
desde el asilo de tu cabaña; [paña
desde la cripta de tu floresta,
mata de orquídeas y madriguera de sierpe infesta;

en la manigua y en la maraña,
en donde tejen las cazadoras redes y lechos
de los bejucos a los helechos;
bajo la nave de altivas copas,
a cuya sombra colgué la hamaca, tendí las ropas,
horas de siesta a la voz de toches y de turpiales.
bellos troveros de tus plantíos de cafetales;
yo vi en sus ocios a tus caimanes sobre la arena,
y en rezo estático a tus garzas, monjas
—contemplativas del Magdalena,
y tus trapiches en tus labores,
tu sol, tus lunas y tus campiñas
—y tus ciudades en viva llama,
y a tus hermosas y a tus donceles
—en sus ternuras y en sus fervores
y en su ¡ay! eterno aquel sublime
—suicida eterno, tu Tequendama.

Hija de España, de la mar y el sol,
madre del porvenir que está en albores,
nidial pensil de pájaros y flores,
América, te canta un español.

SUMARIO: *Agua. En la zona. La ciudad.*
El río. El agua. El agua. El agua. El agua.
El agua. El agua. El agua. El agua.
El agua. El agua. El agua. El agua.

CANTO SEPTIMO

A D. José Ignacio Reyes, Director
del Museo de La Historia, de La Habana.

Por el espacio vacante de un libro, bordado
de guano de las aves y en él, en el día de la sola

SUMARIO: ARRIBA. EN LA ARADA. LA SIEMBRA.
REMEDIOS CASEROS. PACTO CON EL DIABLO. LAMEN-
TAR DE LA NATURALEZA. ENTRE EL COMER Y EL BOR-
DAR. EL CONVOY. OCTUBRE VENDIMIADOR. INCIDENTES.
AYUNA TASIO. LA PISA. MUERE EL OTOÑO.

las flechas, las horquillas han sido la servilla de
las galeras y laberintos de sus redes y no radiador
sobre el cuerpo del grupo, de la lengua de acero
del arcañón suero. El del devoto, tronco, que la
horquilla es de ejemplo, y allí están con ellas
para el sol en la mano para que sean arados.

Te vienen los troncos girando la sacroscopio y el
cintura vertical. Los unos detrás de los otros. Los
unos valen como remolón, el estado de doble verti-
cal hacia el oeste de las alas horizontales. Los mu-
chos sobre el agua el estado Simón hacia el

SUMARIO. ABRIL. EN LA ARADA. LA RINERA.
REMEDIOS CARREROS. PACTO CON EL DIABLO. LAMEN-
TAR DE LA NATURALEZA. ENTRE EL COMER Y EL SOB-
RAR. EL DONDEY. OCTUBRE. VINCULADOS. INDIOS.
LOS AYUNTAMIENTOS. LA MIA. MERECE EL ORO.

A D. JOSÉ IGNACIO RIVERO, DIRECTOR
DEL «DIARIO DE LA MARINA», DE LA HABANA.

Por el sinuoso sendero del monte bajo, bordeado a trechos de carrasco y enebro; en el ojal de la solapa la salvia de fuerte olor, una ramita de mirto y dos bayas de madroño en el sombrero; cantando como las alondras y al aire los cabellos, arriba al alcor, atalaya del mundo. ¡Arriba, arriba en el nombre del Señor!

Es el día y sereno. Huídas las nubes, pasadas las lluvias, las hormigas han roto la cupulilla de las galerías y laberintos de sus trojes y en radiación salen al acarreo del grano, de la hojita de acacia, del escarabajo muerto. ¡Eal despierta, ironés, que la hormiguilla te da ejemplo, y allá arriba está Dios con el sol en la mano para que ares, arador.

Ya vienen los ironeses pisando la carretera o el camino vecinal, los unos detrás de los otros. Los bueyes vaheantes remolcan el arado de doble vertedera hacia el secano de labores profundas. Las mulas llevan sobre el yugo el arado timonero hacia el

barbecho de somero trabajo. El timón traza un sisograma en el polvo del camino.

Las yuntas y parejas se han derramado por las particelas de la propiedad. La chaquetilla, el cestillo de provisiones y los morrales de los piensos, todo ha quedado a un lado, en la linde, junto al mojón. Metido el labrador entre los animales alza el arado en peso, inviértelo; sujeta el clavijero en el yugo, pasándole el clavo; empuña la aguijada; castañetea los dientes: «¡Arre, arre!». El tiro arranca, húndese la reja en la entraña de la tierra; la cuchilla hiende el zepellón, la vertedera vuelve al sol la tierra profunda y grábese surco oscuro en el barbecho gris, como línea negra que en blanco papel trazara mano insegura. Rejas, cuchillas y vertederas destellan aquí y allá. Varias planas se borrajean a la par en lontananza.

Los barbechos hendididos exhalan tenues nubecillas que disipa el sol. Pajarillos insectívoros cazan saltarines en la terronera. Repite el monte los gritos del peón malhumorado. Corre el día como el agua en la cuenca. «¡Arre buey; arre buey!». Surco arriba, surco abajo, gimiendo el arado, gimiendo la tierra, pasa la mañana.

Ha sonado la hora de la comida, que bien ganada está. Enmascárase a las bestias con los zurrones del pienso. Tiéndese la manta, Un traguito. ¡Ah!

Comieron ya. Sestearon. Gime el arado, gime la tierra. Surco arriba, surco abajo, solos en la feracidad del suelo, en la vitalidad del sol, en la actividad de la mente libre en el silencio de las horas; cantando, gritando, surco abajo, surco arriba, pasa la tarde.

Ya los nuevos soles de octubre veían activarse las labores en los predios todos del concejo. Transportado en angarillas o en carros el estiércol a las aradas, repartido; transportado en sacos el abono mineral, desparramado; ya que había rebullido la grada las tierras; ya que los campos, como recién peinados, negreando en el área extensa, codiciaban la semilla para centuplicarla, era la hora de consultar el sol y los vientos, puesta la mano a la altura de las cejas. Favorables eran todos los indicios. A la luz de los días otoñales veríais fulgurar, como encaje de rayos lumínicos, el enrejado de sutilísimas telarañas, que invisible obrero prendiera del éter impalpable. ¡Albricias, albricias! Los sembradores podían derramar a dos manos la semilla. El cielo propicio haría germinar los cereales. Bueno era Dios.

Por eso se aprestaban a sembrar los sembradores de la Casona. Era allá por las tierras de la Bodega, que entre contrarios altozanos se extendían a media hora como se va aguas arriba del Ironcillo,

engrosado con las fuentes que nacían en la propiedad. Buenos duros relucientes darían los de Irón por derivar el agua por arcaduz hasta mitad mitad del pueblo. Abundante y límpida era, excelente aperitivo.

Pues por allí discurrían afanosos los peones. Santos, el capataz, consultó primero los vientos. Aparatos de laboratorio le sobran y seguros: la dirección de las nubes, el tañido de la campana, el humo del tren o de la casería; el chopo ribereño que inclinaba la cabeza, como abad en sus rezos, la gíraldilla de la espadaña que había que ser lince para verla..... El viento era tal o cual; pues en la misma dirección se preparaba el sembradío con la grada.

Uno partía después el terreno en márcenes o amelgas; otro distribuía en ellas los saquillos de simiente en proporción. El sembrador colgábase del cuello el sementero, y avanzando a pasos esparcía a voleo la semilla, puesta siempre la atención en el aire. Así no volaría lejos para pasto de los pájaros. Pasaba enseguida la grada en dirección oblicua, cubriendo la siembra con manta de tierra ni somera ni profunda y los labradores se volvían a casa contentos y dicharacheros. Chasco se llevarían las aves que esperasen hallar mesa puesta en los sembrados.

Antes de trasponer desandaban su camino los aradores de Irón, a paso lento, con el frescor de la

tarde. Entre ellos Colás. Había sembrado los dos celemines de tierra de su propiedad. Satisfecho volvía. Por las traseras de Irón topóse con la Pilonquita, la curandera que en el mejor armario de su casa guardaba una bien provista farmacopea, en más estimada que una herencia.

— Buenas tardes, abuela. ¿Qué se hace?

— ¿Ya lo ves, hijo; aquí huroneando a la rebusca de plantas medicinales. ¿Y tú? Contento vienes. ¿Sembraste?

— Sembré, si señora, pero ello no es para tanto de alegrarme, que, bien lo sabe usted, esto del sembrar es como criar hijos. Ahora empiezo.

— Trabajillos da la tierra, pero también es agradecida.

— ¿Trabajillos meramente? ¡Moño! mismamente como los hijos. Si desde ahora no tienes parar. Que echa los rebaños a que despunten los trigos, que abre caceras de desagüe, que pasa y repasa la grada, que escarda y vuelve a escardar, y vete y ven, y cava y escava, y destierra todo cardo del lindero, del camino, aun del campo del vecino, que Dios quiera que no le tengas, y después de todo mucha fe en la Providencia, y a más a más mucha paciencia, si cuando el campo amarillea como un lago de oro, con las espigas en granazón, la turbonada y el granizo se ceban en tus esperanzas.

—Cangilones de noria somos. Condenados nacemos a dar vueltas sin fin.

—Pero basta de palique, tía Pílonguita, y vea qué remedio me da para el tartajoso del crío, que le tengo que no pasa bocado.

—Y ello ¿qué es?

—Pues ello es al parecer que tiene tapiado el pasapán y ni la saliva le baja.

—Pues mira, hijo, muy sencillo. Cocer unas hojas de llantel y hacer gárgaras cuanto más mejor. Ayer tarde mismo, va y viene la tórtola de mi nieta con que «¡Ay! que me duele el galillo, ¡ay! que el galillo me duele». La examino y veo que tiene como dos cerezas en esa campanilla que tenemos en el tragadero. Untéla por de fuera con molleja de gallina, hícela hacer glu glu, unas gargaritas, y santas pascuas. ¡Ay hijo!, para curativas, las plantas. ¿Qué más provista farmacia nos pudo Dios poner tan al alcance de las manos?

—Ya, ya; mejor que todas esas indecencias de botica. Pringues del cuerno.

—Asco de ellos y de las porquerías todas de la Tarasca, que tú sabes. Ya se fué bien lejotes de aquí. Aupa con viento fresco. Y se llevaría el orinal de su uso, todo desmochicado y con cenefas de amarillo por dentro, en donde majaba y batía los menjerges. Era un sagrado la chocolatera aquella. Como que

sin ella carecían de eficacia las plantas milagrosas de Dios. ¡La rebrujona!

—Pues la verdad que hacía lo suyo, y que debía tener pacto con el diantre. A muchos curaba del mal de muelas, a muchos, hombres y animales.

—Lo mismo daba.

—Aun yo mismo, un día que estaba para rabiar de dolor, me fuí en ca de ella. «Abre la boca» me dijo. Abríla tamaña. Ella carraspear, gargajear, cascar la boca con regolver de molinillo y ¡clás! me echó en la muela enferma un escupitajo y tan reque-tebién en sin más.

—En sin más ¿eh? ¡Ay, ay, ay, la Tarasca! Si la conocería yo. Como la madre que la parió. Cendollilla de rapaza, de vieja bruja. ¡Pero anda, hijo, que tus bueyes muy cerca andarán de tu casa.

—Adiós, abuela, y gracias.

Y pasaban los días con su colorido característico, uno tras otro, sin cesar, ni sentir, ligeros como las cuentas o coquillos de un rosario en manos de una vieja, como las cazoletas de un anemómetro sobre las veletas del torreón. Dolíase ya el mundo. ¿Quién no ha oído en estos días el lamento de la naturaleza? ¡Oh, vosotros los que pensáis y no sólo veis; vosotros los de los sentimientos alígeros e intencionales, y no los de sólo las sensaciones pesadas y burdas. Vosotros, hermanos míos mayores en el

Ideal, orífices famosos del color y del relieve, del sonido y la palabra; vosotros los hombres, mejor vosotros las almas; vosotros habréis oído en las brumosas otoñadas cantos de espíritus, murmurios plañideros de los seres, elegías de la naturaleza, que desfallece y no muere.....!

¡Ay, ay de mí! la he oído yo el último de vosotros, hermanos mayores míos en el Ideal, pasaron los días de prosperidad. El sol, mi adorable dueño, sólo de lo lejos me envía el breve mensaje de un amor en menguante. El cierzo, que agitaba, como flámulas de fiesta, los atavíos de mis frondas, hoy me despoja de ellas, y torneándolas en torbellinos hasta las nubes, las dispersa por la cruz de los cuatro vientos. La pompa de mis galas ¡ay! pisoteada en el camino, socarrada en la cuneta, pudriéndose en la humedad de las acequias y atarjeas para mantillo vil. Hurtáronme los tesoros de mi ajuar. Las manzanas saludables, las peras de agua, los melocotones de áureo bozo, no cuelgan de los árboles, como zarcillos míos de precio. Por el nogal y ave llano pasó la furia del vareador. Dáñanse en el mercado los higos como almíbar, segunda cosecha de la higuera. De las apolilladas vigas del sobrado que ni retoñan ni reflorece, penden como grandes topacios, los membrillos color de otoño, halo del campesino hogar, y las uvas primerizas y el mos-

catel y el albillo. Despojada me veo de mi ajuar,
¡ay, ay de mí!

Y así lamentándose la naturaleza, aún parece más hermosa con aquel llanto de lluvias y de nieblas en sus ojos, con aquellos deslucidos tintes de inefable melancolía en su semblante: el gris del barbecho, el oscuro de los sembrados, el blancuzco de los crestones del roquedo, el verde azul del pino perenne; el verde amarillo de la hondonada; los tonos ocre, naranja, carmín y escarlata de la parra silvestre, que en un supremo esfuerzo de vida se adhiere con manos de muerta al cuarteado baluarte.

Palidece el mundo. Callan los cielos y las tierras. No trina el ruiseñor en la zarzamora; no roza el grillo sus élitros vibrátiles; no chirrea la cigarra, que se alimenta de luz; no cantan los colorines, que pican la flor del cardo. Acortan los días; perduran los ocasos plácidos, de un brillo de grave ancianidad; es tenue la luz y difusa como pasada por misterioso cendal, como la electricidad a través de la bomba de esmeril. Es el otoño, es el otoño plácido y solemne como una vida inocente que muere. Más ¡ah, si en la muerte se recoge el fruto de la vida!.... ¡Ah, si en el otoño trascienden los sobrados a frutas no compradas!....

Y que no le daba poco contento a Blanca subir

entonces al desván, entapizado de tantas golosinas del paladar, ¡Dios bueno, cuidado que había allí que ver y saborear! Y se ponía a escoger de lo bueno lo mejor para las hermosas amigas, según gusto de ellas. Sobre el frutero por base una corona de racimos; en la caras del cono nísperos, peras, higos, de todo. Por vértice un melocotón de áurea pelusa. De puntillas y callandito vuelta al costurero.

—Dónde se iría Blanca, preguntaba Amparo la más curiosa de todas, y ris, abierta la puerta, Blanca que aparecía con aquel escaparate en las manos. ¡Ah! ¡Qué hermosura, Virgen Madre! Todas lo sentían tanto desbaratar tales primores....

Entre el comer y el bordar se le ocurre a Isabel, la hija del maestro, graciosa como la flor del agravano. ¿Y nos contarás ahora las nuevas de Alfonso, Blanca?

—Os las contaré, si tanto empeño tenéis en renovar mis tristezas. Aunque a decir verdad, ¿qué más quiere el corazón que aliviarse por la boca, como pústula maligna? Oíd si gustáis de entristeceiros con ideas de peligros. Y sabed que no fantaseo; tal lo leí en la carta, tal lo cuento.

—Clarea en el campamento general. De prisa se arman nuestros soldados al toque de diana. De prisa ocupan sus puestos; todos son de honor. Trescientos mulos cargados van con infinitas provisio-

nes; trescientos, bien contados están. Tan rica hacienda se lleva a Tizza. Para sí la quisieran los moros, apostados en breñas y malezas, en trincheras abiertas a pico. Rómpe se de frente y de lado nutrido tiroteo. Caen algunos mulos; caen los primeros heridos; caen los primeros muertos.

—¡Dios mío, quién estuviera allí para restañar a unos la sangre de las heridas, y sugerirles jaculatorias a los otros en trance de muerte!, interrumpió Nieves, la menor de las amigas.

—¡Ni que lo digas, querida! ¡Más veces he soñado que asistía en los hospitales de Africa a los heridos de la campaña!.... Y ojalá pudiese.

—¡Jesús, qué cosas tienes!, dijeron las amigas mirándola y cogiéndose los labios con el puño.

—Porque no me dejarían mis padres, que si no.... Pero volvamos al relato. ¿Por dónde íbamos, Nieves?

—Íbamos, pues en que caían los primeros muertos ¡los pobres!

—¡Ah, sí! Diez, ciento caían; el que daba un paso adelante, caía. Porque los moros, muy cómodos en sus refugios, ensañándose; éste quiero, también aquél.... Y las balas zumbando sobre los nuestros, densas como la lluvia de una turbonada de julio sobre nuestros trigos de bendiciones. ¿Habéis visto otra igual desolación?

Calla Blanca para dar un suspiro y ya está Nieves pegando la hebra.

—¡Valientes esos moros, eh? Valientes zorros. Mucho bravear en seguro y luego, al menor amago, dejan atrás a los corzos. ¡Que saliesen cara a cara, veríamos a ver! ¿Qué hicieron los nuestros, Blanca?

—Hay allí unos momentos de indecisión, «¡Adelante!», clama el clarín. «¡Imposible!», murmuran algunos alto, que lo oye el general. ¿Imposible? Y avanza el primero él. Briosio avanza el marqués por entre las balas que le respetan. Los soldados, enardecidos, se precipitan tras él, calada la bayoneta. Los moros, muy valientes en sus abrigos; pero en cuanto nos conocen, harto poco esperan. Y pasa el vendaval de la guerra, aventando la hojarasca vil hasta el valle eterno.....

—Bueno, Blanca, y de Alfonso ¿qué?

—Pues Alfonso, entre los primeros, muy cerquita de su general. ¡Ah, si le vierais! Como el lobo desbanda el rebaño de pávidas ovejas; como los fríos ahuyentan a las aves que emigran a mejores climas, así él desbarata la morisma que huye desbandada. Mas ¡loado sea Dios!, a muchos no les da tiempo de emigrar. Tan de improviso se anticipa el invierno. De los hijos de Agar, ¡oh cuántos quedan dispersos en la vertiente, como las gavillas después de la siega!

Ganada es la batalla. Contentos entran en Tizza los vencedores con el convoy no intacto, pero aún sería una buena dote. No la quisieron esos perros infieles....

¡Anda majol ¿que no la quisieron?, rió a carcajada suelta Nieves, la menor de las amigas, sencilla como torcaz montañera.

Callaron todas, reanudando las labores; una el zurcido, otra el respunte; alzaron los bolillos su metálico sonsonete, y en el tenso bastidor entrando y saliendo, sonaba la aguja como los borbollones en el lago manantial.

La uva, retrasada aquel otoño, negreaba ya entre las hojas de las vidas carminosas.

«Abrid al sol la bodega siempre anochecida; lavad tinas, cubas y comportas, revisadlo todo con esmero y diligencia, volad», ordenó el Patriarca.

Dos pisos tenía la soterraña bodega de la Casona, a la derecha del zaguán, como se entra. Calzadas con cuñas sobre travesaños, las cubas descansaban en ambos pisos, a lo largo de la pared interior. Tecleando en ellas con los nudillos, despedían un sonido musical. Vacías estaban las más de ellas, haciendo coro en torno de la tina barriguda, que, asentada en el suelo de la bodega, atravesaba el segundo piso hasta la altura de la ventana de la calle. Viéndola así de oronda y panzuda entre las

pipas y bocoyes, creeríais ver una marrana acostada en la pocilga, entre sus rostrizos.

Abrióse, pues, la bodega siempre anohecida; laváronse tina, cubas y comportas. Todo se revisó con esmero y diligencia: los cellos de salce, los flejes, las duelas, la prensa, la canilla, todo. Fué una buena mañana de labor y alabó el Patriarca el celo de la servidumbre.

Ya entrado el nuevo día llegaron al majuelo los vendimiadores. De intento lo hacían; que se bebiese el sol el rocío que rebaja grados de calidad a los vinos. Desplegados en guerrilla avanzaban como red barredera de un lado del viñedo, vendimiando parejos las vides plantadas en escuadra o al tresbolillo. Descansada era la faena, no para derrengar a nadie. Si los tordos habían picado los granos más azucarados, tampoco pellizcaban ellos los racimos más verdes, ni pipiaban las uvas más arrugadas. Hasta para echar carnes era aquello. Todos los trabajos debían ser así, caray.

Para la hora de la comida rebasaban los seis cubetos de la altura de un hombre bueno. Entonces el carrero empuñó los ramales y hostigó a las mulas de anchas ancas, que, aguzando las orejas, arrancaron ansiosas hacia la Casona. Abrióse el ventano de la bodega, unido a la tina por el cuello o canal, y se vaciaron las comportas desde los adrales del

carro. Rodaron los racimos, chocaron contra el suelo profundo, despachurráronse los granos, corrió el mosto.

Entretanto, a la vera del camino, se sentaban a comer los vendimiadores. Pan y vino abundantes y el cocido apetitoso con tropezos de chorizo y tocino. Destapóse de ñapa una tartera como para un baño de asiento. ¡Los ojazos que abrieron algunos, válgame Dios! Era para chuparse los dedos el bacalao aquel con pinturas de tomate y pimientos. Con los repetidos tientos al zaque, el buen humor cundió como peste benigna. Calzar aquellas lenguas era calzar el carro que recula en la pendiente. ¡Allá va eso, que no para hasta estrellarse! También alguno se estrelló contra el genio del vecino.

—Superior el abadejo.

—Y que su picorcillo acucia las ganas de beber.

—Falta que te hacía a tí, Cleto.

—Y a tí. ¡Anda quien habla!

—Vamos, tío Cleto, que ustedes los catadores tienen buen saque.

—¿También tú, rico? Puede que también el chinche este quisiera beber según yo, que soy un catador profesional, o como Tasío, que es mismamente una tina.

Oyólo Tasío como quien oye llover. Atareado le traía no sé qué diantre de espinaca.

—Pos al respective de eso, prosigue Cleto, y para que veáis, apuesto desde ahora a que el vino de este año no valdrá nada para con el del pasado, aunque hay más uva.

—¿Catástelo ya, Cleto?

—¡Mía este! ¡Pos si sería catándolo, vaya una gracia, mecachis en la pez!

—Bueno, tío Cleto, y eso del catar ¿en qué está?, pregunta uno con malicioso retintín.

—Pos está, responde Cleto, algo amostazado, en que yo pido vino y me se sirve vino, y a vosotros os engaña el tabernero, la tabernera y hasta el gato de la taberna, ¿estamos? Vosotros vais, pedís un diez de clarete, y os dan agua del río teñida. Y vosotros la bebéis y la alabáis encima. ¡Cuándo se ha visto, mecachis en la pez? Agua os mete el tabernero de la esquina, agua del río y a mí no me la pega él ni ninguno de su casta. Y si no decidme: ¿A qué va al río con las cubas? ¿A qué va? A ver.

Quico, que, arrugado el entrecejo, come, bebe y calla, salta por fin:

—A lavarlas ¿qué tiene?

—Tiene y mucho. ¿A lavarlas? No eres catador, ahí está. Yo, con ver el vino al trasluz, ya tengo para adivinar el agua que tiene y si del río o de la fuente.

—Fanfarria, Cleto, fanfarria. Tú dirás si el vino

tiene o no agua de río, quizás, quizás, que porque eres pescador de truchas, pero ¿catador tú?

—Mejor catador que tú y peor pescador. Tú sí que pescas, y a bragas enjutas, cada merluza que colea de domingo a sábado ¡mecachis en la pez!

—¿Merluzas yo, merluzas? ¿Cuándo? ¿Quién lo vió? ¡Que lo diga!

—¿Que quién lo vió? ¡Arrea, que quién lo vió? ¡Todos!

—¿Todos, todos? ¡Mientes, embustero, envidioso, borrachol!

Y cogiendo un morrillo que halla a mano ¡zás! No pasa nada porque le ciega la cólera, y porque Cleto baja a tiempo la cabeza.

Santos, que antes se reía, se alarma ahora, e interponiéndose por bien de paz, grita, enarbolando el tarterón:

—Paz pa todos y abadejo pa quien lo quiera. ¿Quiés tú, Cleto? ¿Quiés tú, Quico? ¡Vamos, hombre, cálmate! Tú, Pepa, un poco más, que comes a lo místico. Tú, tú, tú.

Hasta que con el cucharón, ti-ti-pi-pi-ri-pi, toca un pasodoble en el fondo limpio de la tartera. La bota gira, renace la paz y resuenan las carcajadas alegres, que descargan la bilis y desarrugan el entrecejo.

Breve la sobremesa, nuevo despliegue de los ven-

dimiadores en guerrilla y nuevo intensificarse la labor. De vendimias estaba la tarde, fresca y clara, de contento y buen humor. Allí los piropos, allí las alusiones intencionadas, allí las palabras de doble sentido, las risadas, la confraternidad, la cántiga:

La uva blanca para reyes,
para duques la uva negra,
para mí la negra y blanca
y esos tus ojos, morena.

—Muy bien y buena voz, alabó al cantor el amo, que con el cigarro en la boca y el chambergó ladeado contra el sol, llegaba en aquel momento de la Casona con su esposa e hija a gozarse en la vendimia.

—Muy bien y hermosa voz, repitió la mujer, sonriendo graciosamente a los obreros.

Y los amantes esposos pasearon majuelo adentro, examinando la abundancia y calidad de la uva. Dios no había pasado de prisa por allí. «Mira, mujer, esto», decía el esposo a cada paso. «¿Pues esto?» «¿Y aquello?». De todos escogió dos racimos y ofreció el mejor a su esposa.

Blanca, entre tanto, riente y placentera en un grupo de vendimiadores, lucía entre todos, en el verdor de las vides, como una luz clara en el azul anochecido de las aguas. Picaba el mejor de los ra-

cidos. Granos gordos en su punto de madurez, negros como sus ojos. Picaba la joven y un aura revoltosa andaba en las frondas de sus cabellos luminosos y en las hojas de las vides purpurinas. Si un grano comía, ofrecía cuatro a las vendimiadoras, poniéndoseles con donaire en los labios. Gustosas se dejaban todas regalar de Blanca, la gloria de los señores, aquellos señores, tan iguales con ellos en costumbres, si más que ellos en fortuna. A la vista de aquellos amos no se forzaba el trabajo, como acontece. No había que multiplicarse para darles contento. No eran ambiciosos. Como ellos eran; así bien les querían.

El momento era solemne en la naturaleza triste, de sol anémico en el poniente. Tarareaba un obrero una copla de amores. Blanca, sintiendo también la emoción de la hora, cantó una de sus canciones favoritas:

«Carcelero, carcelero,
que el alma me has apresado,
apriétame las cadenas
y tenme siempre a tu lado».

Los peones quedaron suspensos con las manos en alto, sólo atentos a la dulce canción que se expandía por los ámbitos en silencio. Con labios y cabeza hacían gestos de admiración. Los solícitos padres, que paseaban majuelo adentro, volvieron la



cabeza para escucharla, y al fin del canto la enviaron con las manos mensajes de aprobación y cariño, mientras todos los vendimiadores la aclamaban.

Y se intensificó el trajín en la claridad deslavada del otoño. Una y muchas veces se cubrieron las banastas, rebasaron las comportas y la tina engullir y más engullir. Y trasponía el sol. Y volvió a trasponer dos veces más.

En el portal de la Casona, los jornaleros estaban que no se veían del humo de los cigarros. Charla que charla, en espera de la pitanza. «Ahí viene eso». Aparecieron dos cacerolas vaporeantes como navíos de alto bordo. Sobre ellas cerníase la fumarada como sobre el cráter de los volcanes. Al alcance de aquello, olvidábase todo sinsabor y todo reconcomio.

Santiguáronse todos. Del chaleco, de la faja, del pantalón salieron a relucir facas y navajones de todas las especies, las de cachas de cuerno, las de patas de cabrito, las temerosas de Albacete, de virola y cinco golpetillos. No se asuste usted.

Tasio, el gigante, vencido de un lado como veleiro de seis palos en baja mar, sacó del bolsón el aperitivo, una guindilla de halagüeño color. Dióle una dentellada y «¡Maldita la su entraña!, clamó. Pica que alampa».

Volviéronse a Tasio tamaños ojos. Falta que

tenía de aperitivos el hombre. Y llovieron sobre él las pullas y sarcasmos picantes como la guindilla. Mas Tasio, poderoso para derribar de un puñetazo en el testuz, sin darle tiempo de mugir, a un toro de cuatro años, Tasio comer y callar. Trabajo le mandaba a quien quisiera sacarlo de quicio, y más en horas de refocilarse.

El diablo, que no duerme, debió ser quien dijo, tentándole: «A que no comes con el cucharón, Tasio».

Asió él de la herramienta de acarreo y ¡grande es Dios! Era para alarmarse ver cómo decrecía el condumio. Como cuando los fogoneros, palada tras palada, alimentan de combustible las calderas de un bajel de mucho tonelaje, como una tras otra se suceden por el funicular hacia la fundición, las vagonetas cargadas de piritas o calamina, así frecuentaba Tasio los aéreos viajes del cucharón y se perdía el condumio en la sima del dilatado vientre. Animábanle los unos con risadas y donaires, mientras los compañeros de ración sonreían forzosamente, porque el arroz desaparecía como por ensalmo.

Echó luego la una mano a la bota, desatornilló el brocal y hurgándola con la otra mano en la tripa, se estuvo un buen espacio contemplando a su sabor las estrellitas de las telarañas. ¡Moño con el vinillo aquel, y qué agujas tenía, aff.....!

Todos bebieron y comieron con hartura, todos, hasta el León, que en cuclillas, con sube y baja de cabeza, hopeando, había contemplado con ojos de emoción las arriesgadas empresas del cucharón de Tasio.

Abrióse entonces la puerta de la bodega, a la derecha del zaguán, según se entra. ¡Oh! a la luz del quinqué de porcelana, que con la tenuidad de sus rayos, batía la neblina de la humedad soterraña, reinaba ingente la tina entre la servidumbre de cubas y bocoyes, retehenchida con las uvas remostadas.

«Al avío». Aligeraron de ropa y calzado los jornaleros y saltaron dentro de la tina. Los pies hundíanse en el tapiz de la vendimia esponjosa. Trabajo costaba dar un paso. Y bajo el calcar de los calcañares, desbaratábanse los racimos del tempranillo y la garnacha; despazurrándose los granos, salpicaba las piernas el dulce licor que fundía el mucílago y el tanino con la materia colorante. Como cuando en bajamar rezuma el agua salobre bajo la planta de los pies recalcados en la arena, así brotaba el mosto bajo el calcar de los calcañares.

Atraído por la algaraza, asomó el Patriarca, el chambergo echado para atrás y el cigarro en la boca según costumbre. Blanca tras él. Con su abriguito blanco de lana, como una amable corderilla, apare-

ció en la visión de la bodega, graciosa más que Venus pendiente de la eterna gasa azul. ¡Si la pisa le gustaba a ella tanto, tanto.....! Ganas le venían de saltar los zapatos al aire y pisar también, como solía de niña, pisabailando.

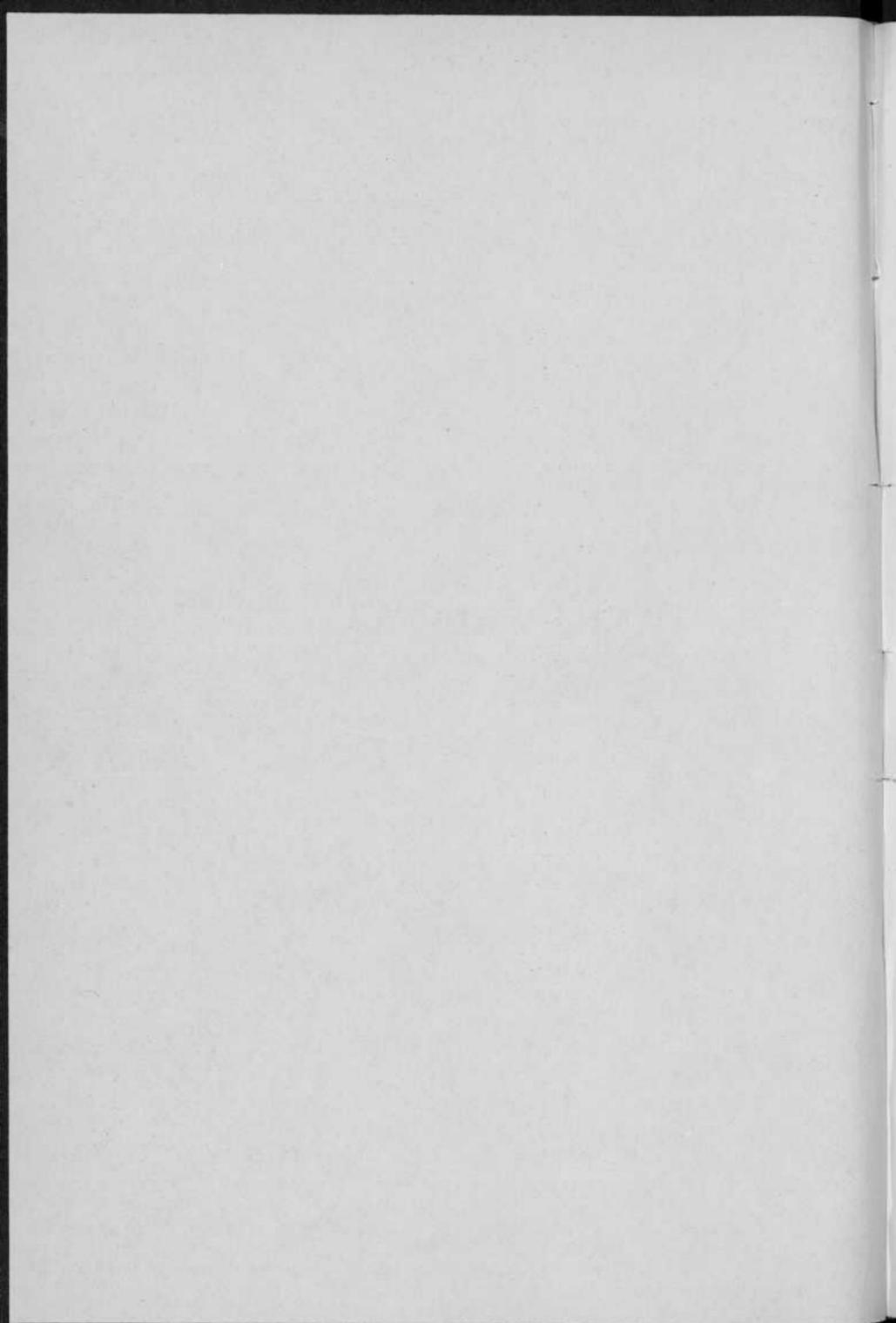
El respeto a los amos cortó la animación; pero ingenua y cariñosa ella, afable y bondadoso él, hablaron a todos según en su sencillez solían, y el encogimiento desapareció como por encanto.

Los que habéis sorprendido el duelo de palabras que se entabla de improviso entre gentes del pueblo, cuál acomete uno, cómo contraataca el otro; cuánta pintura en la expresión, cuánta bizarría en la apostura, qué suficiencia en el pliegue de los labios, qué apoteosis en lo sostenido de la mirada; vosotros adivinaréis las ocurrencias de que hicieron alarde aquellos alumnos nativos de la sátira, ocurrencias que ni sé, ni puedo trasladar al papel. Una palabra era el cabo de una madeja inagotable. Y saltaban y más saltaban las chispas al choque de los ingenios rústicos, pero buen pararrayos era Tasio. Y llovían y más llovían densas cual los copos en una nevada, pero ¡bah! los copos como si se posasen sobre un lago sin cuajar, porque el gigantón, remisa la cabeza, cogidas las manos a la espalda, un zancajo tras otro, gira que gira, como percherón uncido al malacate.

Como cuando el molón o la apisonadora de vapor asiento la grava del camino, igualándola como una baldosa o loseta, así pasaba Tasio sobre el bagazo, empotrando escobajos o raspones, incrustando las pepitas, alisándolo todo. Si los demás se hundían como dos, él como diez. Y bajaba el nivel estable, y subía la marea del codiciado líquido, encubriendo los pies. La tina parecía una poza de tintoreros. Para salir de ella algunos necesitaron de la escalerilla de mano.

Y era entonces en los primeros rigores que acobardan a la naturaleza y aploman las mentes y los miembros, cuando expiraba prematuramente el otoño, sin honor ni gloria, pisoteado en los lagares pueblerinos. ¡Ayl expiraba el plácido otoño cuando exploraban los niños los majuelos a la rebusca de redrojos; cuando se prensaba el bagazo en la prensa concejil y se repartían los caldos en las pipas; cuando en la insonora cuba hervía el tinto con la casca que le da color y estabilidad; cuando sembraban el trigo los más de los sembradores; cuando hacían su colada las mujeres en la ancha caldera que engullía ropas, vajilla y mantelería; cuando en bandadas, grullas y grajos, como arpones de volatería, emigraban ante la inminencia de los hielos; cuando caían del arbolado, amarillentas, las hojas, y en el huerto agonizaban sin plenitud las últimas generaciones

de la rosalía, y en las macetas de tus balcones, Blanca, se marchitaban los claveles a medio reventar, y se ajaban los rosados racimos del pelargonio, y sólo fulguraban como estrellitas de tus cuidados los crisantemos, y tú entre ellos, y más que ellos fulgurabas, Blanca bella; cuando los ramalazos del ábrego arrastraban también ¡ay! la hojarasca de los débiles y los enfermos y los ancianos; cuando el sol de San Martín encendía de nuevo la vida con claridad prestada, entonces era que expiraba prematuramente el otoño sin honor ni gloria, pisoteado en los lagares pueblerinos, desamparado en los campos yermos, despojados, tristes. ¡Ay, pobre moría el plácido otoño, sin la diadema de frondas, sin la corona de tirsos, sin la tiara de flores! ¡Pobre, pobre moría!



A D. Juan J. Miras, /
de la Academia de Buenas Letras.

SUMARIO: RECONQUISTA DE MONTE ARRUIT. VI-
SIONES ESPANTOSAS. DICIEMBRE Y EL INVIERNO. LAS
MATANZAS. LA HORNADA. NOCHE BUENA. NAVIDAD.
CARTA DE BLANCA. EL LEÓN CONFESO Y PERDONA-
DO. PALOMA ENTRE PALOMAS. EL CENTRO DE LA CASA.
CORDERA ENTRE CORDEROS. CARIDAD. ANSIAS PU-
RAS Y AMPOS DE NIEVE.

SUMARIO: RECONSTRUCCIÓN DE MONTE ALEGRE. VI-
MONTE EMANUEL. DIBUJOS Y EL INVERNO. LAS
MATANZAS. LA NORONDA. NOCHE BUENA. NATAVIDAD.
CARTA DE BLANCA. EL LEÓN CORTEZO Y SECCIONA-
DO. PALOMA ENTRE CALOMAS. EL CENTRO DE LA CASA.
CORTEZA ENTRE CORTEZOS. CARIDAD. ANIMAS. VO-
CAS Y AMOR DE NIEVE.

A. D. JORGE A. MITRE, DIRECTOR
DE «LA NACIÓN», DE BUENOS AIRES.

Monte Arruit, reina mora ¿qué fué de ellos?
Pérfida, tus libertos ¿dónde van
que a su patria no vuelven? ¿Volverán?
Monte Arruit, Monte Arruit, quien te rindiera
cosas sabría que clamando están.

Moler molió la rueda del molino
el trigo, don de Dios; blanca es la harina
y blanco el pan que el panadero amasa.
Pisar pisaron ya los pisadores
la uva; negro es el vino de la tierra,
delicias de los buenos catadores,
y..... otro pan y otro vino da la guerra.

Soldados de venganza, allí el molino
que dió harina de huesos de soldados;
valientes, avanzad; allí la prensa
que dió vino de sangre de valientes.
Los valientes avanzan; huye el moro
disperso al matakán de la montaña.....
Ganada es Monte Arruit. ¡Cristo y España!

¡Cristo y España, qué furor se sientel
 Abre los ojos, vengador, contempla
 y alza si puedes la humillada frente.

Tiene un ambiente triste la llanura.....
 En las laderas del alcor negrean,
 negrean en los flancos del camino
 las momias pestilentes, profanadas,
 comidas de los ígneos rigores
 del sol y las rapantes de rapiña,
 cual bestia muerta, plato de los buitres
 que en la hondonada apesta la campiña.

¡Oh! verlos como están, desparramados,
 mordiendo el polvo vil o cara al cielo,
 con muecas de agonías inmortales,
 trillado el cuerpo en desnudez sin paz,
 sin forma de hombres los garridos mozos,
 cual uvas vendimiadas en agraz.....
 ¡Oh! ver así durmiendo sin descanso
 el sueño largo en mancillado lecho,
 a Judas y Abd-el-Krim..... y aún diera espanto
 y fuera aún para cegar de llanto.

Lomas de Monte Arruit, Nador cruenta,
 no os oímos llorar. Tristes montañas,
 barrancos de aridez, duros de entrañas,
 no os oímos llorar. ¿Lloraron ellos?
 ¿Qué dijeron en la hora del martirio?
 ¿Se acordaron de Dios y de sus padres?

¿Maldijeron de España en su delirio?

¡Oh, profeta de Dios, que vaticinas
sobre los huesos áridos, sintiera
tu evocación vital....! ¡Ah, que la siento....!

¡Vive, carroña; en pie, yertos despojos,
vestíos de la piel, abrid los ojos,
la lengua recobrad y hablad siquiera!

Abre el oído, vengador; escucha
lo que dice esa momia; escucha y venga:

—«Paisano ¿eres valiente para oirlo?
Pues oye y Dios te asista, que la vida
es un cirio encendido a contraviento.

Míranos como orujo de vendimia.

Aquellos compañeros bienhadados
que al pie del parapeto sucumbieron,
al plomo, el hambre y sed confabuladas,
pero cara al traidor y atento el ojo

en la mirilla del fusil, aquellos
que encontraron la paz en santa tumba.

No nosotros, cazados como moscas
en la vil telaraña del perjurio.

¡Ay, vidas que me diesen, recordándolo,
volvería a perder! ¡Ay, se ensañaban

con nosotros, cual gato con la presa,
probando el tajador de la gumía

y ensayando la firme puntería!

¿No habrá dolor que tu dureza ablande?

¿No llorarás? ¿De qué sirven tus ojos?
Lo otro no es de este mundo. Dios es grande».

Tiene un ambiente triste la llanura.....
Ahí están cual visiones que enloquecen,
con muecas de agonías inmortales,
dispersos do cayeron, cual las hojas
barridas de la vida por el ábrego.
Es mortal contemplarlos; mata el aire
pestilencial. Cristianos, recogedlos.
que sus almas, que aumentan las estrellas,
llorarán en la gloria, enderezando
los ojos beatíficos al mundo.....

Monte Arruit se rindió; quien la rindiera
cosas conoce que clamando están.
Monte Arruit, Monte Arruit, los que salieron
de tí con el honor de militares
no acaban de volver, ni acabarán.

Noviembre triste, del paisaje turbio,
de la siembra arrecida con la escarcha,
triste noviembre de la nueva triste.....

Nace diciembre. Alfonso, la morisma
acorrando va. Blanca le escuda
con escudo de amores y plegarias,
y en paz, callada en la piedad del campo.
trajina Irón aterecida. Cortas
las horas son de luz y de fatiga,
las de las sombras y el descanso largas.

Mes de diciembre, el del crespón volante
 de lluvias que exasperan al torrente;
 el del hielo que enchapa el perezoso
 curso del río y estiliza muertas
 flores de invierno; el de la nieve cándida,
 que chispeando teje de blancura
 tapiz al mundo, ven a Irón, la aldea
 arrebuada en chales de neblina;
 triste sin luz, sin pájaros, sin flores,
 sin el rumor del mundo que germina.....
 pero, diciembre, ven; trae las Pascuas
 que anuncian los clarines corraleros,
 con su primer balido los corderos
 y con su último canto los cochinos.
 ¡Albricias! ya llegaron las matanzas,
 ya se alegran los buenos campesinos.

En la zahurda pestilente engorda
 el cerdo, sus mantecas arrastrando,
 y ahito, regruñendo, resoplando,
 ¡envidiada labor! pasa la vida.

Hoy llama el cortador en la Casona;
 el reo está en capilla y no hay indulto.
 Gran auto será aquel; la gente afluye.

- Anda Dios, ¿qué sucede en la pocilga?
- Que no quiere salir, que está contento.
- Buen pájaro, mucho asco de este mundo.
- Que ya vienen, ya vienen.

—¡Vaya gaita!
¡Cómo berrea ese animal!

—Quedría
vivir viembre. ¿Y nosotros?

—Gruñe casi
que ni le matasen, y le sacan
en vilo en la silleta de la reina.....

Ya está, largo como es, sobre la banca.
Cogida el halda, arremangado el brazo,
encendida la faz la cocinera,
baja con el barreño a la cadera.

Afila la cuchilla el matarife,
palpa el macizo cuello, y en la vida
húndese la hoja fría, y cala y sonda
el calor animal y el chorro alumbra
de la sangre que mana a borbotones,
vaporeando. Aterran los gruñidos
por escalas, asordan. Miserable,
puedes gruñir, mas no salvar la vida.

Enmudeció por siempre. Ante la puerta
se le encubre con heno; prende el fósforo
y en leve purgatorio le chamuscan.
Va la pavesa en alas de la brisa,
en torno se calientan los mirones,
corre el porrón y estalla la sonrisa.

Ya pende de una viga en la bodega,
crucificado boca abajo, abierto.

Huele a tostón y a sangre; se relame
 los labios, oliscando inquieto, el gato,
 y al León, que dormita a la cadena,
 quimérico sabor presta el olfato.

Comienzan las labores de provecho
 gratas a la mujer. En la campana,
 entre llamas de cepas y sarmientos,
 impera la caldera de ancha boca,
 montada en la alta trébede; restallan
 las chispas remontándose al espacio
 por el cañón de hollín; la tripa henchida
 zambúllese en la mar que burbujea,
 y boga en la caldera, cual barquilla
 ya hundida, ya a flor de agua, la morcilla.

¡Ah! ¿quién, de niño, no activó las llamas
 velando a los rumores de la olla?
 ¿Quién no pinchó la flotadora ampolla?
 ¿Quién no fisgó los paños que envolvían
 la tentadora desnudez de mora,
 recién salida de la terma hirviente,
 trocada la color, y acariciándola
 no tuvo un buen sabor anticipado?
 Blanca, niños de Irón, decid que invento;
 que os calumnio jurad, jurad que miento.

¿Y cuando los peones, a cuchillo,
 majan en tabla rasa el picadillo
 y el son recunde y el olor divaga?

De rojo pimentón y otras especias
se espolvorea el magro, y taja y maja,
ya está picado. Aplícase al embudo
el flácido intestino transparente
que enrojece el adobo, cual colora
el tornasol la vítrea pipeta.

Verdad son los chorizos. ¡Fuera susto!
Quien sabe lo que come, come a gusto.

Vísperas y antes de la Noche Buena,
pinjantes de la rústica campana,
sitial inspirador de los abuelos,
se curan con el humo los perniles,
y en el varal la sahumada mina
de los chorizos y morcillas pende,
como fruta pascual de la cocina.

Se reanima el vivir. En todo albergue
rebose el corazón. ¿Quién no se alegra,
si está provista la despensa rústica,
y en el desván hay uvas, viejecitas
de genio con la edad dulcificado,
y se ceba el capón enmudecido,
y el pavón de los gallos mal mirado;
y ponen las gallinas picoterías,
y hay dulce miel del colmenar castrado,
y en el establo balan los corderos,
y hay vino añejo en la insonora cuba,
y hay trigo candeal en los graneros?

Ya en burro remolón lleva al molino
la fanega de trigo la ironesa.

Entra el agua en la cóncava canal;

la aceña rueda, el molinero silba;

ya es blanca harina el rubio candeal.

Ya se pone a cerner. En ancha artesa
agitando el tamiz de los horneros,

de pie, tocada la gentil cabeza,

desnudo el lácteo brazo de un hoyuelo,

florece la doncella, levantando

la leve polvorilla del cozuelo

que blanquea el carcaj de sus pestañas,

da albores a su faz, flota en el aire

y opaca las sutiles telarañas.

¡Estas sí son labores mujeriles!

Airosa amasa a brazo en la masera

la morena mujer. La levadura

da fermento a la masa, y en un cesto

en la cabeza la transporta al horno,

un brazo vuelto al cesto, el otro en jarras

como ánfora vivaz, oriente el pecho,

juncal, volapisando pisandera,

como el aguzanieve en la ribera.

El horno está infernal. El combustible

seco chisporrotea, y grato aroma

por todo el vecindario se difunde

de carrascas y boj. Las tortas hechas,

entra y sale la pala; el fuego lame
 la enladrillada bóveda, y se cuece
 el pan del labrador, el pan divino,
 que hace de niños hombres, hombres fuertes,
 por el pan, para el pan, para la tierra.

Entra y sale la pala, cede el fuego.
 Al ausentarse el sol de ambas Castillas,
 trasciende el techo a pan como rosquillas.

Al sol cadente de la Noche Buena,
 Blanca con sus amigas terminaba
 el portalillo de Belén: la cueva
 de corcho y musgo; en medio, el Santo Niño,
 los padres adorando, el buey, la mula
 y blancos corderillos atreviéndose
 con las veces del hombre. Y retocando
 las manos de mujer, una figura
 adelantaba y retrasaba otra,
 y cogía al infante de la cuna
 y le besaba el pie y la linda cara
 y todas le besaban una a una.

Ya en la sombra pascual pasa la ronda,
 suena el hierrillo, la zambomba zumba,
 se afinan las bandurrias y guitarras,
 y en las queridas puertas que lo esperan
 saltan las coplas aludiendo al día.
 Y una y mil veces, por las mismas calles,
 pasan los mozos con el son, y pasan

hasta que en el reloj las doce dan.

Toca a misa del gallo el sacristán.

Navidad, Navidad, la de la aldea,
que abunda un día al año; la del pobre
cortesano de Dios en la chozuela;

la del puro, el sencillo y los pastores

que besan con amor el pie del Niño,
que besaron con fe nuestros mayores.

Navidad, Navidad, cielo es la tierra

y Niño Dios. Irón, teje la cuna

de pajuelas de olor, campestre y tosca.

Nace en pobreza Dios. ¡Albricias! pobres;

venid y vedle pobre, tiritando,

sin blanda cuna, en míseros pañales,

bajo el colgante pabellón de telas

de araña, poco y vil para animales.

El año muere triste; triste nace

el año, disfrazando de pureza

la campiña sin voz y sin aliento,

como cadáver. Vivo resbalando

en el sudario el resplandor deslumbra;

la pupila se encoge; viene a menos

el placer estridente y boğa el ánimo

en bonanza; los hombres son más buenos.

Mañanita de enero. Sol. Y Blanca

escribiendo a su novio. Y dale, y dale,

ris-rás, firmó. ¡Más bien salió la firma!

Alzó los pliegos, enarcó las rectas
 de las cejas, hundió los negros ojos,
 erigió el grácil cuello, movió el labio
 y leyó. Dos hoyuelos las mejillas
 abrían sonriendo. ¡Más graciosa
 la felicitación....! «Nada te envió;
 ven tú por ello, antes de hacerte viejo».
 Mas ¡ay! nublóse el sol de la sonrisa.
 «Que ella se iba afeando (embusterona)
 desesperando. Ya si no volvía,
 más quería morirse..... Lo asquerosos
 esos infieles sin rendirse nunca.....
 Sólo por él era feliz, por fiel,
 porque le amaba a ella tan de lejos,
 como de lejos le amaba ella a él.....»
 Besó la carta y la encerró en el sobre.

Ino entró alborotada, alborotando.
 —Anda niña, defiende y llama hermoso
 a tu León, ¡hermoso cuajo tiene!
 Caerse del fogón un palomino
 pelado y ¿tú le has visto? Todo entero
 se le zampó, cual traga la saliva.
 Hija ¡qué malas mañas, qué descarol!
 Si había que matarle, sale caro,
 Mohino, cabizbajo, recogido
 el airón de la cola, penitente,
 entró el León a confesar su culpa

y humillóse a los pies del ama buena.

—¡Pobre León! no quieren que te huelgues alguna vez con sustancioso plato; y le besó mimosa. Alzóse el perro con el perdón, raboteando; encima las manazas le echó; aulló de gozo y la besó en la rósea mejilla, respondiendo a los besos de la bella. ¡Oh León, qué envidiable era tu estrella!

Blanca cogió un pañuelo, y con el aya subió al desván, en cuya escuadra izquierda se abría el palomar a la campiña. Palomas revolar en chirreando el portillo. En el fondo de los nichos se encogía el pichón empapuzado; las madres enfocaban un ojuelo, recelosas, a Ino, que escogía el par más mantecoso, mientras Blanca blanqueaba paloma entre palomas.

Y eran legión. Volvían de los vientos, los vientos azotando; de las siembras que riega tardo, serpeante el río; de la empinada loma, donde pasta el cabrerío retozón, sin rumbo desparramándose; del sol, del cielo, de aquí y de allá, los vientos azotando.

Posábanse en sus hombros, en sus palmas,

posábanse en su sien, cándida sede
 de pensamientos cándidos, y acróbatas,
 se descolgaban a comer del labio
 que pan brindaba, como flor su néctar.
 Mas ¡cuán a tiempo se cubrió el cabello!
 porque todas, las blancas y las grises,
 las de destellos, las de pintas motas,
 tal confianza todas, que sobre ella
 posábanse a exponer, las inocentes,
 surtida colección de terracotas.

Esto y coser, pagarles a los padres
 la bondad con cariños, ser más buena
 y activar un amor con mil recuerdos,
 mientras bordabas sedas y brocados,
 eran tus únicos afanes, Blanca,
 en la triste estación, ya que caían,
 como insectos sin ánima, los ampos,
 enluciendo los brotes de los campos.

¿Quién tiene afán, si en el hogar hay trigo
 y arde en el llar perenne fogarada?

La vida en la Casona era la vida
 a la sombra de Dios; el centro, Blanca.
 En torno, amante y cuidadoso el padre;
 santa la madre y cariñosa; en torno
 Ino, la ancila fiel, la servidumbre,
 la hacienda y las faenas que hacen buenos,
 los tiestos, el canario, el perro y gato,

los caballos, la Perla, las gallinas,
y las mansas palomas y corderos,
los seres más queridos de la bella.
por ser de un mismo parecer con ella.

¡Cuántas veces, en días invernales,
bajaba a conocer a la familia,
a diario acrecentada. En los pesebres,
que dan vuelta al establo, las ovejas
defienden sus reales de conquista,
la mirada de tedio en las troneras
que achica la nevada. Atropellándose
en el claro central, los recentales
trotran en escuadrón, todos amigos.
«Alto» y se para la caballería.

«Sus» y al galope, tremolando el rabo,
como bandera de bajel en popa,
triscando van, dichosos como niños,
que imitan las maniobras de la tropa.
¡Qué dispararse en botes repentinos,
sin mirar la distancia ni el obstáculo!
¡Qué echar las patas con distinto rumbo!
¡Qué imprevisto caer, qué espatarrarse!

En tanto las ovejas, en la rumia,
contemplan la acrobacia embelesadas,
cual abuela el progreso de los nietos.
Balan las madres, los corderos balan,
dispersándose en busca de la leche.

¡Con qué cariño se la brindan ellas!

Aquí viene la cría temblorosa,
que ha perdido la pista de la madre;
se arrima olfateando a ésta, aquélla
que besa a su mamón, y por el suelo
el tierno intruso rueda al golpe de ella.
«Voy», gime. «Ven», más lejos le responden.
Guiado del balido que conoce,
llega a la oveja, que le sale al paso
y le besa, diciéndole a su modo:
«¡Pobre hijo mío! ¿quién te pega a tí?
¿Y quién te quiere a tí más que tu madre?
¡Ea! a mamar y no te vas de aquí».

La teta embiste hasta que el chorro salta
y queda embebecido y olvidado
del topetazo de un amor celante
y aun de su rabo que en el aire queda
como látigo enhiesto en el pescante.

Blanca bajaba a veces al establo
a conocer a la novel familia
y a ver a los corderos preferidos,
a los que daba nombres apropiados,
«Lucero», «Picaflor» y otras ternezas.

Llamábalos y al nombre respondiendo,
la fimbria de la falda la cogían
y movían el morro rechupando.
Ella reir y amar tanta inocencia,

y alzábalos en brazos, y juntaba
 su blanca cara con la blanca de ellos
 y sonaba un arrullo en los corrales.
 «Buena madre será para sus hijos»,
 decía el mayoral a los zagales.

A veces incitaba a la carrera,
 bella cordera a los corderos bellos.
 ¡Oh, qué escuadrones, qué trotar en torno
 del pesebre central! Bella pastora
 al rezagado le tomaba en brazos
 y corría lanzándole a los aires,
 o le hacía la cuna del regazo.

Entonces, al desgaire los cabellos,
 volvía a sus labores; mas la madre,
 saliéndola al encuentro, la increpaba:

—Pero hija, poco juicio, ten cordura.
 ¿Cuándo vas a dejar de ser chiquilla
 y de cansar a los corderos mansos?
 ¡Quita, por Dios, que apestas a corral!

Y la hija con deajo zalamero,
 «No lo haré más, si te parece mal».
 Y sitiaba a su madre por caricias,
 besándola en los labios y en la frente,
 y anudándole al cuello entrambos brazos
 «¡Qué bien huele, mamá! ¿ves qué bien huele?»
 «Poco juicio», la madre repetía,
 y el cariñoso padre sonreía.

Reanudó su bordar. Los albos copos, cual duendes tapiceros, trasteaban volanderines Hebras enhebrando de seda en las agujas, abatía la frente, y en el ocio de la idea su ángel la susurraba en los oídos del alma, amores castos, ansias puras, y gustaba dulzores trasmundanos, dando ser a azucenas y anagramas con la nívea magia de sus manos.

Entonces, atronando la mañana, ladró el León, y a su ladrido ronco pavorecía un pobre mendigando: «Una limosna por amor de Dios.»

Cayósele a la hermosa de los dedos el punzón y las sedas, y una hilacha cayó en la paz del corazón. Los ojos por el alto balcón volviendo al día, movió como una diosa la cabeza.

¡Con estos fríos! ¡Chapoteando lodos!
¡Hurgando así la compasión del rico,
no siempre compasivo, y asustando
como un sacamantecas a los niños!
Recontará a su paso las gallinas
la vieja mal pensada, o en sigilo
correrá el cerrojote carcelero.
¡Pobrel expuesto al mordisco de los canes,

que ladran con inquina al pordiosero.....
 Algún día en su casa abundaría
 casero pan, que hastiaría al dogo.
 Tal vez la madre le diría:
 «Dale del pan al pobre, ¡oh hijo mío!
 dale del pan. Dios quiera que no falte».

Bajó al portal, la mente cavilosa,
 «Buenos días, hermano», y sorteando
 la nieve, le condujo a la cabaña
 y mullóle de paja blando lecho.

Volvióse a la cocina y en la lumbre
 calzó la olla de barro con el seso;
 picó patatas, activó las llamas,
 echó lomo y chorizo, aderezólo,
 y en la cabaña apareció, fulgente
 con el bien de su risa, pan y vino.
 Cerca sentóse y conversar le daba
 de todas las tristezas del camino.

—Pobre era el campo, tristes las aldeas.....

—¿Tristes? Por Dios, seránlo para el triste,
 que huyendo del trabajo, no del hambre,
 es infiel al solar de sus abuelos.
 Los campos dilatados se despueblan
 y en la estrecha ciudad se hacina el hombre,
 cual si fuera mejor la negra mina
 que el azul infinito de los campos;
 el humo de los hornos y las fábricas

que el aroma de espliegos y tomillos;
del torno urgente el trepidar siniestro
que el cantar de pinzones y pardillos;
su falso pan que el nutritivo nuestro.
Tal vez ruínosa la salud, de joven,
se acordaría en la ciudad insana
de la heredad de sus abuelos, muertos
de vejez en la aldea castellana.....

Hablaba la mujer, callaba el hombre.
Con la comida había recobrado
calor vital y fuerzas; el hatillo
a los hombros se echó; siguió su ruta.

Blanca, sintiendo en su interior pagada
la limosna del pan y buen consejo,
reanudó su bordar. Los albos copos,
cual dientes tapiceros, trasteaban
volanderines. Hebras enhebrando
de seda en las agujas, abatía
la frente, y en el ocio de la idea
su ángel la susurraba, en los oídos
del alma, amores castos, ansias puras,
y gustaba dulzores trasmundanos,
dando ser a azucenas y anagramas
con la nívea magia de sus manos.

Albos, leves, caían en bandadas,
como insectos sin ánima, los ampos,
enluciendo los brotes de los campos.....

CANTO NOVENO

que el aroma de cedrones y romillos,
 del toro orgullo de torpedes diestras
 que el rumor de gacozos y gacillos
 se talan por que el arroyo nuestro
 Tal vez cuando la salud de joven
 se acordaba en la ciudad romana
 de la heredad de sus abuelos, muertos
 de velar en la aldea castellana.

Habíala la mujer, callaba al hombre,
 Con la comida había celebrado
 calor vital y fuerza el ballesta
 a los hombres se achó sigilo en ruta.

Blanca, cuando en un lejano pueblo
 la memoria del pan y hueso consueja
 rememoró se hundir. Los albos copos
 cual diente caído, caído
 volaba dentro. Había se delirando
 de vida en las espigas, abría
 la frente y en el ocio de la idea
 se hundía en el mundo, en las cides
 del alma, añorando estos, añorando
 y gustaba delirando, transportando
 dando ser a palabras y anagramas
 con la rima orgullo de sus mentes.

Albos levea talen en hundidos,
 como flocos de nieve, los arcos
 embucando los breros de los campos.

A LOS SEÑORES DIFERENTES MONTA-
ÑANOS Y MIA, HISTORIADOR Y MONTAÑA

SUMARIO: PASA EL INVIERNO. LA PLANA MENOR.
SINIESTROS PRENUNCIOS. LA CAZA DEL RAPOSO. EL
MONUMENTO. DÍAS DE MISTERIO. VENGAR A DIOS.
LA TARASCA. LA PASCUA Y LA PRIMAVERA. CULE-
BRAS. LA CARTA. ALEGRÍAS AQUÍ. LLOROS ALLÁ.
MUERE ALFONSO.

Salta a la vista la victoria de la Corona, que
leona, odiosa, pisanca, rancia, rancia, rancia,
por sus calles y bartidos a los pollitos pisanca,
pisanca, pisanca, pisanca, pisanca, pisanca, pisanca,

SUMARIO. PARA EL INTERNO. LA NAMA NENA.
SINTESES HISTORICAS. LA TALA DEL BOSQUE. EL
MOVIMIENTO. DONDE MISTERIO. VERDAD A DICE
LA TALA. LA PABLO Y LA PRIMERA. CUBA
DE LA COSTA. ALGUNOS ASES. LOSOS ASES.
MORTE ALGUNOS.

A LOS ILUSTRES HISPANÓFILOS NORTE-
AMERICANOS MRS. HUTINGTON Y MOORE.

Ya, ya se iba de la campiña el invierno, como rentero arrojado de la tierra en que asentó, a paso tardo, volviendo atrás la cabeza. Se iba de mala gana en los días de marzo, cuando las primeras auroras tibias se abrían sobre los verdorines del trigo que ahijaba en la creciente de los días clareantes; cuando la cigüeña de San Blas «majaba el ajo» en las alturas del campanil; cuando el hervor de la sangre nueva despertaba a deshora a los perros guardianes; ya que rompía en la aldea la trompetería a la puja de los gallos retadores, el arrullo de los palomos encelados y el tintineo de esquilas por centenadas, de balidos por millaradas a las puertas del alba, en tocando a diana la cuerna pastoral.

Salía a la mañana la clueca de la Casona, solemne, celante, picando, carraqueando, pastoreando por esas calles y barrizales a los pollitos pianderos, primorosos como animados copos de pluma de co-

lores. Alocadillos tejían ellos sus andares, ya que habían picado la sopa en vino que Ino les sirviera. Ahora la clueca les pastoreaba. ¡Zís! un escobazo a diestro con la una pata; ¡zás! otro a siniestro con la otra. Y la pollada dispersa afluía pativolando al reclamo de las maternas voces. Y así desde el abrirse el día hasta cerrar la tarde, cuando caen de los montes altos los escalofríos de las sombras. Alzábese entonces un pío-pío en la corraleja en horas de acampar. Acurrucada la clueca, esponjaba el plumerío, por donde, internándose, quedaban los pollitos, como colonias de avispas se recoge en la colmena, péndula en el bosque, como el pasaje de un navío se retira a los camarotes.

Normal y tranquilo era el vivir en la Casona para la plana menor de la familia. Y para la plana mayor. Allí en claridad de ambiente, el bondadoso padre celando la hacienda, la casta madre cuidando la casa, Ino y la servidumbre procurando el bienestar de la familia. Allí Blanca, fomentando el cariño de los unos para con los otros; tan amable en su belleza, que se recataba, y en su bondad, que se expandía; amable en su júbilo de siempre y en su melancolía de ahora, cuando el desengaño había caído en su alma como lastre que retardaba la risa en sus labios y tornaba más grave y espiritual lo aéreo de su carácter.

Pero ¿qué pecados había ella cometido? Porque ¡ay Dios! si llevaba qué sé yo cuánto tiempo esperando, esperando; y allá lejotes su amor, meses y meses en los peligros de vanguardia, sin volver nunca. ¿Pero iba a concluir alguna vez aquello, Señor? ¿Y por qué presentía ella muertes y luto de corazón? ¡Ay madre! gemía en sus silencios interiores o interrumpía de pronto su labor, arrebatada por lo siniestro de los prenuncios. Y luego siempre salían ciertos sus presentimientos, ¡qué dolor! ¡Ay, si estaba escrito allá arriba! Pues vivir sin él, eso ¿cómo? Mejor era morir. Y con una resignada tristeza veía morir en visión, como una de sus florecillas asfixiada en el rigor de la canícula. ¡Ea! mejor morir..... ¡Ay! que no Virgen Santa, que de buena que era se le guardaría incólume. ¡Oh, cuánto la obsequiarían juntos los dos! ¡Cuántos altares la adornarían! ¿Quiénes más felices que ellos en estos menesteres?

Pero la Virgen también tenía el corazón pasado por duros puñales. ¡Y tan inmaculada! ¿Y no tendría que seguirla ella en dolor y amargura? Bueno, Santa Madre, te seguiría con el alma, así se desgarrase el corazón, que sí se desgarraría.

Blanca, paloma ¿pero que áspid tan venenoso albergabas en tu ser, que así maleficiaba el brillo de tus ojos y el rosicler de la cara? «Andas palidu-

cha, hija mía. «¿Qué tienes?», la preguntaban los padres solícitos. «Andas paliducha, querida», la repetían las amigas. ¡Ay! y ella como que sonreía, y así, pálida y como sonriente, estaba que componía los afectos, estaba, si cabe, muy más bella.

Y el invierno de aquel año iba que se iba de Irón con muy malas maneras. Cuidado con él, que ya la tibieza ambiente infundía ardores de vida nueva a las aves y aún se empeñaba él que quería más nevar. Y nevó. ¡Dios santo lo que nevó a fines de marzo, tres días sin parar! Gracias a que el sol abrileno se empeñó también en calentar, y a los dos días blanquinegreaban los campos, que si no.....

Ojos lince, que nunca faltan, vieron en aquellas madrugadas el rastro del raposo en la nieve. Y había rondado la Casona. Fama y bien merecida que tenían sus polladas. La asamblea de los mozos convocó a cortes extraordinarias en una bodega a la mano de Dios y de la canilla. Que si hoy mejor que mañana, que si mejor que mañana era hoy; que si el raposo repetiría, que si no dejaría de repetir. Empeñada fué la discusión porque..... todos decían lo mismo. ¡Y así se gobiernan los pueblos! En resumen, concluyeron y aprobaron que aquella noche volvería el raposo, que tenía que volver, y había que apercibirle el recibimiento. Táles buscarían mortecino por el pueblo; cuáles darían el escope-

tazo, y cuáles otros se encargarían de la merienda. Y se cató el chacolí nuevo y se levantó la sesión.

Se encontró mortecino. La víspera se le había muerto de pepita al cortador la mejor de las gallinas, a decir de la cortadora. Allí en un muladar la encontraron, pasadilla que trascendía. De anochecida, para tenerlo más en secreto, dos mozos arrastraron la gallina muerta alrededor del pueblo. Bajase el raposo de donde bajase, entraría en el campo del cerco, y ya en él, olfateando, rastreando, no pararía hasta la calleja de la Casona, en donde le esperarían emboscados los dos mejores escopeteros de Irón.

Apostáronse los tiradores. En la oscuridad de aquella noche de nieblas, llevado por el rastro, enfiló el animal la calleja de la Casona, receloso, vacilante, pero acuciado por el cebo, que, a medio tiro de barra, pendía de la pared. Decidióse al fin; alzóse de manos sobre el muro, hizo presa, mas relumbró en la calleja un fogonazo, y el raposo, con un braceo espasmódico, cayó de espaldas, atravesada la cabeza por el plomo.

¡Madre de Dios!, la alegría de la gente moza en cuanto se hizo la luz. Expuesto estaba el dañino en el zaguán de la Casona a los ojos y a las lenguas comentadoras.

—¡Y que es una real pieza!

—¡Qué cara tan triste pones, hombre! ¿Se te figuraba que no había sino bajar del monte por las zancas de nuestros pollos?

—¡Aprovechao! En casa les tenemos y apenas los catamos.

A Blanca le había robado los ojos el hermoso ejemplar. ¡Ah lástima! ¿Por qué no le habrían cazado vivo? ¡Precioso que era! Y cogiéndole con las manos, le miraba fijamente a los ojos sin luz y cosas le decía. A los movimientos hacía él visajes de muerto, pero no le tenía ella miedo, ¡bah! Desde luego se quedaba con la piel y la pagaría como nadie. Para sí, para su alcoba la quería. Entonces intervino el Patriarca y ofreció a los mozos todo el vino que fuese menester para la merienda. La esposa prometió el pan y el guiso. Allí en la cabaña la podían celebrar el domingo de los Ramos que venía. Hubo sonar de pitos y zapatetas allí.

Llevando al raposo en alto como santón, recorrieron los mozos las casas del vecindario. ¡Albricias! Los gallineros de Irón tenían un enemigo menos. ¿Quién no tenía que agradecer el servicio? Cada uno de los vecinos, según sus posibles, daba huevos, chorizo, confituras y hasta la pesetilla, que al salir de la noche del bolsón relucía como una estrella.

Y se celebró la merienda en la tarde del domin-

go de Palmas, y más de uno vió tres o cuatro donde no había más de dos.

Fué aquello un relámpago de brillo fugaz en la pátina de aquellos días de pasión. Enlutábase el sol de España. Y los ánimos. Redimiáse de ideas de holgorio el pensamiento cristiano. Había más que nunca paz en la aldea, y caridad en los corazones. Ni riñas, ni chismorreos.

En la parroquia aprestaban las manos habilidosas para la obra del monumento Blanca y las amiguitas, cándidas y puras. Los altares llevaron todos antes un zurrido de plumero. ¡Qué barbaridad! Si no se veían del polvo que levantaron, polvo de santidad que esfumaba los graciosos contornos, como desdibuja la niebla los pormenores del panorama.

Armarios y cajonerías mostraban sus secretos a la luz. Ropas venerandas, olorosas a ancianidad sin manchilla, recibían el obsequio de aquellos dedos cuidadosos. ¡Y que no lo agradecían ellas! También y que el sol las embistiese con sus rayos, avivándolas con destellos de transfiguración.

Los labriegos todos prestaban con desprendimiento sus alhajuelas de mérito. Hasta dos cabezas de ciervo de pomposa arboladura trajo Amparo. Y había que ponerlas. ¡Pues no que no! Macetas, candelabros ni uno quedó en la Casona. No había llevado Blanca el Pelusines, en su jaulita dorada, para

que entretuviere con sus trinos al Señor, porque al bueno de D. Pedrito no le pareció prudente la novedad. Pero ofrecido estaba. Y cantar cantaría el pajarillo; eso lo prometía ella, que bien le conocía.

Pues y encendiéndose que se encendió el monumento en la mañana del Jueves Santo, un respiro de satisfacción se escapó de todos los pechos. ¡Aah! Y que no le tendría tan magnífico ninguno de los pueblos circunvecinos. Y mozos hubo que después de los oficios se lanzaron a comprobarlo en todas direcciones por la rosa de los vientos. El mismísimo de Miranda, dijeron de vuelta, no le iba delante.

Y en el misterio de aquellos días sublimes desencajaba la faz de la tierra una tristeza de desamparo. Sentíase el luto de la campiña, el dolor del ambiente, el llanto de la naturaleza acongojada, la bruma espiritual que envolvía el mundo de las almas. ¿Quién no sintió de niño, y la retiene en la fantasía como una estampa sagrada, la visión de aquellos días de recogimiento y penitencia? Aquellas continuas visitas al Sacramento, y aquellos oficios de Viernes Santo que sonaban a funerales de Dios; el comentario del viejo párroco a las palabras de Cristo moribundo en la cruz; la procesión del entierro con los penitentes descalzos, abrumados por el peso de las cruces; la Dolorosa, que paseaba su congoja con aquellas lágrimas en los ojos y

aquellos puñales en el corazón, y luego el Redentor yacente, sacrificado como un cordero por la maldad nuestra.....

La imaginación infantil, la razón de muchas cosas escudriñaba en aquel silencio de soledad. Por qué callarían en el campanario las campanas, la campanilla en el altar; por qué brotarían pálidas como de pasión las flores abiertas a las caricias de abril; por qué no cantarían los pájaros, ya entonces enardecidos de pasión y tal vez atareados en su anidar; por qué no rondarían los mozos en aquellas noches sedeñas de un inquieto avivarse el esmalte azul. Por qué no bebían los hombres; por qué no murmuraban las mujeres; por qué de la taciturna mesa se levantaba ayuna la familia, y los animales domésticos alborotaban los establos, pidiendo más ración; por qué aquella desolación en los cielos y en las tierras y aquel silencio de soledad en la aldea tan sólo interrumpido por el rodar de las oleadas del viento, el caer tumultuoso del río acrecentado por los hielos desatados de la sierra y tal vez por el canto a media voz de la doncella, cuyo acento plañidero ahondaba en el alma con filo desgarrador:

«Ya bajan las golondrinas

a quitarle las espinas;

ya bajan los ruseñores

a quitarle los dolores.»

Era la tarde del Viernes Santo. La muerte de Cristo, contada por el venerable párroco, había entristecido a los niños ironeses, que en el pórtico de la parroquia murmuraban de judíos, duendes y brujas en un deseo indefinible de venganza.

—Bah, qué duendes ni qué brujas.

—Haylos que sí; que se lo he oído a mi madre. Hay uno bueno, doméstico y hacendoso, que barre la cocina, friega, espuma la olla, acalla al niño y vive en la cuadra del sorbo de leche que ordeña a la burra o a la cabra.

—Anda pos eso cierto es, que esta mañana mi madre al levantarse encontró la cocina arreglada y lo tenía todo revuelto como suele. Y a veces mientras hace las camas, le espuma alguno el puchero, que a mí me ha preguntado muchas veces si he sido yo.

—Pos ten cuidado con ese, que es vengativo, y si le tachas en algo, te pone el pie para que tropieces, o te detiene la puerta para que te des de hocicos al entrar.

—Anda, mecachis, pues entonces eso fué. Miá este portillo que tengo en la boca. ¿Le ves, le véis? Fué de eso. Abrí la puerta de la despensa lo suficiente pa entrar y con el canto me di de morros, que me se saltó un diente y me remosté las narices. ¡Una de sangre.....! El duende fué, maldito de él.

—Más miedo me da a mí de las brujas. ¿Conocisteis a la Tarascona aquella? Más mala era.... Un día de colada va la tía Simona y que no puede colar. Había tenido unas palabras con la bruja, hasta tirarla del moño. La Simona que se lo sospecha va con otros en ca de la Tarasca y la traen maniatada allí de junto a la caldera. Amiguitos, ella que ve aquello, hace así, así, con los ojos y fundió la colada y todo sansecoló.

—La tía bruja ¿eh?

—¿Pues otro día, de noche, que el tío Gorio arreó un trastazo al gato de la Tarasca, que mayaba, mayaba que no había quién dormir? Pos a la mañana siguiente el gato como si nada, y a la bruja en cambio, con la cabeza vendada la vieron, y un chichón tamaño así del mamporro, que mi madre lo vió.

—Debíamos vengar a Dios. ¿Queréis?

—¿Como el día aquel que «apedreemos» a la brujería de la Casa Maldita? Anda, sí.

—¿Os atrevéis? Pos amos allá.

Los ojos volviéronse hacia un punto definido y el infantil ejército movió para la batalla. Amenazando con los puños iban, valentísimos. Porque yo. Pos yo.....

Allí estaba la Casa Maldita en el extremo sur de Irón. Era una vivienda en ruinas, por cuyos

boquetes murales se adivinaban sombríos interiores. Una huída de la noche a la mañana del arruinado rentero, víctima de la sequía, las gabelas y la usura; el comentario de la comadre de lengua enredadora ilustrado ante el público con un lujo de cruces y jaculatorias; techos desconchados por los goterones, que se desploman; muros agrietados por el temporal, que se desmoronan; bastiones ennegrecidos de las fogatas de trashumantes que en noche inverniza hallaron allí albergue y acomodo; ventanas y puertas desvencijadas de las pedreas infantiles; en el jardín que fué, la enredadera asaltando los pisos cuarteados, las hortigas de punzante resquemor, las malvas codiciadas de la abeja industriosa y dos higuerones haciendo un sombrero en un rincón; las parietarias de amarilla flor y el pan de pájaro en las vetustas tapias; los vampiros, caballos de los duendes, que pasan el día claro en la oscuridad de la casa; el desamparo, la privación de la vida, algo que pesa sobre las ruinas como maldición de lo alto, y el delirante empeño de un pueblo agorero, todo eso dió vida en Irón a la Casa Maldita, altos palacios del Pesadillo, azote de los hogares que mezcla el trigo con la cebada, vuelca los pucheros, esconde un zapato o un calcetín, apaga el fuego y la luz y muda los muebles; del Sumicín, el travieso cierrapuestas, que pasa su mano de hielo

por la cara y llama con voz de lamento por el ojo de la cerradura; del Bu y del Coco, espantos de los niños llorones, que en oyendo tales nombres se sorben las lágrimas mirando a la puerta con ojos espantados, y de las brujas de los contornos, las dañinas que dan mal de ojo a los chiquillos y aflojan el vientre de las vacas, o matan de moquillo a los perros vigilantes. Allí tenía toda esa buena gente sus altos palacios.

El infantil ejército movíase cauteloso, como en tierras de enemigos. Varias veces se pararon, comentando, avizorando. La fétida abubilla alzó el vuelo al nogal del camino. Los gorriones parlanchines revolaron a los aleros, y de los aleros a los olmos ribereños.

Uno, el primero de todos, embocó un morrillo por una ventana y comenzó la pedrea. Por los boquetes adentro caían tejuelas y pedruscos produciendo un estruendo pavoroso y hueco en los tillados interiores.

Un gatazo negro, que en paciente emboscada acechaba una cueva de ratones, decidió la batalla, porque esquivando una peladilla, que le fué a los alcances, saltó bufando por las tapias, y huyeron los valientes sin parar hasta ponerse al arrimo de sus madres. Besando la cruz de los pulgares, juraron que les había corrido un duende blanco. ¡Horror!

Y clareaban ya los cielos en la alegría pascual. ¡Aleluya! Y saltaba un viento renovador en la sobrehaz de los campos y en el fondo de las almas. ¡Aleluya, aleluya! Lucía el sol como en los días de la Creación, como si el Divino Hacedor le hubiera dado un baño nuevo de luz. Así también lucían la luna, las estrellas y los asteroides, que en la noche paseaban por los ámbitos azules sus misteriosos destellos. Desatados los hielos, precipitábanse los ríos en crecida, esmaltando los ribazos de lirios, dragoncillos y margaritas. Reventaban las yemas de los árboles, que fulguraban en la diafanidad solar con verdores de fosforescencias. Reflorección los frutales: los almendros primero, los guindos de enlucido ramaje, los perales, los manzanos, los melocotoneros; todos se cuajaban de florecillas, levantando en la lejanía unas como glorietas de nieve, de rosa, de rubíes, propicias al amor de los pajarrillos. Retoñaban también aquellos nudosos palitroques de la rosaleda, desnudos como esqueletos, y se enderezaban entre los verdores unas cabecitas que la luz modelaba y decoraba rizándolas como amables estrellitas de los vergeles.

Rompía entonces en un andante vivo la orquesta de las aves cantoras: los colorines de los peralillos, la calandria de los cardos, la codorniz del trigo, la oropéndola del bosque, el casero gorrión;

todos los que desde los valles hasta la sierra cantaban a la novia que redondeaba el nido, alisando el interior con pico y cola, en un girar de peonza sobre los pies. De los establos, entenebrecidos por la invernada, salían al pastoreo con el empuje de las aguas, rotos los diques, los rebaños lanígeros, repiqueteando por centenares las esquilas argentinas y los cencerros quejumbrosos.

El palomar y los corrales poblábanse de hondos arrullos y agudos piares de amor. En el picacho mataba sus ocios el cabrero, ensayando una cañafistula, en la que a navaja grabara una cabeza de chivo y un rameado de toscas labores. En la escarda el mozo que sirvió al rey y buscaba ya una compañera, salida como él de los terrones, cantaba hacia allá, donde una zagala de mirada de bondad y pureza, escardaba también, encendiendo en el aire un poema con el fuego de su juventud y de sus cantos. Al carasol soltaba la espita de sus cuentos inagotables el viejo, que en luengos años vió muchos males e hizo grandes bienes.

Y en los cielos y en las tierras estallidos de luz, de colores, de armonías; el grito del agro fecundo y de la mente alígera, de la vida que imponía la renovación al mundo vestido de fiesta, porque los cielos tocaban a gloria. La primavera se abría sobre la creación, como una aurora nueva de maravilla

en el éter clarífico y en las aguas purificadas, en la campiña del pan llevar y en los anhelos de las almas.

En la delicia de la tarde pascual, Blanca, conversando con Ino en el mirador, volvía sus hermosos ojos a la alegría del mundo resurgente. Acá y allá mirando, vieron venir a Santos jubiloso. Más abajo del molino había sacado aquello a esparavel. ¿Cosa igual? Y se alejó satisfecho.

—¡Ay qué culebra tan grandel, se asustó Blanca.

—Que es una anguila mujer, rió Ino.

—¡Ah! Desde el día que en la Bojeda me siguió una culebra, las cobré gran temor. Aquel año había plaga ¿verdad?

—Sí, bien me acuerdo. Hacía mucha seca y bajaban de las rocas altas a beber al riachuelo. Algunos segadores segaron culebras entre los manojos de trigo. Se resistían a segar. Yo misma pisé una que estaba enroscada, enroscada, que parecía una torta grande.

—¡Uf, qué ascol!

—Entonces vi yo la lucha del lagarto y la culebra. Estaba aquél junto a un cardo. Ya sabrás que si no es junto a esta planta no lucha ni con un grillo.

—¡Anda qué gracial!

—Con los ojos llameantes y las fauces abiertas

mantenía él la guardia. Reptaba la culebra lentamente, zigzagueando a los lados la triangular cabeza, y en un relámpago de tiempo erguía y caía en arco sobre su enemigo, asaeteándole con el résped vibrador. Cada vez que sentía éste el agujetazo de la venenosa flechilla acogíase a picar el cardo, pero de nada le valió. Hinchado quedó como un sapo cervical, de los que ensayan su gaita al anochecer de los lluviosos días veraniegos.

—Calla, Ino, por Dios, que soñaré con las culebras asquerosas.

—Sí, sí y lanzarás esos gritos espantosos que a todos nos despiertan. Hola, mira quién viene. Carta tenemos.

¡Ay! echó a temblar la hermosa. Hacía memoria. ¿De quién podía ser entonces? De él solamente. ¿Más tristezas? ¿Más saber de heridas y peligros? ¿Ni un rayito de esperanza nunca?

Toda temblando como azogada bajó en un verbo. Para ella era. Era de él. En un verbo la leyó. El sol de la alegría nació a media tarde en el cielo de su cara. Era carta de sol primaveral, para vestir de flores el más árido corazón.

Todo se lo dijo a Ino de un tirón, sin respirar. Las tropas habían llegado a Monte Mauro. Tranquilidad en la zona. Aquello no podía durar mucho. Que preparase la canastilla de boda. Bueno, eso de

la canastilla corría de su cuenta que no era manca de manos. ¡Ay, ay, ay! Trabajo os voy a dar, dedos míos. Y ahora fuera de aquí visiones de espanto, murciélagos nocharciegos que os multiplicáis en lo recóndito de mi cabeza, afuera, afuera de aquí. Y ahora a reír, y ahora a cantar como antes. Ven aquí, bailemos un baile, Ino. La alegría es también virtud.

Y cogiéndola y besándola la arrastró por la estancia en rápido voltear de torbellino. Tapetes y cortinajes se revolaban. Y renació la primavera en el corazón de la bella y se abrieron las flores de sus risas y cantares.

Los padres solícitos pronto lo supieron todo, y de todo se alegraron. Y todos se alegraron con la carta aquella, cuando el corazón que la había escrito desfallecía ante el parapeto, sobre la tierra ensangrentada.

Blanca, Blanca, ¿y nada presentías tú, la mente cavilosa que siempre caminabas delante del futuro negro? ¿Nada, ahora nada? ¿Y aún, en tu ilusión, le entrevías hermoso, firme el andar, erguido en la vida como álamo frondoso en la vega sombreada? ¡Ay, abatido y tronchado por el huracán estaba el álamo frondoso, mujer! ¡Ah! si a través de montes y mares, te fuera dado ver la sangre generosa vaporando en la tierra estéril, la sangre aquella que a

tu recuerdo batía los pulsos con calenturas de amor y encendía en la mente ideas de ventura, ¡oh qué mal rato pasarías, corazón! ¡Oh cómo se helaría en tus labios la sonrisa, y se apagarían los luceros de esos tus ojos y anochecería el regocijo de esa tu divina cara.....! Mas todos se alegraron en la Casona con la carta aquella.

Y sucedió después de escrita una jornada de luto y de gloria en el Rif. Clarines y tambores batieron marcha al alboreo del día. Entre una lluvia de balas avanzó el soldado español a ocupar una posición ventajosa. Nubes de insectos de plomo zumbaron en todos los oídos, pero nadie precipitó el paso. Ya no brillaban las bayonetas, ya no relumbraban las espadas. Ya en el crestón del cerro, la bandera de España al viento reciamente flameaba. La patria era más grande.

El grueso de la fuerza de ataque se retiró, y Alfonso quedó al frente de una centena de valientes. Por allí, por allí se desperezaba el moro traidor y reptaba ya por los flancos del monte cual sierpe cautelosa. Avizoraba Alfonso y movía la cabeza, acariciando la espada.

A rebato el clarín. El moro a tiro estaba. «¡Fuego!». Del parapeto, denso enjambre de avispas mortíferas bajaba contra el enemigo. Muchos olvidaron el paso para siempre. Pero avanzaban otros y otros,

como se suceden las oleadas del mar, mermando el poder nuestro. Diez, veinte de nuestros soldados caían ¡qué dolor!

«Somos uno por ciento, clama el héroe. Ea, muchachos, a morir matando, por Dios y por España; son infieles». Y la cara vida despreciando, salta sobre el parapeto con el vigor y la claridad de Marte. Hombre por tiro de pistola. Hombre por ataque de espada. Cara vende la vida. ¡Victoria! Huyendo bajan los moros como cabras, ¡ah cobardes! Huyendo bajan, abandonando en la alambrada más cadáveres que vedijas de lana deja el rebaño en los espinos del cercado.

Velos el héroe, y ya puede dejarse caer en tierra. «Dios te salve, Reina y Madre de misericordia.....» Cae en tierra el doncel como los caballeros fígodalgos de España, del lado de la Cruz, contra la Media Luna, vertiendo por las heridas la sangre de la raza, vertida tantas veces en los combates de la Historia. En el ensueño del desmayo, en el desvarío de la pérdida de sangre, llevado en ansias voladoras al techo natal, tenues voces exhalaba sin alcanzar apenas a despegar los labios: «¡Madre, madre mía...!»

Madre, santa mujer de dolores, pon el seguro al corazón, inquietado ya por crueles presentimientos. Antes de anochecer hoy, anochecerá la alegría en tu alma y en tus dominios..... Y tú, la Torre, ¡ay,

ay de tí! Un nuevo luto caerá sobre la pátina secular de tus sillares y un nuevo silencio se hará en tus interiores palaciegos, donde sólo sonará el diente roedor de la carcoma en las altas techumbres. Un colono fiel, que recordará tiempos mejores, abrirá en días contados tus ventanas y balcones al sol. Y barbechará el predio de los abuelos. Y degenerarán en los establos las razas depuradas con artificio. Y se hará un retroceso en la prosperidad de la hacienda.

Y tú, Irón, mira a ver si, atravesando por tu breve recinto al trote del Lucero veloz, pasa el noble hijo dejando tras sí en los ojos campesinos un reguero de luz de gloriosas esperanzas..... Y tú, Ironcillo, a ver, a ver si le reflejas otra vez, avivándole en el cabrilleo de tus hondas descendentes, allí en el remanso, o aquí en el membrillero de la margen, cabalgando junto a la hermosa, que sonríe extasiada de mirarle..... ¡Oh qué hermoso! ¡Oh qué noble! ¡Oh cuán querido.....! Pues ella ¡oh qué pura! ¡Oh qué bella! ¡Oh cuán amada.....!

Alfonso, Alfonso, muy pura y bella está Blanca a caballo en el membrillero, moviendo en su alegría el ramaje reverdecido, que susurra en los vientos. Sí, allí está como una rosa de Dios en la rama del rosal, embebida en la labor de bordar sus iniciales en unas ropas nuevas, de las que va preparando

para la canastilla de boda, que lo mandaste tú para pronto, tú se lo mandaste, tú. Y bordando primores v entretejiendo ilusiones, sonríe la hermosa y caen en la vega callada, como voz de un ave misteriosa, las caricias de sus cantares a media voz.

¡Ay! Y allá, en el hospital africano, desfallecía Alfonso delante de su madre y hermana que le asistían. ¡Tan joven y hablaba enardecido de morir! Llamó al capellán y mandó prepararlo todo para la visita de Dios. Lloraron las mujeres, se interpusieron los hombres. Había que evitarle emociones. ¿A él, a él? «Dejadle comulgar a un caballero que muere por España», rugió el león.

Comulgó como los ángeles comulgarían. Voces sueltas de amor fluían de sus labios, como notas de una cuerda en temple. Veía a Dios cara a cara y el remordimiento no le hacía bajar los párpados. Jugaba mano a mano con el Supremo Juez. Esclarecía su semblante la serenidad del justo. Almas férricas que aquello veían, se disolvían en aguas de dolor.

¿Y lloráis? ¿Lloráis por mí, que estoy que el gozo me inunda? Y abrazaba a un alférez herido en la misma acción, diciéndole: «Dí a los compañeros que aquí, más que en el combate, es donde se acredita el valor, cuando vemos abrirse la puerta del divino tribunal». «Y tú, mamá, la decía besándola,

por favor, aleja el agua de mis labios sedientos. Cristo padeció sed por mí». Almas férreas que aquello oían, se disolvían en aguas de dolor.

¡Oh noche, cálida noche de mortal influencia; oh luna, clara luna de maléfico rayo, si la hora está fijada para el doncel, tened el paso! Tal corazón le necesita el mundo.

Giró la sombra sobre la tierra. Despuntó el clarear, y el capellán, a ruego del héroe, comenzó la misa de agonía. Velaban al herido su hermana y un íntimo amigo de Alfonso, médico capitán.

—Raquel, cuando yo muera, la entregarás este santo Cristo de Limpias, que recogerá mi aliento. ¡Pobre ángel! Si ruin esposo la quito muriendo, buen esposo la doy. Y tú, Raquel, mira, éste es mi mejor amigo. Págale sus desvelos como tú sola puedes pagárselos, lo sé, sábelo tú.

Raquel, la virgen de hermosura inmaculada, volvió las dulcísimas pupilas al amigo con gratitud y cariño, y aquel abrazo de dos miradas sobre la muerte, dió nacer en dos corazones a una sola flor de maravillosa vida.

Alfonso abrió desmesuradamente los ojos, los paseó en derredor, fijándolos en su madre, que volvía de misa, en su hermana, en sus amigos, ¡adiós, adiós.....! y los recogió en el Cristo. Movía los labios en una plegaria ardiente. Mano a mano con su

Dios, decíale ternezas, expresiones de amor, ansias de poseerle en su divinidad. Incorporó levemente la cabeza, abrió la boca, cerró con los labios la llaga del costado y dentro dejó el alma.

Cayó atrás la cabeza muerta. El cuerpo pesado, sin las alas del espíritu, quedó. Entreabiertos los labios en el intento de cerrarse para acabar el nombre de Jesús. Los ojos como lavados en aguas purificantes, claros de no mirar la crasitud de las cosas. La tez traspirando purezas. Las facciones recompuestas en paz. El espíritu heroico no había dejado por sorpresa ni violencia la tienda de su milicia transitoria.

En el lecho estéril, cavado en la ingrata tierra de Agar, lejos de Irón y de los cuatro paredones que blanquean venturosamente entre el verdor de los trigales, para hacer fecunda en paz la hostilidad de un pueblo de sedición, descansan a la piadosa sombra de una tosca cruz de piedra, amparados por la iglesia y honrados por la patria, los huesos del héroe, en cuyas venas trasfundí la sangre de los valientes, y a quien dí ser no de mera fantasía, ni carente de todo espíritu de realidad histórica, de Alfonso, el soldado español, mi Alfonso. ¡Oh, verdaderamente es dulce y glorioso el sacrificio de la vida por la patria, cuando esa patria eres tú, heroica madre España!

SUMARIO: Nombres de América. Sucesos. Inven-
ciones. Actos de guerra. Descubrimientos. El
Canto Décimo. El Cantar de los Cantares. La
Biblia. El Cantar de los Cantares. Tercer Cantar.
Tercer libro.

CANTO DÉCIMO

Noche de amargas, de penas de espaldas.
Los de silencio, pes... Dejando el cuerpo
... un...
**SUMARIO: NOCHE DE AMORES. SOLEDAD. INSOM-
NIO. ACCESO MORTAL. DOLORES Y LÁGRIMAS. EL
SANTO VIÁTICO. MEJOR MORIR. ALUCINACIÓN. LA
MUERTE. Y NACE EL SOL. COLÁS PARTE VELOZ. A
VERLA TODOS. EN EL CEMENTERIO. TRISTE CASONA.
TRISTE IRÓN.**

INDICE. Nombres de autores. Páginas. Índice
de los nombres de los autores y de las
obras. Y más de los. Como parte de
esta obra. En el presente. Parte de
esta obra.

A TI....

Noche de estrellas, de piedad de espíritus.....
Luz de silencio, paz..... Dormido el mundo
en la cuna del ser, que es el amor;
salta un rumor de besos de los seres;
canta a la ruiseñora el ruiseñor.

—Pajarita - ruiseñora,
tu carita - me enamora.

¿Quién te quiere,
berebere?

Oye mi canto sonero;

yo, yo, yo, yo, yo te quiero.

—(¡Qué atrevido, y canta bien!)

¡Ah del galán! Píi. ¿Quién?

—Quien defenderá esta rama
por los ojos de su dama.

Pajarita - ruiseñora,
tu carita - me enamora.

—Pajarito - ruiseñor,
tu palmito - me da amor.

Salta un rumor de besos de los seres.....

Y los grillos y cigarras,
 desacordes,
 pulsan sus leves guitarras
 monocordes,
 al claror
 de la luna, bienacordes
 al amor.

Salta un rumor de besos de los seres.....

Y en las fuentes - y en los ríos - en torrentes
 y en los mares,
 en pinares - y plantíos - de palmares,
 rumoríos - de cantares - de amoríos
 de los entes,
 sin rompientes - sin pesares - sin desvíos.

¿De amoríos, Irón, y sin pesares?

(Sale Blanca al balcón)

—Noche de noches de mayo!
 ¡Cómo cantas, rui señor!
 ¡Qué de aromas, flores mías!
 ¡Qué tristezas, corazón!
 ¡Ah! ¿Y por qué no irá la luna

de la mano con el sol,
 él todo rubio, ella blanca?
 ¿También la guerra? ¡Ay mi Dios!

(Sale la madre)

—Soy yo, amor, no temas;
 ¿qué esperas de pie en el balcón?
 No es bueno el relente,
 ni ha vuelto el doncel rondador.

—¡Ay madre, maldito el gusano
 que roe por dentro la flor!

¡Ay madre, maldita la guerra
 que aparta a la luna del sol.

—Hijita, no digas, no llores;
 vendrá de la guerra el que a ella partió;
 vamos a la cama,
 cierra el mirador.

Y en la Casona el ventanal se entorna
 como las nubes ocultando estrellas.
 Es la noche de Irón. Se aman los seres;
 espira esencias el balcón en flor,
 y en soledad, tras los floridos hierros,
 marchítase la rosa del amor.

(Blanca abre de nuevo el balcón)

—Me ahogan las sábanas,
 llenaron de piedras el blando colchón,

y andan en las sombras.

¡Qué espectros, qué caras, qué horror!

Corazón que al cerebro te subes

¿cuándo vendrá el mozo que es mi corazón?

Dad aromas, flores mías;

da tristezas, alma..... ¡Ay Dios!

(Sale Ino)

—Soy yo, amor, no temas.

—Ino, dímelo,

tú todo lo sabes.

¿Cuándo vendrá el mozo, mi buen rondador?

—Princesa, ¿qué dices?

¿Qué esperas de pie en el balcón?

ya duerme la ronda

de mozos de Irón.

—Y allá lejos, Ino,

en la posición,

¡qué noches en vela.

tan largas, tan tristes, tan solo mi amor!

—Corazón, deliras;

cierra el mirador,

vamos a la cama,

el frío es traidor.

—La noche es hermosa,

la luna también;

traidor es el moro

que acecha a mi bien.

—Palomita mansa,
vuelve al palomar;
el frío es milano,
te puede hacer mal.

—La noche es hermosa,
la luna también,
milano es el moro,
mal hace a mi bien.

—Florequilla blanca,
luna del vergel;
el frío es avispa
que roba la miel.

—La noche es hermosa,
la luna también;
avispa es el moro,
me roba a mi bien.

—Corazón, deliras;
cierra el mirador;
vamos a la cama,
que hace frío.

—No

Los tristes no duermen.

Tengo en el cerebro un despertador.

¡Ay! ¡ay! Ino, escucha.

Esos toques marciales ¿qué son?

—(¿Qué dice?) Es el paso
del aura veloz.

—¿No hueles a pólvora?

—Sí, a tierras fecundas y a flores de olor.

—¿Y no oyes los tiros
y ayes de aflicción?

—Sí, cantos de grillos,
del río la voz.

—Yo veo el relámpago
de acero feroz.

—Yo estrellas fugaces
encima de Irón.

—Huyamos, que vienen.

¡Ay, Ino, favor!
me salta aquí dentro,
aquí el co...ra...zón.

—¡Qué cara tan pálida!

¿Lloras? Calla, amor.

¿Qué tienes, princesa?

Princesa, ¿te mueres? ¡Socorro, por Dios!

Pasos y voces que en la noche aterran,
y en la Casona el ventanal se entorna,
como las nubes ocultando estrellas.....

Irón, triste, infeliz, desconsolada,
¿quién querrá visitarte, pobre Irón?
¿Y quién de tí se acordará? Tus campos,
tus eras y viviendas, poco, nada;
ni de algún ver para el viajero son.

¿Y qué responderás al mozo apuesto,
 que, rodeando porque oyera della,
 te venga preguntando: «¿Es Irón esto?
 Muy bonito. ¿Y aquella es la Casona?
 Gente rica ¿verdad? Cuentan de un ángel
 que par no tiene de lo que es tan bella.
 Su nombre creo que es Vic.....»

Calla, calla,
 que gimen las campanas y es por ella.

Prestas al templo las piadosas gentes
 van su pesar apesarando; prestas
 caras de espanto van, ojos de lágrimas
 los desengaños van. La vieja sorda,
 que oyó tarde y a medias la noticia,
 pregunta a la comadre:

—¿Está tan mala?

—De morirse; no tiene compostura.
 Van a darle el Señor. Si El no la cura.....

—Calle por Dios, morirse de cordera
 y una anda aquí, guñapo de la vida.

—¡Cuentan que adivinó la mala muerte
 de su novio, la pobre! Fué a la Torre,
 sólo criados vió, que a sus preguntas
 frases ambiguas contestaron. Muerta
 volvió a casa la mente cavilosa,
 y anoche vió la eternidad abierta.

—¡Pobre hijital, de pura como un ampo,

buena que el pan al pobre repartía
tal como llueve Dios, cual lo da el campo.

—¿Pero está de morir?

—Cosa segura,
si segunda el acceso. Mal de amores
da al corazón; no tiene compostura.

Sale del templo Dios. Irón le escolta
al compasado son de la campana,
que en la feraz campiña se difunde
y repercute en la conciencia humana.

Dios va: ya baja al valle de dolores;
se hace en la lucha del dolor la tregua;
se temple el aire, apágase el aliento,
se anonada la mente, queda el mundo.....

Balando entre las zarzas, la cordera
llama al Pastor de los pastores bueno;
Pastor, si a sus quejidos se atempera;
Pastor, si vierte bálsamo en la herida,
Pastor, si entre caricias la alza en brazos
para saltar el cauce de la vida.....

Balando entre las zarzas, la cordera
exhala unos balidos lastimeros
de fe, esperanza y caridad; deliquios
de amor exhala lastimeramente,
enamorando al Todo-Ser la nada.
Y El va..... Ya baja al valle de las penas.....
Y El va y El va..... Reposa ya el Cordero

en su cuna de lirios y azucenas.

Vientos de confusión han enturbiado
el remanso feliz de la Casona.

Los caballos, mirando hacia la puerta

del establo, relinchan impacientes;

gallinas y palomas en sus reales

alborotando: que se olvidan dellos.

¿Dónde están los criados negligentes?

¿Dónde el señor que lo remedie a tiempo?

¿Dónde la bella que bajaba a diario

a darles golosinas y cariños?

¿No oyes, Blanca, que lloran como niños?

Era el tiempo en la tarde, era de Mayo

el sol y el cielo azul, era de aromas

de la escardada mies el aire tibio,

y ¡ay! era Blanca a orillas de la vida.

Allí vierais al padre cavilando

sin hacer pie en el pozo de la mente,

y a la madre que a su hija acariciando

decíala su afán no cuerdamente:

—¿Blanca, hija, te mueres?

—¿Y qué, madre?

Bueno, dijo la bella beatífica.

¡Ay Dios! La madre dió tal alarido

que, aterrando en la próxima cocina,

atrajo a las amigas que con Ino

preparaban estéril medicina.

Y Blanca a Amparo:—¿Qué sucede, mona?
 ¿Se apaga el sol? Encenderemos velas.

—Hija, dijo la madre sollozando:
 ¿y si se apaga el sol de la Casona?

¡Ah! y rióse la bella de alborozo.
 Habló el padre llorando las palabras:

—Hija, sin tí, la vida no nos sirve.
 ¿Qué haremos que esté bien sin tu presencia?
 ¿Qué apetecer sin tí? ¿De qué hablaremos
 en la mesa y qué haremos de los ojos,
 que no vean que está sin presidencia?
 Hija, vive; ten gusto de la vida.

—Lo que es vida, niñez, adolescencia
 y edad del amor semi-ignorado;
 lo que es agua sin cieno, azul sin nubes,
 ya fué.... Viene el amor que da aridez.
 las ansias que anticipan la vejez,
 los dolores.... La flor que se desflora.
 Yo quiero el lirio ser, cogido entero,
 y aromar el festín inextinguible
 en la mesa de Dios que me enamora.

Miróla el triste padre indefiniendo,
 y toda actividad se hundió en su alma,
 como la piedra en el profundo pozo.

Era el tiempo en la noche; era de estrellas
 el firmamento azul, era de aromas
 de la escardada mies el aire tibio.

Era Blanca en su lecho, devolviendo
 a todos lados la gentil cabeza,
 con la corona de los negros rizos,
 agitados su ser y su existencia.

Daba dolor la bella dolorida,
 fijando en lo indeciso las miradas,
 salpicando palabras deshiladas
 con engarce mental. Era el delirio
 del pasado que surge combatiente.

Daba dolor. «No sabe lo que dice»,
 se decían los padres tristemente,

Clamaba el vaticinio alucinada:

—Era un niño..... era un mozo..... Era una gue-
 carroña de las aves de rapiña..... [Irra,

Traficantes de sangre..... Da tus hijos,
 mujer, da tus amores..... Levad, austros,
 y aventaréis. Despierta, ira del fuego,
 y borrarás..... ¿Qué veo? El sol de España.....

Brisas purificantes..... El relámpago
 de una espada que corta las centurias
 en el Monjuich..... Del huerto de delicias
 huye a ocultar su desnudez la astucia.

Luce el huerto con flor de gloria cierta.....

El ángel San Miguel guarda la puerta.....

Blanca ¿qué oyes? ¿qué ves que así te absorbe
 como un imán los ojos y potencias?

¿Quién te hace guiños desde lo indeciso,

llamándote insistente a las alturas?
 ¿Quién te cuenta consejas de venturas,
 de lo que nadie sabe, porque es traza
 de lo que puede Dios? ¿Es Dios? ¿Son ángeles?
 ¿Es el doncel de Irón, el puro y fuerte,
 que te ofrece su brazo, en esa hora
 del convite de Dios que te enamora,
 tras breves desposorios en la muerte?

Me voy, dicen los ojos de la bella,
 me voy, me voy contigo; arriba, arriba,
 abajo están las sombras, voy al vuelo;
 lamparita de sol, el sol me atrae;
 de los cielos bajé, me vuelvo al cielo.

La lámpara desmaya..... ¡Pobre Blanca!
 Se alza en su ser la lucha de los miembros,
 que atarazan el nudo misterioso,
 que ata el rayo de luz con tosca estambre.
 ¡Ay que se quiebra el nudo.....! Loco el pulso
 ya se para, ya rompe a paso lento,
 ya galopa, cual potro desbocado,
 a saltar el raudal sin sedimento.

Blanca, Blanca, ¿por qué espuman tus labios
 cual tumultuoso río? ¿Por qué suena
 en tu agitado pecho el hervoreo
 del borrascoso mar? Vuelve los ojos
 aquí; así. No tiembles, es la vida,
 es esto Irón, tus padres los que rezan.

¿Te alienta su oración? ¿Tú también oras?
 ¿Por qué miras a todos despidiéndote?
 ¿Por qué besas el Cristo con tal ansia?
 ¿Por qué así le tremolas? ¡Qué valiente!
 ¡Ay llorad, ay orad, en el misterio
 que rodea la escena trascendente!

Zumba una racha de lo eterno; pasa
 y sacudido el árbol, cae la hoja.
 Cae el Cristo en el pecho que le exalta,
 y resuena en el fondo de ese pecho,
 como la cuerda de un reloj que salta.
 Cayó el ser en dos partes: Blanca ha muerto.

Murió como la blanca avemaría,
 luna olorosa del jardín, que muere
 al primer beso de la luz del día.

Murió: volóse al nido la paloma;
 cayó la flor entera en la laguna
 y a la tierra de Dios volvió el aroma.

—Que te reciba el coro de las vírgenes,
 que en su seno te abracen los patriarcas,
 nada sepas de horrruras de tinieblas,
 del rechinar los dientes en la llama,
 del eterno morder de los tormentos,
 oraba el santo cura entre lamentos.

Cayó la flor entera, no deshecha,
 en las dormidas ondas de lo eterno,
 y, roto el nudo del vital abrazo,

se derramaron los virgíneos miembros,
 cual gavilla de trigo, suelto el lazo.
 Cayó el ser en dos partes. Blanca ha muerto.

Y nace el sol, el sol que en las espumas
 del río reverbera y en las vides
 en luz de tornasol. Sonríe el mundo;
 se descorren los velos de las brumas;
 gloria es el aire y claridad y efluvios
 de las tierras fecundas..... Es la vida
 múltiplice en la savia de las plantas,
 decoración divina de este templo,
 múltiplice en la sangre, que da ardores
 de virtud paternal al insectillo
 y al padre toro que en el fresco valle
 ve con lascivos ojos la vacada;
 al reptil que deshiela su existencia
 y al ruiseñor que entona himno triunfal
 a la novia que incuba en el nidal.
 Es la vida múltiplice en el cuerpo,
 pobre tiesto de tierra redimida,
 y en la mente, plantío de ilusiones,
 es la vida múltiplice, es la vida.....

¿La vida, Irón? ¿Tu vida no es la hermosa,
 como una novia amada tiernamente
 de las aves amigas de la aldea,
 de la niñez, deudora de cariños,
 de los viejos que a Dios, viéndola a ella,

llenar de bendiciones; de los padres
 que sólo verla ya en amarse crecen,
 de la plana menor de la familia,
 de la Casona..... ¡Ay Dios! triste Casona,
 dónde tu vida está? ¿Qué ha sido de ella?
 ¿Y la bella? ¿Qué ha sido de la bella?

La bella bella está toda de blanco,
 cual cándido azahar de desposorio,
 toda de blanco en su cajita blanca.
 Entorna la pupila a lo ilusorio;
 sonrisa de inocencia espolvorea
 sus facciones en paz; clarea el arco
 de su frente, serena como el cielo,
 una idea de premio inextinguible;
 dicen sus labios Dios; yergue del pecho
 azucena simbólica en las manos,
 manojos de azucenas, y transpira
 pureza y santidad su tez de nardo.
 Bella, tan bella está de amor dormido,
 que a ella las hermanas colmeneras
 vendrían como a almendro florecido.....

Da el pregón que entristece la campana:
 Din-don, murió. Los vientos con la nueva
 salen de Irón en radios galopando,
 y no quieren creérselo a los vientos
 las aguas, ni las flores, ni los pájaros,
 ni los ganados útiles al hombre,

ni el hombre que interrumpe la labranza
del trigal, apoyado en la morisca,
y desgrana un rosario de alabanzas.

Entonces llega al trigo, desalado,
Colás y alzado de puntillas clama,
poniéndose las manos de bocina:

—Oid: corre, Colás, me ha dicho el amo,
ve y di a los salladores que si saben,
que si sabéis que ha muerto.

—Lo sabemos.

—No más salla; tirad el escardillo.

¿Qué me importa que infesten mis sembrados
la lapa, el abibollo y el cadillo,
si no tengo una hija que tenía
y ha de ser triste y breve la existencia?

Así me dijo el amo. Malparados
movían la mirada los peones
por los trigos con triste indiferencia.

Y el siervo fiel se aleja desalado;
baja la linde, pasa los barbechos
de los nogales de dañina sombra;
y, al trote el llano, al paso la colina,
levantando calandrias, llega al huerto,
salta la acequia de agua cristalina
y:—Oid, alzado de puntillas clama,
poniéndose las manos de bocina:
Corre, vuela, Colás, me ha dicho el amo,

ve y di a los hortelanos que si saben,
que si sabéis que ha muerto.

—Lo sabemos.

—Que echéis los almocafres; no más siembra.
Que se coman las coles las gatillas
y babosos limacos; ¿qué me importa
si no tengo una hija que tenía
y ha de ser triste y breve la existencia?
Así me dijo el amo. Malparados
movían la mirada los peones
por los cuadros con triste indiferencia.

Y el siervo fiel se aleja desalado
por el camino de herradura; cruza
el centeno invadido por la tuera,
pasa la vía, trepa la ladera,
llega al majuelo nuevo, no injertado,
que una cuadrilla de peones bina,
y:—Oid, alzado de puntillas clama,
poniéndose las manos de bocina:
Corre, vuela, Colás, me ha dicho el amo,
ve y di a los binadores que si saben,
que si sabéis que ha muerto.

—Lo sabemos.

—Que tiréis las moriscas, no más cavas,
que se pierda la planta, que se cebe
la filoxera en ella; ¿qué me importa,
si no tengo una hija que tenía



y ha de ser triste y breve la existencia?
 Así me dijo el amo. Malparados
 movían la mirada los peones
 por las vides con triste indiferencia.

Y el siervo fiel se aleja desalado,
 baja de las colinas a la vega,
 cruza campos de arvejas y de alholvas,
 pasa haciendo equilibrios por el puente
 de un chopo derribado sobre el río,
 y, ya entre los guardianes diligentes
 de rebaños que valen una mina.

—Oíd, alzado de puntillas clama,
 poniéndose las manos de bocina:
 Corre, vuela, Colás, me ha dicho el amo,
 ve y di a la pastoría que si sabe,
 que si sabéis que ha muerto.

—Lo sabemos.

—Que encerréis los rebaños; no más pastos,
 que no sean lecheras mis merinas,
 que no críen lechazos rozagantes,
 que se mueran del papo, ¿qué me importa,
 si no tengo una hija que tenía
 y ha de ser triste y breve la existencia?
 Así me dijo el amo. Malparados
 movían la mirada los pastores
 por los pastos con triste indiferencia.

Descansó el siervo fiel en la cabaña

y al punto en tosca mesa le sirvieron
 leche espumante y queso mantecoso.
 Llorosos rodeábanle, indagando,
 muchos zagales, que el rebaño pingüe
 que pastaba en las márgenes del río,
 cerraron en la inmensa corraliza,
 y a Irón con él volvían platicando:

—De bella era una reina y tal de afable
 y de buena; talmente una cordera.

—Si trataba a los mansos recentales
 como a hermanos menores, y con ellos
 jugueteando, cosas les decía
 que no sé yo decir a mis hijuelos.

—Nos ha de proteger desde los cielos.....
 Volvía hablando así la pastoría.

Volvían de los huertos platicando:

—Tan ricos, pobres quedan, muerta Blanca.
 Con su dinero un pueblo comprarían,
 mas de vida para ella ni un adarme.
 Yo soy más rico con mi mesa escasa,
 pero tengo unos hijos que a los huéspedes
 presentar, cual reserva de la casa.

Volvían de binar los binadores,
 sin ánimo, dolientes; más dolientes
 volvían de sallar los salladores.

—¿Para qué tanto trigo y tantas vides,
 muerta la caridad que todo repartía?

Tasio vino entre ellos; vacilante
 subió más de dos veces la escalera;
 vió al padre y a la madre, vió a la hija.
 «Ya no sonrío al verme», dió un gemido
 y se hundió en sus abismos de silencio;
 nadie en tres días le sacó razón.

¡Ay qué triste que suena el campanón!
 Pero, Señor, ¿por qué arrecian los gritos?
 ¿Por qué esos lloros que hacen daño al alma?
 Los padres se despiden de la hija,
 la besan sollozando y a los besos
 ya no se colorean las mejillas.

—Hasta pronto, querida, llora el padre.

—Qué triste la salida de la novia,
 llora la madre. Allí vierais a Ino
 ya no más resignada, hender a gritos
 la tristeza mortal. Tan insensata,
 que asía de la caja, amenazante:

Que no se la llevaban. Se la llevan
 Ya está en el zaguanete, entre blandones,

—Imagencita santa..... Inmaculada
 pa un retablo..... Se la ha volado el ángel.....
 Todos la traen flor de bendiciones.

Por sendas y caminos, de los pueblos
 volvían platicando las doncellas
 que envidiaron sus gracias, los donceles
 que en silencio la amaron:

—Era hermosa
y era buena: debió ser más dichosa.

—Vayamos y veamos si se deja
ver más de cerca ahora, ya que tanto
de arisca siempre fué y de recatada.

—Vayamos a rezarla al camposanto.
Y venían, venían preguntando:

—¿Y la bella? ¿Qué ha sido de la bella?
La bella, bella está toda de blanco,
cual cándido azahar de desposorio,
toda de blanco en su cajita blanca.

Entorna la pupila a lo ilusorio,
sonrisa de inocencia espolvorea
sus facciones en paz; clarea el arco
de su frente, serena como el cielo,
una idea de premio inextinguible;
dicen sus labios Dios; yergue del pecho
azucena simbólica en las manos,
manojos de azucenas, y transpira
pureza y santidad su tez de nardo.
Bella, tan bella está de amor dormido,
que a ella las hermanas colmeneras
vendrían como a almendro florecido.

Y ya vienen por ella, y se la llevan,
se la llevan cantando a la otra villa,
la antagónica Irón, la de los nombres;
van a inscribir su nombre en esa plana,

compendio fiel de la grandeza humana.

Ya pisa Irón la tierra bendecida;
ya el canto funeral del santo cura
se eleva de los cándidos tapiares;
ya espera aderezado el lecho estéril
a la novia vestida de azahares.

Unos golpes resuenan en la caja.....
La llaman a la vida y no despierta.
¿El sol de todo Irón y medio mundo,
no despierta? ¿Señor, habrá más días?

¡Qué triste tú amanecerás, Casona!.....
¡Tú, cantor Pelusines, prisionero
que a competencia con las aves libres,
le dabas las albricias el primero
del nuevo sol..... y abría los balcones
bella aurora mostrándose a la aurora!.....

Y tú, fontana azul, que reflejabas
el óvalo indeciso y los dos ojos
luminares, cuando ella, tras el sueño,
sumergía en tus mágicos hechizos
la faz florida y los frondosos rizos!
¡Oh tu dorado espejo que copiabas
aquella imagencita en movimiento,
en la breve labor de acicalarse!
¡Oh linos perfumados que sentíais
los dedos de ella en la penumbra incierta,
que ajustaban al día los colores!

La bella se ha dormido y no despierta.

¿Para qué despertar? Muerte es la vida
y en el placer el mundo las quijadas
mueve con risa idiota, como de ébrio.

¿Para qué despertar a sus risadas?

Tú llora, Irón..... Tus flores dan perfumes
de muerte; el pardo rui señor recita
en la tristeza ambiente una dolora;
sollozan en las tapias del recinto
las cándidas palomas que la amaron;
un merino asomando por la verja
exhala unos quejidos lastimeros,
que se hunden en la tierra removida
que encubre a la pastora de corderos,
y el León, que arrastrando la cadena
y olfateando llega al camposanto,
con sus ladridos de penar da pena.

Da pena la Casona, aquellos padres
que en la ventana lloran cavilosos,
mirando a los cipreses, cuya sombra
negra van deseando. ¡Desabridos!
¿Qué idea tan feliz les será grata?
¿Qué suceso tan próspero, calmante?
¿Qué más les dará el día que la santa
paz de la noche; la salud o peste
del rebaño lanígero; el regalo
del calor y la lluvia fecundantes

o el castigo de hielos y pedriscos?
 ¿Y qué que no haya miel en las colmenas;
 que invadan los viñedos los lentiscos
 y que infesten la siembra el ababol?
 ¿Y qué que no procreen las palomas
 y que las flores no fecunde el sol?
 ¿Qué se les da la dicha o la desgracia,
 la soledad o aquella convivencia,
 si no tienen la hija que tenían
 y ha de ser triste y breve la existencia?

¡Oh, que corran las horas que sólo anclan
 en el dolor; que el tiempo se anticipe
 de dejar esta tienda de campaña!....
 Así pasan los días suspirando
 la madre toda canas, toda arrugas,
 y el padre todo un viejo tiritaña.

¡Triste Casona! no quiero mirarte.....
 Y a tí, Irón, infeliz, desventurada,
 ¿quién quiere visitarte, pobre Irón,
 y quién de tí se acuerda ya? Tus campos,
 tus eras y viviendas poco, nada;
 ni de algún ver para el viajero son,
 que pasa echando cuentas con la suerte
 o siendo rey en su magín altivo.....
 ¿Quién habla de dolores, quién de muerte?....
 Irón, triste, infeliz, desconsolada:
 ¿y qué responderás al mozo apuesto

que, rodeando porque oyera de ella,
te venga preguntando:

—Es Irón ésto?

¡Muy bonito! ¿Y aquella es la Casona?
Gente rica, ¿verdad? Cuentan de un ángel
que par no tiene de lo que es tan bella.
Su nombre creo que es Vic.....

—Calla, calla;
por Dios, calla, doncel, que muerta es ella.

de un... Casa
de... S. M.

El agua...
y el...
Rechina la...
se da...
EPÍLOGO
y la...
fogaril,...

El agua...
y la...
opucha...
que, con...
arrojan...
y al...
los dos...

El grillo...
que al...
quitrando...
al...
al...
al...

EPILOGO

AL NOBLE AMIGO FIEL, CÉSAR
SERRANO, GENTILHOMBRE DE S. M.

El juglar andariego da fin a su cantar
y el noble castellano le manda aposentar.
Rechina la cadena del levadizo puente;
se da tono el clavero, rezonga el can barcino
y la heredera bríndale blanco pan, negro vino
fogaril, mesa puesta y yaciga decente.

El ciego vagabundo da fin a su canción,
y la rota guitarra y el roto corazón
concita los afectos de las castas doncellas,
que, con manos manojos de diez rayos de estrellas,
arrojan las monedas de las altas ventanas,
y al ciego se le alegran los dos pupilas vanas.

El grillo campesino, cantor de vocación,
que ni vió la urbe nueva ni el viejo torreón,
aspirando la brisa repite su tocata,
al fulgor de los soles y al claror de la luna,

y, en el afán del día, su copla no importuna
y, en la paz de la noche, su copla se hace grata,

Así yo soy. Cual grillo campesino
que no canta por oro ni por vino,
canta porque su canto es respirar
yo, al son de un instrumento peregrino.
canto porque es mi vocación cantar.

Yo soy un grillo de los barbechos
de la llanura sin una flor.
¿Tengo yo nada de trovador?
Ni canto ideas, ni heroicos hechos,
gri-gri es mi canto, no es de valor.

Canté..... Era rosa de maravilla,
mirada pura, sonrisa franca.....
No fué dichosa la zagalilla,
para lo que era de buena, Blanca,
toda a su madre blanca, Castilla.

Blanca Castilla, la noble y buena, madre de buenos,
alma de santa, labios de fable,
—fibras de gesta, próbidos senos
que dieron leche y sangre cristianas a veinte mundos.



Pueblos de Hispania, dadme para ella
—la santa ofrenda de vuestro amor:
Blanca Castilla, alza la frente
—hasta los cielos, de los profundos,
y aquí tu grillo queda loando
—devotamente al Creador.

—Basta los celos de los verdaderos
y para los falsos, no hay más que
—Basta los celos de los verdaderos
y para los falsos, no hay más que
—Basta los celos de los verdaderos
y para los falsos, no hay más que
—Basta los celos de los verdaderos
y para los falsos, no hay más que

Yo soy un estilo de los barberos
de la llanura sin una flor.
Clamo yo cada de vosotros
Ni como ellos, ni como ellos,
pero yo soy un estilo, no es de color.

Caro... Era una de maravilla,
abierta para, cuando osas...
No me digas la verdad,
para lo que es de buena, Blanca,
una de su madre Blanca/ Castilla.

Blanca Castilla, la noble y buena, madre de buena,
abierta de santa, labio de sabio,
—Libro de gesta, prohibido ser
que dicen la vida y con que cristianos a volver a unidos.

14. *En Escocia*—En lugar de una obra no de un
autor conocido, se cita el título, como si la obra se le
atribuyera de hecho.

15. *Compendio de la historia*—Esta obra se cita como si
fuese una obra de un autor conocido, como si el autor
fuese conocido en el país de origen.

16. *La historia*—Esta obra se cita como si
fuese una obra de un autor conocido, como si el autor
fuese conocido en el país de origen.

NOTAS

1. *La historia*—Esta obra se cita como si
fuese una obra de un autor conocido, como si el autor
fuese conocido en el país de origen.

2. *La historia*—Esta obra se cita como si
fuese una obra de un autor conocido, como si el autor
fuese conocido en el país de origen.

3. *La historia*—Esta obra se cita como si
fuese una obra de un autor conocido, como si el autor
fuese conocido en el país de origen.

4. *La historia*—Esta obra se cita como si
fuese una obra de un autor conocido, como si el autor
fuese conocido en el país de origen.

5. *La historia*—Esta obra se cita como si
fuese una obra de un autor conocido, como si el autor
fuese conocido en el país de origen.

6. *La historia*—Esta obra se cita como si
fuese una obra de un autor conocido, como si el autor
fuese conocido en el país de origen.

7. *La historia*—Esta obra se cita como si
fuese una obra de un autor conocido, como si el autor
fuese conocido en el país de origen.

8. *La historia*—Esta obra se cita como si
fuese una obra de un autor conocido, como si el autor
fuese conocido en el país de origen.

2 A T O K

1.^a **La Cronología.**—El lector de esta obra ha de retrotraerse unos años, al verano del 21, cuando la caída de la Comandancia de Melilla.

Comenzado por entonces, quiso el autor recoger en el poema aquel espontáneo y unánime anhelo nacional de desquite, que culminó en la rota de Abd-el-Krim.

La acción sucede en el período de un año. Empieza en junio y acaba en mayo.

2.^a **La Geografía.**—Irón es una aldea castellana enteramente ideal, aunque geográficamente aparezca identificada con Orón, pueblecito de Burgos, que por tantos conceptos se le parece.

Lo mismo debe entenderse con Ironcillo, la Casona, la Torre, etc.

Cellorigo, Sobrón, Besantes, la Cubilla, etc., por el contrario, son nombres harto conocidos en la región mirandesa y fuera de ella.

3.^a **La Historia.**—No todo es ficción en la ficción misma; por eso aquí son históricos los tipos, las costumbres, las ideas, y los protagonistas mismos, históricos son en su significado.

Alfonso es el soldado español que hace a la patria el sacrificio de su vida, y Blanca es la hermosa mujer española que paralelamente hace el sacrificio de sus amores.

La muerte misma de Alfonso es sencillamente el santo fin del heroico oficial D. Manuel Igual y Cuarental.

4.^a **La Terminología.**—Recogida de labios aldeanos para expresar conceptos campestres, el autor emplea palabras, no del todo vulgares, pero castellanas desde luego, y cuyo sentido dará el buen criterio del lector.

Mitológico, recuerdo solamente un nombre, el Eurídice, esposa de Orfeo. Este descendió, muerta aquélla, al infierno, y logró con el encanto de su lira conmover a Plutón, el cual le devuelve a la esposa muerta con la condición de que vaya delante de ella hasta la región de la luz, sin volver la cabeza atrás.

Vencido de amor Orfeo, se vuelve a abrazar a su esposa y ésta se le esfuma de entre los brazos. Así es la alegría.

4.^a **Canto a América.**—Alguna notación especial merece este canto con que termina el canto sexto.

—Todos los versos entre comillas están tomados de los himnos nacionales de las respectivas repúblicas americanas.

—Cuando un barco español arriba a Puerto Rico, una monjita española le saluda agitando la bandera de España. El momento es de intensa emoción para el viajero.

El autor desea que pronto se haga ese saludo con la bandera de Puerto Rico, independiente y soberano.

Lo mismo que a Filipinas y Panamá.

—Centroamérica no amargó en la hora de su mayoridad la ancianidad de España, porque se emancipó de la metrópoli sin efusión de sangre.

—Suárez Veintimilla fué un bravo mozo ecuatoriano, que después de cursar en nuestras Academias la carrera militar, quiso revalidarla prácticamente en los campos del Rif, donde halló gloriosa muerte por España.

—Junín, Ayacucho y Boyacá son nombres de batallas, que decidieron la emancipación de la gran Colombia.

—Aymaras, tribu de indios bolivianos.

—Buenos Aires es la hija de Garay. Aunque el vuelo heroico de Franco es posterior a la cronología de este libro, no quiso el autor dejar de consignar, aunque en futuro, hecho tan glorioso.

—A propósito del Paraguay, alude el autor a las célebres reducciones fundadas por los Jesuítas.

—Tabaré es el nombre del genial poema del glorioso uruguayo Zorrilla San Martín, cuyos protagonistas son el indio charrúa Tabaré y Blanca, la hermosa española, del nombre de la heroína de este cantar.

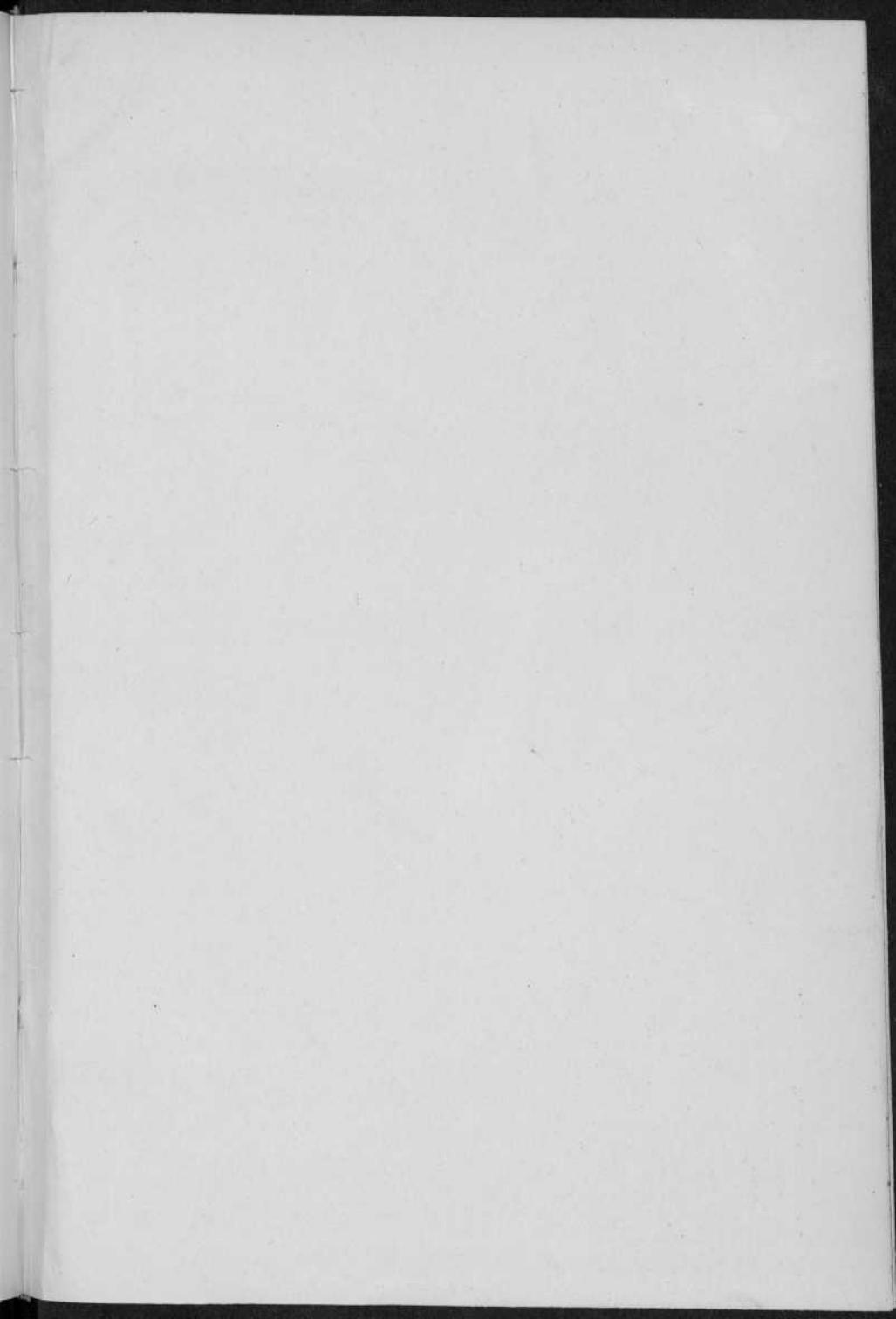
—El autor le comenzó en la noble Colombia, añorando la

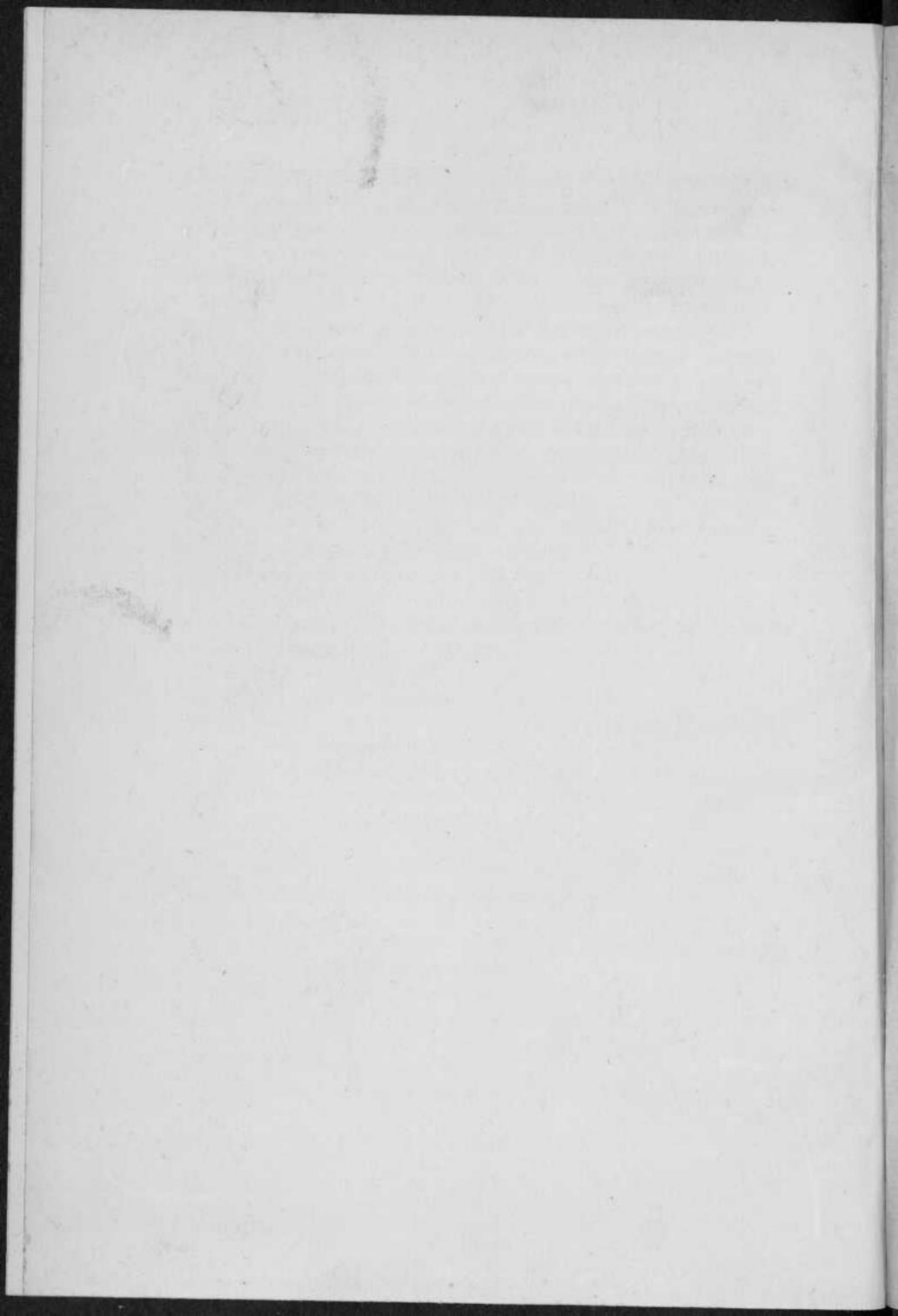
patria ausente, y allí recibió los primeros alientos de labios del exministro de Instrucción pública y exministro de Colombia ante la Santa Sede, el buen poeta y amigo, autor de «Constelaciones», Rivas Groot.

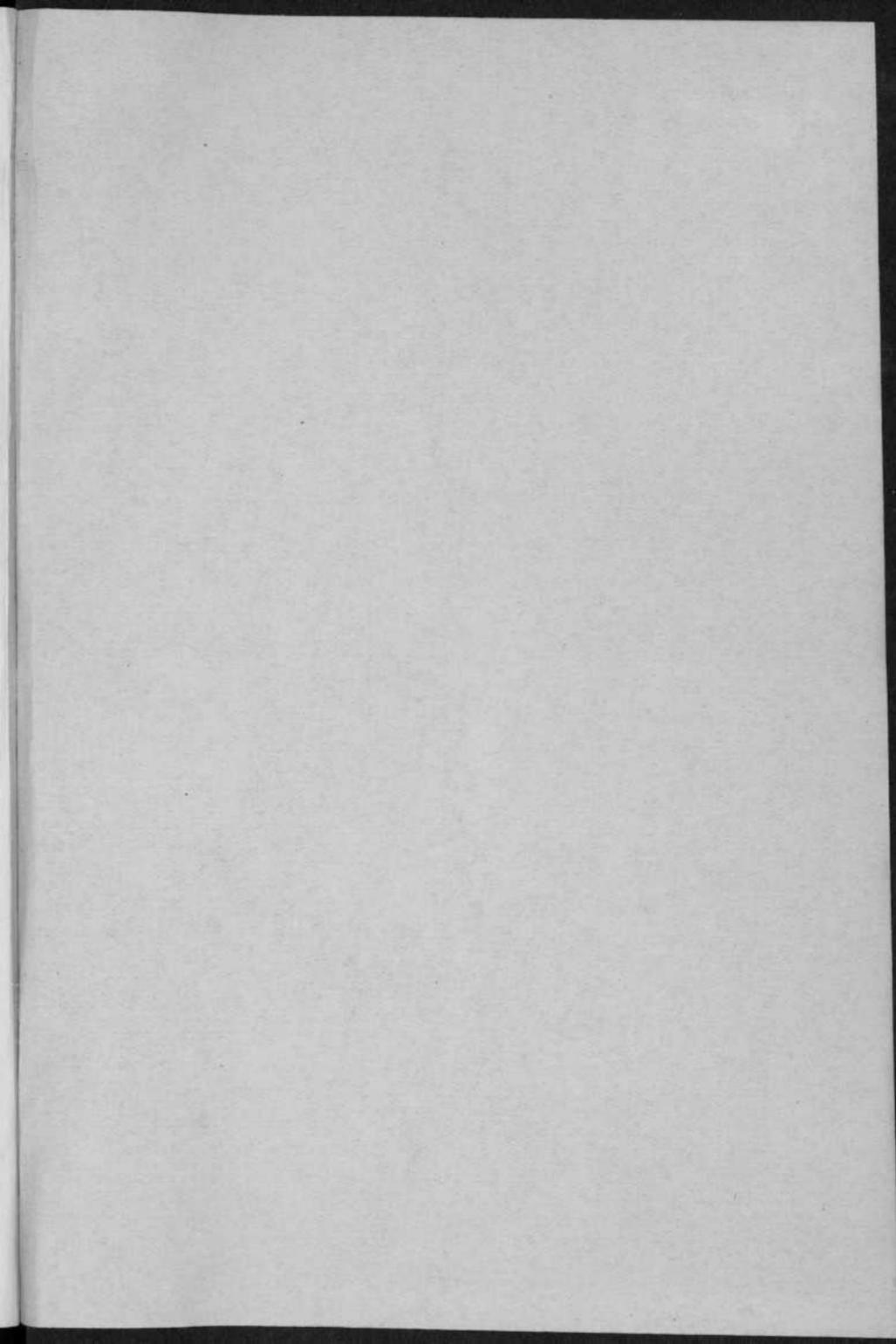
Toches son unos pájaros amarillos y negros, de la familia de los tordos.

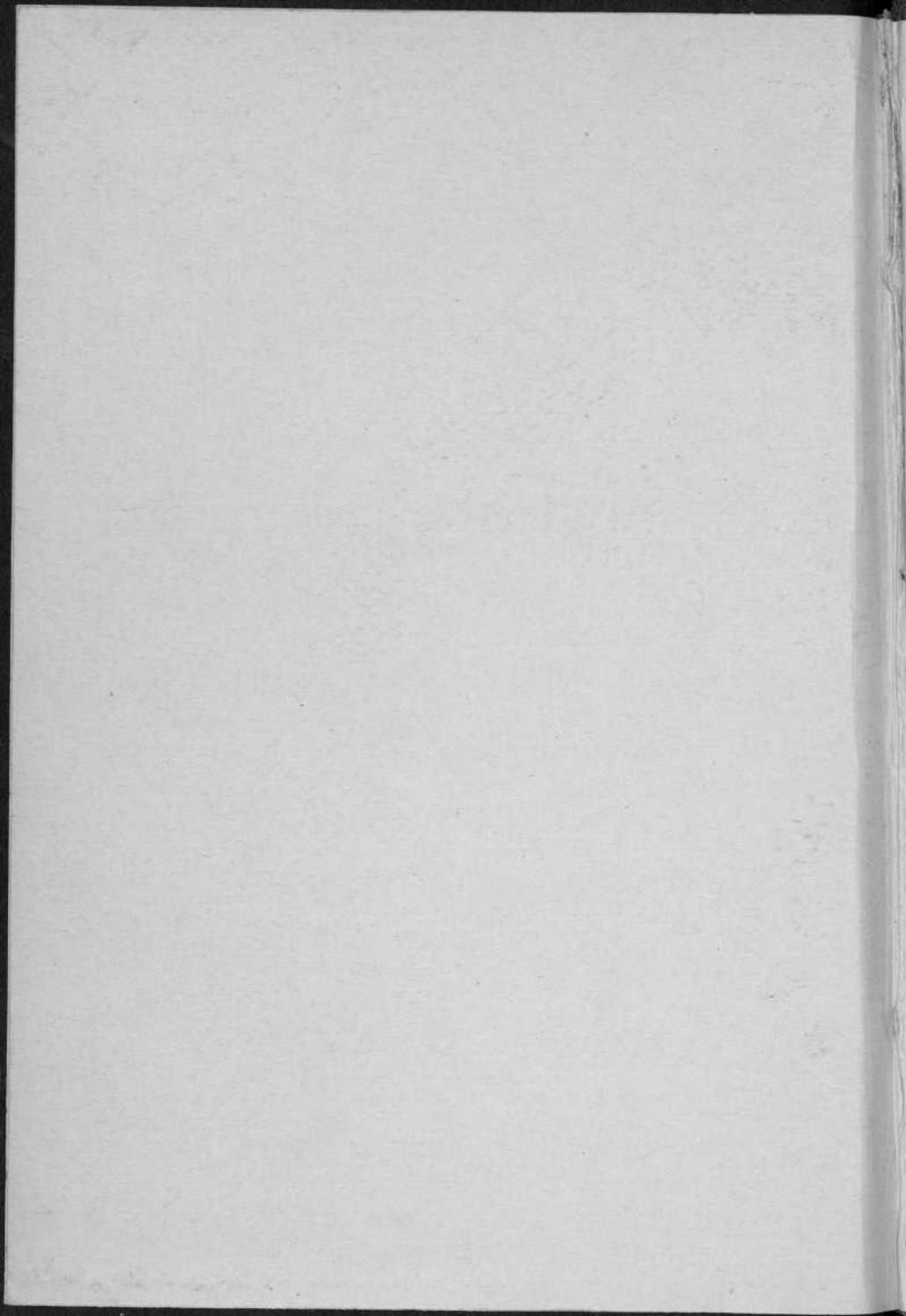
Se llama a las garzas monjas contemplativas del Magdalena, y en verdad que es curioso verlas, desde la cubiertas de los barcos fluviales, en las orillas del magnífico río, inmóviles, absortas, como en actitud estática.

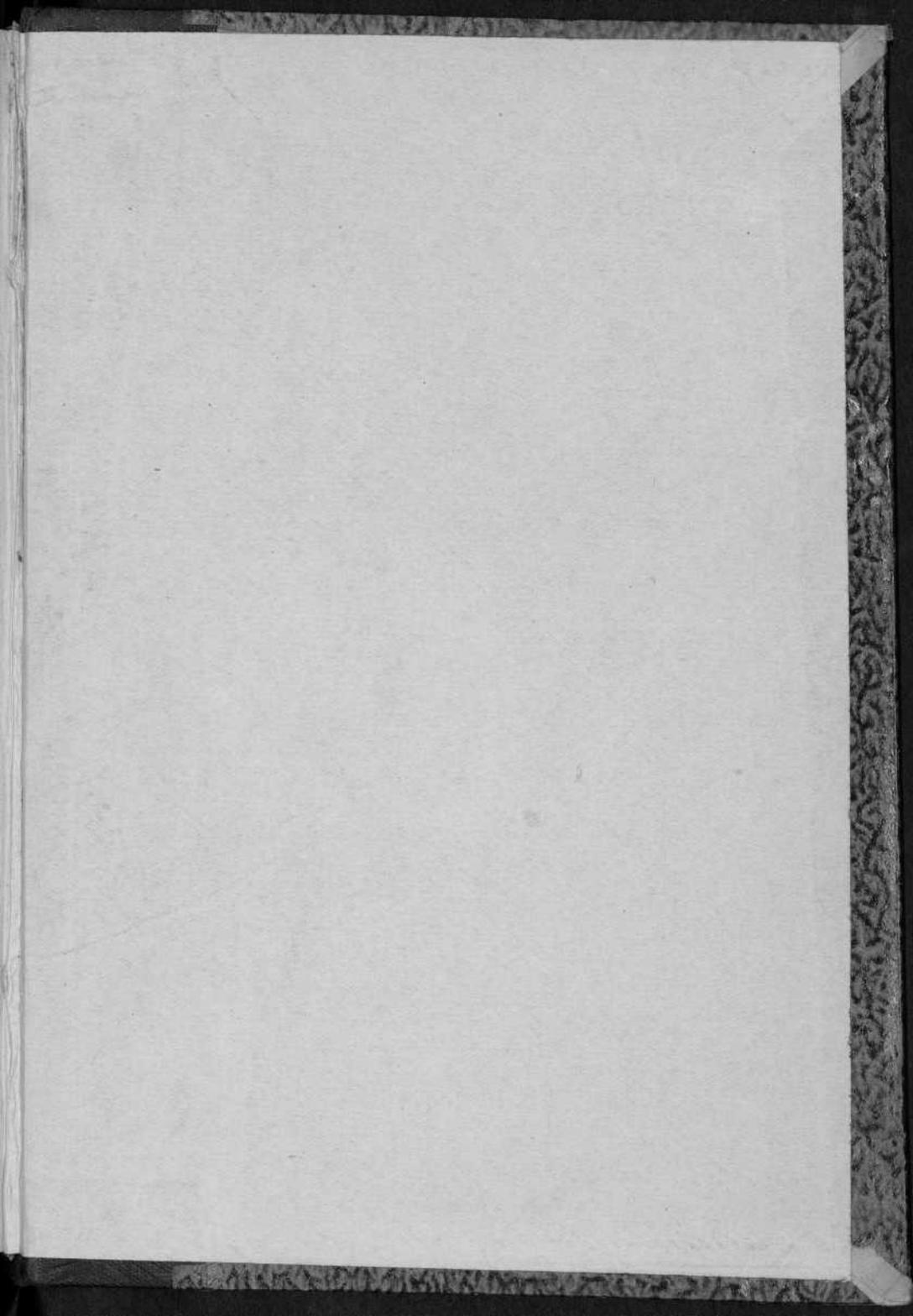
El Tequendama es el salto que forma el río Bogotá, despeñándose de 175 metros de altura, y es una de las cosas más maravillosas.















R. DE DULANTO

VICTORIA
BLANCA



BU
2988

PROVINCIAL